

Elzbieta Ettinger HANNAH ARENDT Y MARTIN HEIDEGGER

colección andanzas

Biografía



HANNAH ARENDT
Y MARTIN HEIDEGGER


colección andanzas

ELŻBIETA ETTINGER
HANNAH ARENDT
Y MARTIN HEIDEGGER

Traducido del inglés por Daniel Najmías

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Hannah Arendt-Martin Heidegger*

1.ª edición: octubre 1996

© 1995 by Elżbieta Ettinger

© de la traducción: Daniel Najmías, 1996

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Iradier, 24, bajos - 08017 Barcelona

ISBN: 84-7223-797-4

Depósito legal: B. 29.995-1996

Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolà, 13-15 - 08013 Barcelona

Impreso sobre papel Offset-F Crudo de Leizarán, S.A. - Guipúzcoa

Liberduplex, S.L. - Constitución, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España

ADVERTENCIA
ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES
EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y
COMERCIALIZACIÓN

1. El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
2. Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
3. Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
4. Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras",

—*Thomas Jefferson*



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 850

Índice

Introducción	13
Uno	23
Dos	33
Tres	41
Cuatro	51
Cinco	61
Seis	69
Siete	79
Ocho	85
Nueve	95
Diez	115
Once	135
Doce	147
Trece	161
Catorce	171
Notas	177

A mi hija, Maia Ettinger,
y a su padre, Manfred Lachs

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Hannah Arendt Literary Trust, de Nueva York; a la Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., y al Deutsches Literaturarchiv, de Marbach am Neckar, Alemania, el haberme permitido consultar sus archivos.

Mi más sincero agradecimiento a Hugo Ott e Inge Wissner.

Gracias también a Dagmar Barnow, Isaiah Berlin, Udo Brandhorst, Maia Ettinger, Walter Grossmann, Melvyn Hill, Gerald Holton, Nina Holton, Irving Howe, Roman Kaufmann, Alfred Kazin, Mary McCarthy, Kenneth R. Manning, Misha Pankratov, Anette Peterson-Brandhorst, Agneta Pleijel, Marcel Reich-Ranicki, Claire Rosenfield, Brigitte Seebacher-Brandt, Janna Malamud Smith, Fritz Stern, Aileen Ward y Elisabeth Young-Bruehl, por haberme ayudado de maneras perceptibles e imperceptibles.

Gracias a Georges Borchardt, mi agente, que me brindó sabios consejos y toda su paciencia.

Y a Jonathan Brent, mi editor, que me prestó una ayuda inestimable, y no sólo editando este libro.

Introducción

Hannah Arendt y Martin Heidegger se conocieron en 1924, año en que Arendt, una muchacha judía alemana de dieciocho años, se matriculó en la Universidad de Marburgo y asistió a las clases de filosofía de Heidegger. La relación entre ambos —aunque relación es una palabra inadecuada para describir la profundidad del vínculo que los unió— duraría medio siglo. Lo que comenzó como un romance apasionado sufrió muchas transformaciones a lo largo de los años. Decir que se convirtió en una amistad es decir a la vez demasiado y demasiado poco, aunque es posible que tanto Arendt como Heidegger la hubieran llamado así. Arendt intuyó la incapacidad de encasillar sus emociones cuando le confesó a Heidegger, en una nota que nunca le envió, que él era el hombre «al que he permanecido fiel e infiel, y siempre enamorada».^{1*} Tenía entonces cincuenta y cuatro años; Heidegger, más de setenta.

La relación puede dividirse en tres fases: de

* Para las citas de la correspondencia se ha tenido en cuenta el original alemán reproducido en *Hannah Arendt-Martin Heidegger*, Munich, Piper Verlag, 1995. (N. del T.)

1925 a 1930 aproximadamente, años en que fueron amantes; desde comienzos de los años treinta (Heidegger se afilió al Partido Nacionalsocialista en 1933) hasta 1950, época en que sus vidas cambiaron de forma radical con el ascenso del nacionalsocialismo y el estallido de la segunda guerra mundial; y de 1950 a 1975, cuando, por iniciativa de Arendt, reanudaron su antigua relación o, más bien, construyeron una nueva que duró hasta la muerte de ella.

A lo largo de todos esos años se estableció entre ambos una dependencia mutua que fue cambiando a la par que sus vidas, necesidades y personalidades. La joven Arendt necesitaba amor, protección y guía. Su padre había muerto de sífilis cuando ella tenía siete años y poco tiempo antes había perdido a su abuelo paterno, a quien estaba profundamente unida. Su adorada madre se ausentaba a menudo, ya fuera a los baños termales, ya para visitar parientes, y cada una de sus ausencias dejaba a la niña trastornada, sumida en el temor de que su madre no regresara. Martha Arendt volvió a casarse cuando Hannah tenía trece años. Ese casamiento hizo estragos en la vida de Hannah, que tuvo que compartir a su madre no sólo con un hombre que para ella siempre fue un extraño, sino también con dos hermanastras mayores a las que odiaba pero por las que su madre sentía un gran afecto. Desde la infancia, el mundo fue un lugar desconcertante para Hannah, en gran medida a causa de su origen judío, algo que durante años fue

un enigma y una fuente de confusión. Se sentía perdida, desamparada, desprotegida y, sin embargo, supo siempre plantarle cara con coraje. «Esta absurda compulsión», le escribió en 1945 a su marido, Heinrich Blücher, «alimentada desde la juventud, a actuar siempre delante de todo el mundo como si no ocurriera nada, eso es lo que consume gran parte de mi energía.»² De hecho, la Arendt adulta, la destacada intelectual, se presentaba segura de sí misma, arrogante incluso, pero nunca lo haría ante Heidegger.

La estudiante de primer curso encontró en Heidegger un amante, un amigo, un maestro y un protector. El le prometió amor eterno, ayuda y guía. Transportada por esas seductoras declaraciones, Arendt bajó las defensas como nunca antes lo había hecho; en un escrito inédito, al estilo de unas confesiones, fechado en 1925 y que tituló *Las sombras (Die Schatten)*, Hannah describió a Heidegger los terrores de su infancia y adolescencia, su inseguridad y vulnerabilidad.

Cuando se conocieron, Heidegger, con treinta y cinco años, casado y padre de dos hijos pequeños, estaba terminando el manuscrito de *Ser y tiempo (Sein und Zeit, 1927)*, el libro que lo situaría entre los más importantes filósofos del siglo XX. De la correspondencia entre ambos se infiere claramente que se enamoró de su joven alumna ya en los primeros encuentros en el aula. Y aunque su pasión fue mermando con el paso del tiempo, la

necesidad de ser el ídolo de Arendt se mantuvo constante. Hasta que conoció a Hannah, Heidegger —estricto, rígido, trabajador incansable, hijo de devotos campesinos católicos— parece haber sabido poco de la auténtica pasión, de los lazos físicos y espirituales. En sus cartas a Arendt se ve abiertamente que ella le enseñó a amar con ardor sin sentir ese amor como un pecado. El la necesitaba para poder respirar, para disfrutar del hecho de estar vivo; la necesitaba, según dijo una vez, como una «fuerza estimulante» en su vida.

A pesar de los obstáculos —la familia de Heidegger y su puesto en la universidad eran los más serios—, pudieron atender a sus mutuas necesidades en la primera etapa de la relación.

En agosto de 1933, Hannah Arendt abandonó Alemania, apenas cuatro meses después del nombramiento de Heidegger como rector de la Universidad Albert-Ludwig de Friburgo, y de que éste ingresara en el Partido Nazi y pronunciara su célebre discurso con motivo de la toma de posesión del puesto de rector, en el que se identificaba como partidario de la ideología nacionalsocialista. Aunque la idea del exilio ya había rondado en la mente de Arendt, y aunque había sido arrestada por la policía de Berlín, la abierta lealtad de Heidegger a Adolf Hitler destruyó todo rastro de ilusión y puede muy bien haber precipitado su decisión. Desde ese momento Arendt acusó a todos los intelectuales, incluido Heidegger, de apoyar a Hitler,

de traicionar la cultura occidental y de actuar con ceguera y cobardía.

Para Arendt, criada en una familia demócrata de Königsberg, totalmente integrada en el plano social, la «cuestión judía» se limitaba a los motes con que se referían a ella los golfillos del barrio o sus compañeros de escuela, o al ocasional comentario antisemita de algún profesor.* Según las instrucciones de su madre, tenía que defenderse sólo de los niños; a la madre le tocaba ocuparse de los profesores. En una carta de 1952 dirigida a su mentor Karl Jaspers, Arendt afirmaba que por obra de su entorno era «sencillamente ingenua» y que la cuestión judía le resultó «agotadora» hasta los veinte años, cuando se convirtió en un asunto político.³ Sus intereses pueden tal vez servir como indicador del cambio que se operó en ella: en 1928, al completar su tesis doctoral sobre san Agustín, comenzó a reunir material de investigación para la biografía de Rahel Varnhagen, libro que no se publicó hasta 1958 en Londres con el título *Rahel Varnhagen: The Life of a Jewess*. Varnhagen, de soltera Lewin (1771-1833), fue famosa por su salón,

En una entrevista realizada en 1964, Hannah Arendt dijo: «De pequeña no sabía que era judía... La palabra "judío" nunca se mencionaba en casa. Más adelante, aunque todavía siendo niña, supe que tenía aspecto judío, es decir, que era diferente a todos los demás». *Gespräche mit Hannah Arendt*, Adelbert Reif (ed.), Munich, Piper, 1976, págs. 15 y 16. [Excepto cuando se indique lo contrario, las notas a pie de página son también de la autora. Las referencias de las notas numeradas aparecen al final del libro. *N. del E.*]

pero las vejaciones y humillaciones que sufrió por su condición de judía alemana fueron los temas que de verdad interesaron a Arendt. La investigación que llevó a cabo para redactar este libro hizo que pasara a preocuparse por los orígenes del antisemitismo, por la historia de los judíos alemanes y el lugar que ella ocupaba en esa historia.

Así, mientras Heidegger apoyaba la causa del nacionalsocialismo como rector de la Universidad de Friburgo (desde abril de 1933 hasta abril de 1934), Arendt, en el exilio, se dedicaba a completar la biografía de Varnhagen y a trabajar para las Juventudes Aliyah, organización que formaba a jóvenes judíos para el trabajo agrícola en Palestina, y al mismo tiempo recopilaba material para lo que sería *Los orígenes del totalitarismo*, una obra en la que dedicaba un espacio importante a analizar la historia del antisemitismo.

Por su parte, Heidegger había encontrado en su esposa, Elfride, entusiasta partidaria del nazismo desde los años veinte, una compañera de mentalidad afín a la suya. En 1936 Arendt conoció a un antiguo comunista alemán en el exilio, Heinrich Blücher, que sería su segundo esposo, su compañero y su seguro refugio. (En 1937 concluyó formalmente su matrimonio con Günther Stern,* con quien se había casado en 1929.)

* Autor de varios libros publicados bajo el pseudónimo de Günther Anders. (*N. del T.*)

Cuando en 1950 Arendt volvió a encontrarse con Heidegger (momento en que aún no se conocía públicamente la amplitud de la colaboración del filósofo con el régimen nazi), éste la necesitaba para fines totalmente distintos. La prohibición que pendía sobre su actividad docente, los cinco años de lucha para dejar limpio su nombre y el derrumbe de su esperanza de «rejuvenecer» Alemania rescatándola de la catástrofe de la técnica, la decadencia y el comunismo, lo habían dejado triste y decepcionado, aunque no arrepentido, y recibió con verdadera alegría la nueva entrada de Arendt en su vida. Sin embargo, el horror que despertaban en Hannah su presunto antisemitismo y sus actividades pronazis no era un buen augurio para el reencuentro. Pese a ello, fue y le escuchó, y para Heidegger fue fácil convencerla de que las acusaciones no eran más que calumnias. Arendt no cabía en sí de felicidad; para ella ese reencuentro significó el regreso a su amigo y mentor, al hombre que aún amaba, aunque de una manera diferente a la de antes. Más adelante le escribió que perder la oportunidad de revivir la continuidad interrumpida de sus vidas habría sido un error imperdonable.

Heidegger necesitaba su perdón, necesitaba sentirse absuelto del cargo de antisemitismo, recuperar la confianza en la solidez de sus principios morales. Hannah sería su embajadora de buena voluntad ante la opinión pública, y en especial ante

Karl Jaspers, antes íntimo amigo de Heidegger y ahora amigo de Arendt. Ella lo defendería de las acusaciones que, tal como ahora creía, no tenían fundamento alguno. El prestigio de Arendt entre la intelectualidad norteamericana —algo que Heidegger sin duda conocía— era un precioso punto a su favor. Sus vidas continuaron entrelazadas durante los siguientes veinticinco años. El marido de Arendt, admirador de la filosofía de Heidegger, si bien no de éste en cuanto persona, alentó a Hannah y coincidió con ella en que lo más importante era dejar que Heidegger trabajara en paz. Arendt lo visitaba siempre que él se lo permitía, segura de que sólo ella lo conocía y lo comprendía y, por lo tanto, de que sólo ella podía aliviar sus depresiones y ayudarle a recuperar la paz necesaria para su trabajo. Heidegger la mantenía al corriente de sus escritos y conferencias, y ella a su vez le consultaba cuestiones de filosofía, haciendo hincapié, no pocas veces, en la deuda que tenía con él. Un motivo recurrente en las cartas que le enviaba era que su pensamiento no habría evolucionado del modo en que lo hizo «sin lo que aprendí de ti en mi juventud».⁴ Fue Heidegger quien inspiró su sistema de pensamiento y el que mantuvo a los filósofos clásicos, los más importantes maestros de Arendt, vivos y cercanos a ella; Arendt y Heidegger disfrutaban intensamente de las mismas obras literarias, de los mismos poemas, de la misma música. Y, como en los primeros tiempos, Heidegger escribió

poemas para ella. No obstante, bajo esta tranquila superficie latía una corriente submarina de fuertes tensiones, emociones conflictivas, demandas no satisfechas y rencores. De ahí los prolongados silencios —a veces de varios años— en su correspondencia y sus encuentros.

En 1974, un año antes de su muerte, Arendt le escribió: «Nadie da las clases como tú, ni nadie lo ha hecho antes».⁵ Aunque a Heidegger no le hacían falta apoyos, la dependencia de Arendt por él satisfacía una necesidad que nadie más podía colmar. En los años cuarenta algunos de sus otros discípulos, Herbert Marcuse entre ellos, le dieron la espalda no a causa de su apoyo al nacionalsocialismo, sino por su categórica negativa a denunciar al partido y dejar de pertenecer a él. Arendt, «la pasión de su vida», no le hizo tales demandas.⁶ Antes bien, se dedicó a divulgar su filosofía en Estados Unidos y a reivindicar su nombre ante los ojos de la crítica. Permaneció fiel a su primer amor y devolvió una y otra vez al hombre envejecido y solitario la ilusión de juventud y la sensación de ser un ser supremo en un mundo que se hundía en la mediocridad.

Es muy difícil medir la influencia que Arendt y Heidegger tuvieron el uno sobre el otro. Sin embargo, no cabe duda de que evaluar su recíproca dependencia y la importancia que cada uno de ellos tuvo para el otro resulta clave para comprender sus vidas.

La imagen de Martin Heidegger que emerge de su relación con Hannah Arendt sorprenderá sin duda a los lectores familiarizados con la obra del filósofo, en especial a aquellos que ven en Heidegger sólo un pensador austero y abstracto. A veces expresa sus emociones en un vocabulario típicamente germánico, casi romántico y trillado. Su predisposición romántica parece haberle conducido tanto a un apego apasionado a Hannah Arendt como a la fascinación por la visión nazi del renacimiento de Alemania. Es muy posible que los investigadores quieran buscar los orígenes de la adhesión de Heidegger al nazismo no sólo en su filosofía, sino también en las necesidades específicas de su vida emocional. Su relación con Hannah Arendt permite asomarse al mundo de sus sentimientos, que él mantuvo celosamente oculto.

En su escrito de homenaje *Martin Heidegger a los ochenta* (1969), Hannah Arendt consignó en una extensa nota a pie de página la incursión del filósofo en el «mundo de los asuntos humanos», es decir, su colaboración con los nazis. Le resultaba «chocante y hasta exasperante que Platón y Heidegger, cuando se dedicaron a los asuntos humanos, se volvieran tiranos y *Führer*», y señaló que, olvidándose de leer *Mein Kampf* «como tantos intelectuales alemanes, nazis y antinazis», Heidegger escapó «de la realidad de los sótanos de la Gestapo y de los infiernos de tortura de los primeros campos de concentración hacia regiones ostensiblemente más trascendentes».

Arendt definió la colaboración de Heidegger con los nazis como «el episodio que hoy... suele llamarse un “error”», apenas «diez cortos y ajetreados meses», aunque Heidegger fue rector de la Universidad de Friburgo del 21 de abril de 1933 al 23 de abril de 1934. Parece improbable que en 1969 Arendt no supiera que había pertenecido al Partido Nacionalsocialista Alemán del Trabajo

(NSDAP) desde 1933 hasta su desaparición en mayo de 1945, aunque es posible que no supiera que Heidegger ya había leído *Mein Kampf* en 1931, a instancias de su esposa, que opinaba que «había que dejar todo lo demás y ponerse a leer *Mein Kampf*».¹

Arendt hizo esfuerzos extraordinarios para minimizar y justificar la contribución y el apoyo de Heidegger al Tercer Reich. «El mismo Heidegger rectificó su “error” más rápida y radicalmente que muchos de los que más tarde le juzgaron», escribió en su homenaje. «Los riesgos que corrió fueron mucho mayores que los habituales en la vida literaria y universitaria alemana de esa época.»² Ninguna de estas declaraciones se apoya en pruebas concretas y al parecer Arendt se limitó a repetir, sin analizar, lo que Heidegger le contó en su primer encuentro en 1950 y en conversaciones posteriores.

En su homenaje a Heidegger, último acto de un drama que había comenzado casi medio siglo antes, Arendt mostró la misma generosidad, la misma lealtad y el mismo amor incondicionales que había experimentado desde el comienzo de la relación.

A finales del otoño de 1924, cuando se matriculó como estudiante de filosofía en la Universidad de Marburgo, Hannah Arendt tenía dieciocho años. Martin Heidegger, que entonces estaba finalizando su obra principal, *Ser y tiempo*, era el profesor más

popular de la universidad gracias a su innovador pensamiento filosófico y al magnetismo que desplegaba en sus clases. Karl Löwith recuerda que los estudiantes le llamaban el «pequeño mago de Messkirch» (su lugar de nacimiento). Su aspecto, su vestimenta, el estilo con que daba las clases, eran elementos que hacían de él un personaje único. «Es algo difícil describir el rostro de Heidegger», prosigue Löwith, «porque era incapaz de mirar a los ojos mucho tiempo. Su expresión natural revelaba un ceño pensativo, un semblante inescrutable, los ojos caídos, echando de vez en cuando una rápida mirada a su alrededor para evaluar la situación. Si se veía forzado, en una conversación, a mirar a alguien a los ojos, se mostraba reservado e inseguro, porque carecía del don de la comunicación abierta con los demás. De ahí que su expresión natural fuera desconfiada, cauta, como de campesino taimado.» Por lo general vestía pantalones cortos marrón oscuro y una tradicional chaqueta de campesino de la Selva Negra, del mismo color, con solapas anchas y una especie de cuello duro al estilo militar. «El color oscuro del paño hacía juego con su cabello renegrado y su tez morena. Era un hombre bajito y moreno que sabía hechizar a la gente... La técnica de sus clases consistía en construir una compleja estructura de ideas que después desmantelaba para enfrentar al sobreexcitado estudiante con un rompecabezas y dejarlo en un vacío. Este tipo de brujería conllevaba resultados muy arries-

gados: atraía a mentes más o menos psicópatas, y hubo una alumna que se quitó la vida después de tres años de dedicarse a resolver rompecabezas.»³ Consciente de la fascinación que sentían por él los estudiantes, tanto hombres como mujeres, y del poder que ejercía sobre sus mentes, Heidegger se preocupaba por mantener las distancias, intensificando así la mística, el temor respetuoso, la reverencia.

Nacido en 1889 en una modesta familia católica —«ni ricos ni pobres», en palabras de su hermano Fritz—, Martin fue destinado desde pequeño al sacerdocio, lo que implicaba que la Iglesia financiaría parcialmente el coste de su educación.⁴ La teología católica como preparación para el sacerdocio fue el campo de estudio escogido por Heidegger cuando a los veinte años acabó sus estudios secundarios. La estricta disciplina impuesta a los estudiantes de teología en la Universidad Albert-Ludwig de Friburgo fue para él una mera continuación de la rutina de interno en el *Gymnasium*: de primeras horas de la mañana hasta la noche el tiempo se dedicaba a la oración, al estudio en clase y a los deberes. En la biografía de Hugo Ott puede leerse que en 1911, el segundo año de sus estudios, la salud de Heidegger decayó a causa del asma y de una afección cardíaca, trastornos ambos de naturaleza nerviosa. En esa época el joven Heidegger ya pensaba en dejar la teología y estudiar matemáticas y filosofía, decisión sumamente difícil

—pues significaba el drástico abandono de una vocación elegida mucho antes y el final de sus apoyos económicos— que podría ser la causa de su alteración nerviosa. Heidegger entró en crisis, ya que el catolicismo no era sólo el objeto de sus estudios, sino también una determinación espiritual, una fe, un baluarte. Pero una vez que tomaba una decisión no se retractaba jamás, aunque la ruptura siguiera siendo un conflicto indeleble y perturbador para el resto de su vida. Ese conflicto afloraría a la superficie de un modo muy peculiar durante el nazismo y, más tarde, cuando la Iglesia católica intentó llevarlo nuevamente a su seno al finalizar la segunda guerra mundial. En 1913 Heidegger se doctoró en filosofía; dos años después completó el procedimiento de admisión al cuerpo docente universitario. Tras un breve compromiso con una mujer llamada Margaret, se casó en 1917 con Elfride Petri, una estudiante de economía política de la Universidad de Friburgo y descendiente de militares prusianos de confesión luterana. El dilema espiritual de Heidegger dio lugar a otra decisión importante en 1918: mientras esperaba la llegada de su primer hijo, Elfride Heidegger informó al doctor Engelbert Krebs, párroco de la archidiócesis de Friburgo y antiguo amigo de la pareja —él los había casado—, de que, tras una profunda introspección y muchas oraciones, ella y Martin habían decidido que su conciencia les impedía bautizar al niño por la Iglesia católica. Esa fue la primera vez, aunque de nin-

gún modo la última, que la señora Heidegger representó a su marido en una situación que a él le resultaba incómoda o embarazosa.

El año 1922 estuvo marcado por dos acontecimientos importantes en la vida de Heidegger: fue nombrado *Extraordinarius* (profesor adjunto) de filosofía en la Universidad de Marburgo, y su mujer mandó construir para él una cabaña de madera en el campo, en Todtnauberg, cerca de Friburgo. Allí, en íntimo contacto con la naturaleza y con la gente del campo, cuya presencia era para Heidegger preferible a la de los profesores, podría pensar y escribir.

Como se infiere de sus cartas, su encuentro con Hannah Arendt en el otoño de 1924 vendría a destruir durante muchos años el orden de su existencia, a sacar a la luz una parte de sí que él desconocía y a quebrar las reglas básicas del respetable medio social y académico, reglas que él había observado atentamente. «Una reserva y una torpeza congénitas», escribió a principios de ese año a Karl Jaspers, hacían difícil, incluso para un amigo, acercarse a él, pero ninguno de esos rasgos es detectable en su relación con Arendt. «Vivo en soledad», decía en la misma carta, y aunque la soledad era necesaria para un pensador, los dos filósofos necesitaban un espíritu afin con el que «hacer filosofía». ⁵ La joven estudiante no podía ser compañera de sus polémicas filosóficas, pero sí escucharle y hacerle compañía cuando la soledad lo abatiera.

En la pequeña ciudad universitaria de Marburgo, donde, como recuerda en su autobiografía Hannah Tillich, la esposa del teólogo Paul Johannes Tillich, el pelo cortado a lo paje y la ropa moderna atraían miradas desaprobadoras en la calle, se necesitaba una determinación fuera de lo corriente, e incluso estar desesperado, para que un profesor casado y padre se liara con una estudiante. Incluso tomando las máximas precauciones y recurriendo a todo tipo de tácticas conspiratorias con la ayuda y la buena voluntad de Hannah, Martin Heidegger arriesgaba su matrimonio y su carrera. Aparentemente confiado en su habilidad para no despertar sospechas, e incapaz de resistirse a Arendt, decidió correr ese riesgo. Tampoco el miedo impidió que se entregara a la peligrosa práctica de escribirle cartas, tan profunda era, por lo visto, su necesidad de comunicarse con ella, de poner sobre el papel las nuevas emociones y pensamientos que su presencia o su ausencia le evocaban. El Heidegger que surge de esas cartas es un hombre de intensas pasiones, y las cartas —a veces hondamente sentimentales y románticas, otras ácidas e hirientes— ofrecen una fascinante perspectiva de su alma.

Fue Heidegger quien tomó la iniciativa, como se desprende de su primera carta a Arendt, consciente de lo que hacía y valiéndose de su posición y madurez para aprovecharse, hasta cierto punto al menos, de la inocencia de Hannah y de la abru-

madora atracción que su intelecto y virilidad ejercían sobre ella. Desde el primer momento él tuvo la ventaja, pese a su dependencia del amor que ella sentía por él.

Heidegger, de origen campesino y criado en provincias, puede muy bien haberse sentido atraído por el aire exótico de Hannah, por su carácter expansivo y la elegancia de sus modales. Producto de un entorno judío cosmopolita, contrastaba con fuerza con las Brunhildas teutónicas a las que aquí estaba más próximo: su madre y su mujer. Heidegger tropezó con sus grandes ojos negros en el aula, la observó a lo largo de casi dos meses, luego la invitó a una charla en su despacho. Con ternura recordó después en sus cartas la imagen de Hannah cuando llegó envuelta en una gabardina, un sombrero ocultándole la cara, soltando de tanto en tanto un «sí» o un «no» apenas audible. Tras esa conversación Heidegger le escribió una larga carta, en una prosa elaborada y elocuente.

No es de extrañar que Hannah Arendt se sintiera atraída por su profesor. Dada la poderosa influencia que él ejercía sobre sus alumnos, era casi inevitable. Ni su pasado de niña huérfana y precoz, ni su carácter vulnerable y melancólico le sirvieron para resistir el resuelto esfuerzo de Heidegger por ganarse su corazón. Arendt compartía la inseguridad de muchos judíos que aún mantenían la incertidumbre respecto del lugar que les correspondía en la sociedad, siempre albergando dudas

respecto de sí mismos. Al elegirla como amante, Heidegger hacía realidad para Hannah el sueño de generaciones de judíos alemanes, un sueño que se remonta a los pioneros de la asimilación, como Rachel Varnhagen.

La primera carta de Heidegger a Hannah, fechada el 10 de febrero de 1925, lleva el formal encabezamiento «Querida señorita Arendt». Sin dejar de guardar una distancia cortés le declara su respeto, alaba sus cualidades intelectuales y espirituales, y sólo le pide que le deje ayudarla a mantenerse fiel a sí misma. Su sensibilidad ante la juventud y las necesidades de Hannah será una contención para el desasosiego de la joven, promete Heidegger, y ella, a su vez, comprenderá sin duda la terrible soledad de un hombre dedicado exclusivamente a tareas académicas. Es una carta emotiva, lírica, bellamente redactada, caricia sutil y firme declaración al mismo tiempo. No hay en ella vacilaciones, dudas, ni siquiera reflexiones o preguntas; es una carta pensada con cuidado, en la que cada palabra, cada frase, cada pensamiento, sugerentes y seductores, tienen una finalidad, y en su conjunto prefigura los movimientos y las tácticas de Heidegger.

En realidad, Arendt no necesitaba que la engatusara. Abrumada, aunque confusa, por la misiva, absorbió cada una de las palabras. El deseo de Heidegger de ser su amigo y maestro fuera del aula constituyó para ella el mayor elogio, un regalo que

difícilmente podía esperar y, mucho menos, rechazar. Naturalmente, no fue una amistad entre iguales (algo que Hannah dio por sentado), ni nunca lo sería. Décadas más tarde, después de que Arendt alcanzara el reconocimiento y la fama, él seguía tratándola a veces como a una alumna obediente.

Apenas cuatro días después de la primera carta, Arendt recibió otra, dirigida esta vez a la «Querida Hannah». Dos semanas más tarde Heidegger le remitió una escueta nota que indicaba un giro en la relación, el inicio de la intimidad física. Atrapado por una emoción hasta entonces desconocida, el filósofo se comportaba como un poseso.

Hannah Arendt entregó su amor libremente, feliz, desafiando todas las convenciones, y puso ante Heidegger un espejo en el que se reflejaba un ser casi divino. Para el muchacho católico de Messkirch ella personificaba todo lo que él pudo haber visto en algunos sueños desconcertantes.

En apariencia, Heidegger no era un hombre enérgico, al menos no en el sentido convencional. Pero la determinación con que persiguió a Hannah —aun a riesgo de su familia y su carrera— revela un carácter decidido y egocéntrico, un Heidegger despiadado y astuto. Pese a ello, o tal vez debido a ello, era un hombre inseguro que necesitaba constante adoración y adulación —el reconocimiento internacional aún tardaría algunos años en llegar—, algo que Hannah le dio en abundancia.

Estas contradicciones fueron emergiendo poco a poco en su actitud hacia Arendt, pero ella no se dio cuenta, como tampoco se dio cuenta de la necesidad que él sentía de controlarla, que Hannah tal vez interpretó como un deseo de protegerla. Mediante halagos, muestras de devoción, declara-

ciones de amor eterno, poemas u órdenes, Heidegger decidió siempre las condiciones de la relación. Ser capaz de poseer a una mujer ya entonces conocida por su apasionada independencia era para él una enorme gratificación.

Pese a su juventud e inseguridad, Arendt demostró ser más fuerte y resistente que Heidegger ante las convenciones sociales. No hay nada que permita sugerir que alguna vez pensara en la posibilidad de que Heidegger abandonara a su familia, o que así lo deseara. Y aunque después de un año de encuentros clandestinos Hannah comenzó a pensar en cambiar de universidad, su amor por él no decayó, antes bien, parece haberse intensificado, tal como Heidegger lo había predicho. La fuerza creciente de su amor la asustaba y puede haberla impulsado a partir. ¿Se rebeló interiormente contra su papel de segundona? Parece improbable, pues el aura de misterio era tan excitante para ella como para él.

Se cuenta que en los primeros años de su adolescencia Hannah vivió fascinada por las historias que se contaban en familia acerca de una hermosa tía, ya desaparecida, que, comprometida en actividades políticas subversivas, llevaba una vida secreta, atravesaba las fronteras de incógnito llevando mensajes y era siempre admirada por sus compañeros de conspiración, que sólo habían visto su maravilloso rostro cubierto por un espeso velo.¹ Cuando años después, ya en su madurez, Arendt

escribió sobre Rosa Luxemburg, subrayó que la compulsión al anonimato del amante de Luxemburg y su fascinación por la conspiración y el peligro aumentaban su atractivo erótico. Sin embargo, pese a todo el encanto del misterio, la excitación que le producían las muchas y crípticas notas de Heidegger —en las que éste le indicaba cuándo esperaba estar solo, fijando con toda exactitud el día, la hora y el lugar de la próxima cita, a la manera de un complicado juego de señales luminosas— terminaría desvaneciéndose. Tal vez Hannah comenzó a sentirse incómoda con las virtudes «juveniles» que él ensalzaba en ella, con su papel pasivo, que por lo general consistía en acatar las órdenes y guardar silencio. A Hannah le pesaba el hecho de no poder hablar con él abiertamente, aunque Heidegger le aseguró en una de sus cartas que ella podía manifestar mejor su yo interior sin palabras. No obstante, no podía superar la casi obsesiva timidez que la presencia de Heidegger le provocaba. Como él recordó después, Hannah solía murmurar «si quieres que lo haga» o «si tú quieres», pues la intuición y la experiencia le decían que la modestia y la muda idolatría eran lo que a Heidegger le gustaba y le excitaba. Tal vez, instintivamente, Hannah intentaba destruir el tópico de la judía ruidosa, lista y segura de sí misma, y como su heroína, Rahel Varnhagen, veía a los fantasmas de sus antepasados interponerse en su camino. Pero, más que cualquier otra cosa, lo que la atra-

paba pudo haber sido su propia inhibición e inseguridad, agravadas por la conducta de Heidegger, por sus gustos y aversiones.

A lo largo de su romance, Arendt comprendió y aceptó las normas impuestas por Heidegger, e hizo todo lo posible para aliviarle el peso de su doble vida; siguió cada una de sus instrucciones, a menudo cambiantes y complicadas, en lo que respecta a sus encuentros; no se quejaba, no pedía, estaba disponible cuando él la necesitaba o, de lo contrario, lo esperaba con paciencia. Hannah apreciaba el privilegio de ser su amante y confidente. El la mantenía al tanto de su trabajo, de las perspectivas de la carrera universitaria, de las relaciones con su mentor Edmund Husserl y su amigo Karl Jaspers, y nunca se cansó de inculcar en su joven estudiante la espiritualidad innata de la elite intelectual alemana. A los dieciocho o diecinueve años Hannah vivía, gracias a Heidegger, entre creadores de ideas, creyendo erróneamente que los asuntos mundanos de la política y de la realidad cotidiana eran ajenos a ellos. Si hubiera conocido la correspondencia entre Heidegger y Jaspers, paralela a la que el primero mantenía con ella, le habría sorprendido el pragmatismo de los filósofos, el cuidadoso cálculo de salarios, prestaciones sociales, pensiones de viudedad y gastos de mudanza que tomaban como base para aceptar o rechazar un puesto docente, o la decisión de Jaspers de cobrarle intereses a Heidegger por un préstamo a corto

plazo. Estas preocupaciones triviales palidecen ante la magnitud de su implicación en el politiquero universitario antes y después de la llegada del nazismo.

En 1926, casi un año después de que iniciaran su relación, Arendt se debatía dolorosamente con la idea de abandonar Marburgo. Aunque era habitual que un estudiante cambiara de universidad para estudiar o preparar una tesis doctoral bajo la supervisión de un profesor de su elección, no fueron éstos los motivos de Hannah. Mientras que al parecer deseaba seguir adelante con su vida, también quería estar cerca de Heidegger y estudiar con él. Tal vez abrigaba la esperanza de que él la disuadiría de partir cuando le comunicara su decisión. Finalmente, el bienestar del maestro —«a causa del amor que siento por ti, para no hacer las cosas más difíciles de lo que ya son»— prevaleció por encima de todas las demás consideraciones. Veinticinco años después Arendt le dijo con toda franqueza: «Me fui de Marburgo únicamente por ti».²

Cuando le dijo a Heidegger que estaba considerando la posibilidad de marcharse a otra universidad, él ya había decidido que Hannah debía dejar Marburgo. No está claro si fueron sus nervios los que cedieron, si su esposa comenzó a sospechar algo o si la presencia de Arendt se volvió demasiado perjudicial, pero sí que, a diferencia de ella, lo que Heidegger quería no era poner fin a la his-

toria, sino sólo reducir los riesgos. En enero de 1926, Heidegger escribió a Arendt una carta que plantea serias dudas acerca de las intenciones que, en relación con el bienestar de ella, había expresado en sus cartas un año antes. En esa carta se refiere enfáticamente a «su decisión», como si Hannah ya la hubiera tomado, aunque al parecer ella aún vacilaba. Como profesor, Heidegger podría haber intentado disuadirla, y ella habría continuado estudiando con él. Sin embargo, nunca lo hizo. Al margen de sus sentimientos personales, estudiar con Heidegger era algo muy serio para ella, como queda claro en *La condición humana* (1958), libro que, como Arendt le escribió, «te lo debe casi todo a ti, en todos los aspectos».³

No cabe duda de que Heidegger la presionó para que se marchara. Cuestionó su capacidad para sacar adelante los estudios en Marburgo, donde, afirmaba él, Arendt no había conseguido integrarse ni adaptarse. Según Heidegger, a los jóvenes que no podían juntar la fuerza necesaria para dejar una universidad en la que no encajaban les fallaba algo. Si insistían en quedarse perdían la oportunidad de crecer, pensaba. Tampoco creía que fuera especialmente beneficioso ser considerado «alumno de Heidegger», una extraña afirmación en boca de un profesor que no tenía parangón en Alemania.

A la vista de la reputación de Arendt como una de las mentes más sobresalientes de Marburgo, la evaluación que Heidegger hizo de su rendimiento

va en contra del sentido común. El profesor que durante todo el curso no había tenido para ella más que alabanzas, que había discutido con ella su obra, y que una y otra vez subrayaba la afinidad espiritual que los unía, la traicionaba ahora por razones que nada tenían que ver con el rendimiento académico. Si Arendt fue el primer discípulo en sentirse decepcionado por Heidegger como profesor, no sería el último. Durante su época de rector, Heidegger bloqueó el doctorado de Eduard Baumgarten porque «era cualquier cosa menos un nacionalsocialista».⁴ Más tarde, acabó con la carrera académica de Max Müller cuando le acusó de tener una actitud negativa ante al Tercer Reich simplemente porque era un ferviente católico. Las razones personales, políticas y religiosas, no el saber, eran la base de muchas de sus decisiones. El profesor Heidegger ocupaba una posición de poder, disfrutaba del poder y lo usaba como le venía en gana.

La carta de enero de 1926 puede haber sembrado las primeras dudas en Arendt, aunque ella misma las disipó de inmediato. Heidegger le había asegurado que ella y su amor por él eran inseparables de su trabajo y su vida. Ahora intentaba persuadirla para que partiera si tenía la fuerza y la capacidad de comprender lo que era mejor para su crecimiento intelectual. La decisión de Hannah, escribió Heidegger, exigía un sacrificio no sólo por parte de ella, sino también de él, que estaba dis-

puesto a sacrificarse por el bien de Hannah y creía que ese sacrificio podía enriquecerlos a los dos espiritualmente.

A juzgar por las cartas de Arendt a Heinrich Blücher escritas diez años más tarde, no es erróneo suponer que sólo con el paso del tiempo y la sabiduría que otorga el mirar hacia atrás pudo Arendt entender plenamente la intención que ocultaban los argumentos de Heidegger. Y cuando comprendió, se sintió despreciada, manipulada, engañada. No obstante, todo ello poco cambiaría respecto a su comportamiento con Heidegger.

Arendt no se resistió al papel de aprendiz de Heidegger, más bien lo aceptó agradecida. Su obediencia, incluso su pasividad, no pueden juzgarse por los parámetros actuales, sino por las normas de comportamiento entonces predominantes, que exigían que los estudiantes trataran al profesor como a un maestro. Sin embargo, tener que vérselas con un amante y un profesor en la misma persona no podía sino aumentar la confusión de Hannah.

La relación entre profesor y alumno en una universidad alemana presuponía, más que una actitud de mentor a discípulo, una actitud de maestro a aprendiz. En la mayor parte de las instituciones de enseñanza europeas se hallaba firmemente establecido el paradigma de la posición elevada del profesor y la posición subordinada del alumno; en el sistema alemán predominaban unos esquemas muy estructurados de conducta y pensamiento, con una disciplina y una jerarquía al estilo prusiano. La figura del padre severo tenía su réplica en la universidad. El profesor ocupaba, literal y figuradamente, un pedestal; la atmósfera en clase era

solemne, la etiqueta, obligatoria, las normas de conducta —relativas a la vestimenta, al aspecto, a los modales— se respetaban estrictamente. Hannah Arendt vivió un choque cultural cuando visitó por primera vez el campus de Berkeley unos treinta años más tarde; la falta de disciplina entre los estudiantes indolentes y de aspecto descuidado no le resultó divertida. La informalidad que reinaba en las aulas norteamericanas era algo extraño para ella, aunque con el tiempo llegó a apreciarla.

Arendt se contaba entre los jóvenes intelectuales judíos alemanes que buscaban en la filosofía alemana un sustituto de la religión, y en los filósofos, la encarnación de la germanidad y del *Geist*. Para ellos Heidegger presentaba, además, otro atractivo: al revivir e incorporar la filosofía griega en el pensamiento contemporáneo alemán, facilitó a los estudiantes una solución a los dilemas culturales, cosa que también debió de atraer a Arendt, cuyo deseo de que Heidegger protegiera su alma se vio exacerbado por la necesidad de integración y aceptación intelectual y cultural. En los años de posguerra, cuando lo que se consideraba la traición de Heidegger a la cultura occidental amenazaba el propio «ser y tiempo» de los estudiantes, algunos de ellos, como Herbert Marcuse, suplicaron al pensador que se retractara de su pasado nazi; otros, incluida Hannah Arendt, lo absolvieron de toda

culpa; Arendt actuó así, en parte al menos, para protegerse a sí misma, para salvar el *Geist* que su profesor le había ayudado a alcanzar en su juventud. Su vínculo con Heidegger no se había roto, pese a que su vida había experimentado un cambio radical: en 1941 había emigrado a Estados Unidos (un país que Heidegger despreciaba por anteponer los valores materialistas a los espirituales y su excesivo interés por la técnica) y construyó allí una nueva vida junto a un hombre que amaba. Pero, como señaló su antigua alumna, «aun en presencia de su ausencia», Heidegger seguía siendo para ella una autoridad.¹

Heidegger trasladó el culto a su personalidad desde el aula hasta el marco de su relación personal con Arendt. Al parecer, le era vital alzar una barrera entre él y Arendt, preservar así la relación de maestro a aprendiz, tanta aprensión debía de causarle la posibilidad de que su autoridad peligrara o de que Arendt se le acercara demasiado. Por primera vez en su bien ordenada vida se encontró en una situación ambivalente, y buscó a tientas modos de hacerle frente. A lo largo de su relación el papel de Arendt como alumna suya se enfrentó a la necesidad física que sentía por ella. Arendt aprobó el modo en que Heidegger estableció su relación personal y parece haber aceptado de buena gana el papel asignado. Pero más de una vez ese papel debe de haberle parecido contradictorio.

Cuando estaban juntos, dando un paseo o sen-

tados en «su» banco, él hablaba y ella escuchaba. Como sugiere la correspondencia de ambos, los monólogos de Heidegger trataban de su pensamiento filosófico, de la filosofía antigua y moderna, de literatura, poesía, música y de la naturaleza, temas que habían interesado a Arendt desde la adolescencia. Los dos se deleitaban con Bach y Beethoven, con Rilke y Thomas Mann (a ambos les entusiasmaba *La montaña mágica*). Los soliloquios de Heidegger sobre Sócrates, Platón y Heráclito fueron siempre un recuerdo precioso para Arendt.

Las sombras, las confesiones que Arendt escribió como un «regalo» para el maestro en el verano de 1925, son muestra de su deseo de que él conociera sus más íntimos pensamientos, los detalles de su infancia y adolescencia, la raíz, creía Hannah, de sus miedos y de su vulnerabilidad. Con su aura de melancolía, ansiedad y distanciamiento, la confesión recuerda al *Werther* de Goethe. En sus cartas, Heidegger también se apartaba del terreno neutral de la filosofía y la literatura. Inundadas de amor sensual, las cartas muestran que para él, como para Arendt, era más fácil escribir sobre las emociones que hablar de ellas.

Durante el semestre de primavera de 1926 Arendt se trasladó a Heidelberg a preparar el doctorado en filosofía con Karl Jaspers, a quien Heidegger la había recomendado siguiendo una práctica habitual entre profesores. A veces Jaspers le

transmitía a Heidegger alguna información sobre Arendt, y hasta noticias de carácter privado. No eran más que cotilleos inofensivos, en opinión de Jaspers, pero para Heidegger revestían gran importancia. Hasta 1949 no se enteró Jaspers, por Arendt, de la relación entre ambos.

Arendt se marchó de Marburgo, pero no abandonó a Heidegger. Sin embargo, no le dio su nueva dirección en Heidelberg. Se desconocen las razones de esa actitud, pero muy bien pudo deberse a que sospechaba que el amor de Heidegger no era más que una mera atracción física, mientras que ella amaba tanto al hombre como a su espíritu. A manera de comentario sobre su antigua relación con Heidegger, Arendt le escribió a Blücher unos diez años más tarde: «Todavía me parece increíble que pueda tener las dos cosas, el “gran amor” y conservar mi identidad. Y sólo ahora tengo la primera, desde que poseo la segunda. Finalmente sé lo que es de verdad la felicidad».²

Heidegger quiso ponerse en contacto con Hannah de la manera que menos llamara la atención. No se atrevía a enviarle una carta a la Universidad de Heidelberg, y preguntarle a Jaspers cómo localizarla le parecía demasiado peligroso. Por último, Hans Jonas, un alumno de Heidegger y amigo de Arendt, le dio al profesor las señas de ésta. Reanudaron así la correspondencia y los encuentros, al parecer con el beneplácito de Arendt, quien seguramente esperaba alguna señal de parte de él y

no estaba dispuesta a dar el primer paso. Los nuevos planes de Heidegger eran más complicados que antes: ella tenía que reunirse con él en un pequeño pueblo, por ejemplo, Weinheim, o unirse a él en su viaje de Friburgo a Suiza. El viajaba de Marburgo a Friburgo el miércoles 4 de abril y proseguía viaje a Suiza, el 6 de abril. Heidegger la invitó a ser su acompañante y, con toda probabilidad, a alojarse en un hotel. Sin saber a ciencia cierta si Arendt recibiría su carta a tiempo, ni si estaba libre, pero convencido de que ella deseaba verle, le pidió que le enviara una postal de felicitaciones de fin de curso como señal de que el plan era viable, y le prometió buscarla en todas las pequeñas estaciones en que su tren se detenía brevemente.

Después de un tiempo la correspondencia entre ambos y sus encuentros se volvieron más esporádicos. Los meses pasaban sin ningún tipo de comunicación; finalmente reanudaron la correspondencia por iniciativa de Heidegger, quien escribió a Arendt que sus cartas compensaban la ausencia; Heidegger acariciaba las «queridas manos» de Hannah cada vez más tan sólo con su imaginación, y no dejaba de pedir por su felicidad.

Primero a través de Jaspers y después por Arendt, Heidegger se enteró, a comienzos de 1928, de que había un hombre en la vida de Hannah, un compañero de estudios llamado Benno von Wiese. Jaspers, a quien le gustaban los dos estudiantes, le dijo a Heidegger que se habían comprometido: un

matrimonio perfecto, opinaba. No es seguro que Arendt y Von Wiese pensarán en una unión permanente. De hecho, el romance duró poco (de 1927 a 1928) y para Arendt puede haber significado poco más que una tentativa de desplazar a Heidegger. Aunque trabajaba duro para Jaspers, que era un profesor sumamente exigente, y aunque ahora tenía una compañía masculina, su decisión de informar a Heidegger de la existencia de Von Wiese demuestra que el profesor seguía ocupando sus pensamientos. Le aseguraba que era feliz, y eso produjo un estallido de alegría (o de alivio), un aluvión de bendiciones y buenos deseos de parte de Heidegger, pero no le impidió continuar pretendiéndola. Una vez, probablemente en 1928, Arendt hizo un viaje largamente planeado a Nuremberg y sus alrededores con su amiga íntima Käte Levin. En mitad del viaje recibió, según le contó a su compañera, una carta de Heidegger dándole una cita. Sin dudarle un momento interrumpió el viaje, dejó a Käte y corrió al encuentro de Heidegger.³

En cuanto Arendt logró un precario equilibrio en su nueva vida con Von Wiese, Heidegger le envió una carta o nota llena de recuerdos de los momentos compartidos y reiterándole su constante amor y su continuo deseo. Heidegger le había prohibido que contestara sus cartas a menos que él se lo pidiera, lo que hacía de tanto en tanto. Al parecer, Arendt escribía esas cartas «por encargo» no sin cierto esfuerzo. Cuando él mantenía su silencio

largos meses, ella también callaba, y parece haber aceptado sus excusas por los prolongados silencios —mala salud, reuniones, seminarios, trabajo, galeadas— a cambio de una nueva declaración de amor y reafirmación de la confianza que los unía. Veinte años más tarde, sin embargo, Arendt dijo que Heidegger «mentía descaradamente siempre y en todas partes, siempre que que podía».⁴ Dado que no tenía contacto alguno con él desde comienzos de los años treinta, podría haberse referido sólo a la época de su relación íntima y, es posible, a las citadas excusas.

Heidegger le hizo creer que ella podía encontrar la felicidad con otro hombre sin dejar de amarle. A los veintidós años Arendt no estaba madura para «el zorro», como le llamó más tarde.⁵ Heidegger le pedía fotos, para recordarla igual que cuando la veía sentada en su clase, como si la partida de Hannah tuviera escasa o ninguna consecuencia. Las estrofas líricas, al borde de lo *kitsch*, los versos temblorosos de pasión, deben de haberla mantenido en la incertidumbre y alerta al deseo que él sintiera por ella. El lenguaje de Heidegger refleja el cambio que experimentó cuando la razón cedió ante la pasión. Sus primeras cartas estaban escritas en una prosa elaborada, medida, bien estructurada. Las cartas posteriores son muestra de un sentimentalismo convencional, por no decir de mal gusto; poseen el lenguaje desinhibido de la emoción desatada.

A principios de 1928 Heidegger tomó *su* decisión. En un encuentro con Hannah en Heidelberg en abril de ese año, le dijo que esa relación ya no podía continuar. A principios de año su viejo profesor, y tenaz defensor, Edmund Husserl le había hecho saber confidencialmente que, tras largas deliberaciones y con su apoyo entusiasta, lo habían nombrado profesor titular (*Ordinarius*) de la cátedra que él había dejado vacante en la Universidad de Friburgo. Con treinta y nueve años de edad, y con *Ser y tiempo* recién salido de la imprenta, Heidegger estaba en la cumbre de su carrera. Tal vez sintió que si se descubría su relación con Arendt corría un riesgo personal demasiado alto. No obstante, otra mujer ya había entrado en escena: Elisabeth Blochmann, la «querida Lisi», la compañera de escuela medio judía de su esposa, catorce años mayor que Hannah y con una sólida carrera académica. En 1927 Heidegger le había agradecido cálidamente los «hermosos días en Berlín»; en 1928 le había dado las gracias «por todo», y citado a san Agustín: «*volo ut sis*» («quiero que seas», *ich will, dass du seiest*), al igual que lo había hecho tres años antes con Arendt.⁶

«Que no vendrás ahora, creo que lo he entendido», le escribió Arendt a principios de abril de 1928. La carta no llevaba encabezamiento, un claro signo de lo que había ocurrido. Desde la última vez que lo vio había estado sufriendo, le contaba, día tras día, de inexplicables ataques de punzante

angustia. «El camino que me mostraste», escribió, «es más largo y difícil de lo que había pensado. Lleva toda una larga vida.» Pero Hannah estaba preparada para seguir ese camino de autoimpuesta soledad, «ya que ésta es la única posibilidad de vivir». Para ella, vivir significaba amarlo: «Si hubiera perdido mi amor por ti, habría perdido mi derecho a vivir», le escribió. Más allá de todos los toques de exagerado dramatismo, es una carta desesperada. La negativa de Arendt a hablar abiertamente acerca de sus sentimientos se quebró cuando él le dijo que iba a dejarla. Debe de haber necesitado toda su fuerza de voluntad y su coraje para poner estas palabras sobre el papel: «Te quiero, igual que el primer día; lo sabes, y yo siempre lo he sabido». Sin el acostumbrado «tu Hannah» (*Deine Hannah*), terminaba la carta: «Y si Dios quiere, te querré aún más después de la muerte».⁷

Cuatro

En septiembre de 1929 Hannah Arendt se casó con Günther Stern, otro alumno de Heidegger. Stern había obtenido el título de doctor en filosofía con una tesis dirigida por Husserl y se hallaba preparando oposiciones para trabajar junto a Heidegger en la Universidad de Marburgo, donde en 1925 conoció a Hannah. Era un hombre serio y talentoso, con un delicado sentido del humor pero, cualesquiera que fuesen sus intenciones entonces, Arendt le prestó muy poca atención. Sin embargo, se fue a vivir con él apenas un mes después de volver a encontrarlo en una fiesta de Año Nuevo en Berlín, en 1929. El suyo fue un matrimonio en toda regla y tanto la madre de Hannah como los padres de Stern, pioneros de la psicología infantil, lo aceptaron con alegría. Arendt y Stern compartían una historia común, venían de familias judías plenamente asimiladas, se movían en los mismos círculos, tenían similares objetivos intelectuales, amaban la música y la literatura, y eran fieles seguidores de la filosofía de Heidegger.

Pese a la conveniencia de la unión y a la buena

voluntad de ambos, el matrimonio tenía pocas posibilidades, pues el amor de Hannah por Heidegger persistía. Sin embargo, Hannah Stern fue una esposa fiel y una leal compañera: mecanografiaba la obra de Stern, le escuchaba cuando página a página se la leía en voz alta, le aconsejaba, le hacía sugerencias, y volvía a mecanografiarla. Fueron buenos amigos el tiempo que duró el matrimonio y se mantuvieron en buenos términos tras la disolución en 1937. Fue Stern quien en 1940 ayudó a Arendt y a Heinrich Blücher a conseguir los afidávits para emigrar a Estados Unidos cuando se vieron obligados a abandonar Francia (Stern y sus padres habían escapado a Estados Unidos tiempo atrás) y fue su hermana quien a mediados de los años treinta ayudó a Arendt a encontrar un trabajo con las Juventudes Aliyah de París en una época en que el desempleo amenazaba la existencia de los refugiados. Décadas más tarde, Stern seguía hablando con respeto y admiración de su primera esposa.

Los Stern continuaron trabajando dos años: él, preparando las oposiciones, ya que un puesto en la universidad era su principal objetivo; Hannah, investigando para la biografía de Rahel Varnhagen. Stern escribía sobre filosofía de la música, pero su trabajo no obtuvo el reconocimiento de sus profesores y acabó abandonándolo por el periodismo. A petición de Jaspers, Heidegger escribió una carta de recomendación para que Arendt consiguiera una beca, ya que se había quedado sin la ayuda

financiera que Ernst Aron, su tío de Berlín, le había proporcionado durante la época universitaria (su madre, Martha Arendt Beerwald, y su marido o no estaban en condiciones de ayudarla, o Hannah se sentía menos incómoda así). Aunque tras el colapso bursátil de 1929 los Stern vivían con escasos recursos, se las ingenieron para mantener su variada vida social y cultural. Vivieron durante un tiempo en Berlín, luego se mudaron a Frankfurt y más tarde otra vez a Berlín, donde Stern comenzó su carrera literaria con el seudónimo de Günther Anders. Colaborador de Bertolt Brecht, llegó a temer por su vida y huyó a París a comienzos de 1933, hecho que significó también el final de su matrimonio.

Con toda seguridad, Heidegger era un frecuente tema de conversación para los Stern (aunque Hannah mantenía en secreto la relación sentimental que la unía al filósofo), y fue quizás a través de Günther como Hannah se enteró de los prejuicios raciales de Heidegger. Stern recordaba una larga conversación con su mentor, quien logró convencerlo de las «tendencias políticas reaccionarias y el feroz nacionalismo» de Heidegger.¹ Otra vez, cuando fue invitado a la cabaña de Heidegger en Todtnauberg con un grupo de estudiantes, Stern dejó a Heidegger «mudo» al conseguir mantenerse cabeza abajo cinco minutos, bastante más tiempo que los otros estudiantes. Heidegger pareció «sentirse virtualmente insultado, porque eso estaba re-

ñido con la imagen negativa que tenía de mí». Que Stern pudiera mantenerse sobre las manos y, además, más tiempo que los «queridos alumnos altos y rubios», superaba la capacidad de comprensión del profesor. Por la mañana el grupo volvió a pie a Friburgo, Stern y Elfride Heidegger cogidos de la mano. Al parecer sin saber que Stern era judío, Elfride le sugirió que se uniera a los nazis, cuyo buen estado físico ella admiraba. «Míreme», replicó Stern, «y verá que pertenezco a aquellos que ustedes quieren excluir».²

A pesar de la experiencia de su marido, los sentimientos de Arendt por Heidegger permanecieron invariables. En una carta sin fechar escrita probablemente a principios de 1929, Arendt le decía a Heidegger que había hallado «un refugio para mi ansiedad y un sentido de pertenencia con un hombre al que tú seguramente no comprenderás en lo más mínimo»; en esa carta recordaba también la última vez que se habían visto, en Heidelberg, un encuentro que había vuelto a reforzar su confianza en él y la había hecho feliz. Encontrarse con él otra vez le hizo decir: «Ya ves, vengo hoy hacia ti con la antigua seguridad y con mi antiguo ruego: no me olvides y no olvides tampoco la fuerza y la hondura con que sé que nuestro amor ha sido una bendición para mi vida».

Y proseguía así: «Y desearía tanto, y tan angustiosamente, saber cómo te encuentras, en qué estás trabajando, cómo te sienta Friburgo». A diferencia

de la carta del 22 de abril de 1928, que finalizaba «Y si Dios quiere, te querré más aún después de la muerte», en ésta se despedía con ternura: «Un beso en la frente y en los ojos».³

Otra carta sin fechar fue escrita probablemente en septiembre u octubre de 1929, tras su casamiento con Günther Stern. Heidegger visitó a la pareja —quizá con el pretexto de discutir con Stern la memoria que éste preparaba para las oposiciones— y después él y Stern cogieron el mismo tren, seguramente a Friburgo. Arendt, deseosa de echar una última mirada a su amante, ideó un plan para aparecer en secreto en la estación. En una carta confesó esta transgresión; «perdóname», le imploraba dos veces. En su imaginación, le explicaba, vio una imagen «de ti y de Günther» de pie junto a la ventanilla del tren, «y yo sola en el andén». Y eso fue exactamente lo que había ocurrido. Cada vez que lo veía, le escribió Arendt, el pasado se abalanzaba sobre ella junto con el renovado convencimiento de que Heidegger aseguraba «la continuidad de mi vida, la continuidad de nuestro —*por favor*, déjame decirlo así— amor».

«Me quedé de pie delante de ti unos segundos; tú, de hecho, me viste. Me miraste un instante. Y no me reconociste.» Ella se sintió invisible. La sobrecogió un terrible recuerdo de la niñez, un cuento de hadas que su madre le había leído, un cuento sobre un enano al que le crecía tanto la nariz que nadie podía ya reconocerlo. «Mi madre

fingía que eso me pasaba a mí. Aún recuerdo el espanto que sentí mientras lloraba: “Pero si soy tu hija, soy Hannah”», escribió. «Hoy me sentí igual. Después el tren se marchó a toda velocidad y ocurrió exactamente lo que había imaginado: vosotros dos en el tren, allí arriba, y yo sola, totalmente desamparada. Como siempre, no podía hacer nada más que dejar que ocurriera, y esperar, esperar, esperar.»⁴

Igual que Ana Karenina, escondida entre el gentío en la estación, Hannah Arendt veía partir a su amante, sin ser vista, sin ser necesitada.

La última carta de Heidegger a Arendt hasta 1950 —escrita, como indica su contenido, después de su nombramiento como rector de la Universidad de Friburgo en la primavera de 1933— contestaba a una carta de Hannah en la que le transmitía su inquietud por el rumor de que él excluía a los judíos de sus clases, no saludaba a los colegas judíos de la universidad, rechazaba a los estudiantes de doctorado judíos y se comportaba como un antisemita. La palabra *judío*, hasta entonces tabú, se puso finalmente sobre el papel: primero fue Arendt, después Heidegger.

Heidegger negó con vehemencia y sarcasmo esos rumores, y le enumeró uno a uno los favores que había hecho a judíos: su disponibilidad para con los estudiantes judíos, a quienes dedicaba gran

parte de sus horas de consulta, aun a costa de su trabajo; las becas que les había conseguido; la discusión con ellos de sus tesis doctorales. ¿Quién viene a él en una emergencia? Un judío. ¿Quién insiste en discutir con urgencia su tesis? Un judío. ¿Quién le envía un voluminoso trabajo para que se lo evalúe sin demora? Un judío. ¿Quién le pide ayuda para obtener becas? Los judíos. ¿Para quién había conseguido una beca en Roma? Para un judío. Si alguien califica este comportamiento de antisemita, entonces lo soy, dijo Heidegger, quien se consideraba tan antisemita entonces como veinte años antes o en Marburgo, una alusión nada sutil a su romance con Arendt. En otras palabras, quiso decirle: ¿te habría querido si fuera antisemita?

Naturalmente, se quejaba, lo habían calumniado toda su carrera, así que no podía esperar gratitud alguna de sus alumnos, incluida Arendt. Para confundir aún más el airado y no muy lógico razonamiento, Heidegger insistía en que toda la cháchara acerca de su presunto antisemitismo nada tenía que ver con su relación personal con judíos, y mencionaba a algunos intelectuales judíos, entre ellos Husserl. Además, el antisemitismo en nada podía afectar su actitud hacia ella.

¿Cómo reaccionó Arendt? ¿Era de verdad Heidegger la víctima de una campaña de difamación? ¿O comprendió Arendt que estaba trazando una clara separación entre alemanes y judíos alemanes, entre él y los judíos alemanes, sus colegas y alum-

nos, a quienes concedía favores especiales? Esta división los afectaba a ambos: no a una mujer y un hombre, sino a una judía y un alemán.

Si ella hubiera sabido que en octubre de 1929 Heidegger había escrito una carta en la que advertía a un alto funcionario del Ministerio de Educación contra la «creciente judaización» (*Verjudung*), su postura no le habría sorprendido. Heidegger escribió: «La cuestión atañe nada menos que al reconocimiento urgente de que nos vemos enfrentados a una elección: o reaprovisionamos nuestra vida espiritual *alemana* con auténticos trabajadores y educadores nativos o nos rendimos de una vez a la creciente judaización tanto en sentido amplio como estricto».⁵ Después de todo, Arendt era una de las futuras profesoras que, en opinión de Heidegger, «judaizaban» el alma de la juventud alemana. Pero ella no había leído esa carta, descubierta en 1989.

Sólo es posible especular sobre las reflexiones de Arendt, reflexiones que ella, por supuesto, no compartió con nadie. Arendt idealizaba a Heidegger sin medida, por lo tanto no es imposible que descartara la idea de que el hombre que creyó haber conocido tan bien estuviera implicado en prácticas tan desagradables. Ya llegaría el momento de llamar a Heidegger «asesino en potencia», culpándole por haber precipitado la muerte de Husserl. Pero ese momento aún estaba lejos, y ella acabaría retractándose de esa afirmación.

Es concebible que la ambigua carta que Heidegger le dirigió, junto con las noticias acerca de su discurso prohitleriano al tomar posesión del rectorado y su afiliación al Partido Nacionalsocialista, sellaran la decisión de Arendt de abandonar Alemania en agosto de 1933.

A Hannah le llevó diez años recuperar la confianza suficiente para olvidar la promesa que se había hecho a sí misma de «no volver a amar jamás a ningún hombre». En 1936 conoció en París a Heinrich Blücher, quien, como ella, era un refugiado alemán. Cuando Arendt se ausentaba por trabajo, o por motivos personales, mantenían una correspondencia regular, diaria a veces, y sus primeras cartas revelan la inseguridad que le había infundido la relación con Heidegger. No ponía encabezamiento, ni siquiera después de que Blücher comenzara a encabezar sus cartas con un «Queridísima», y al despedirse firmaba sólo con sus iniciales. Preocupada por la falta de noticias de Blücher —la precaria existencia de los «extranjeros enemigos» en Francia justificaba su preocupación—, le pedía que sólo acusara recibo de sus cartas. «Esto no te obliga *de ninguna manera* a escribir», subrayaba algo divertida. «¡Sólo a confirmar que la has recibido!»¹ Dejaba siempre que Blücher diera el primer paso. «Fue realmente una tontería olvidarme de acusar recibo de tus cartas. Las recibí

todas y “acuso” recibo con todo mi corazón», bromeaba Blücher.² «Creí que no te había gustado mi carta», le escribió Arendt, «y que por eso no me habías escrito».³ Sólo después de que Blücher le escribiera: «Querida, te amo», se atrevió ella a contestarle con un moderado «Querido, creo que te amo».⁴

No cabe duda de que en los años transcurridos Arendt pensó mucho en su relación con Heidegger, que, en cierto sentido, no había terminado. Heidegger la quería, creía ella, pero la humillaba y la iba acorralando sin escrúpulos, de modo que lo único que podía hacer era «esperar, esperar, esperar». A los treinta años, Arendt, un manojo de inhibiciones y temores, desconfiaba de sus propios sentimientos y también de los de Blücher. Se abrió poco a poco camino en su nueva relación con la máxima precaución, recelosa e insegura.

La amistad, el punto más fuerte de su relación, se desarrolló pese a la reserva de Arendt y gracias a que Blücher creía ciegamente que estaban hechos el uno para el otro. Eran dos naufragos que habían dejado atrás su país, amigos, familia, trabajo y sueños que eran totalmente diferentes: Hannah, completamente apolítica, estaba labrándose una carrera académica; Blücher, un proletario sin formación, militaba, fusil en mano, en las filas de Spartacus, un grupo de extrema izquierda, y más tarde se afilió al Partido Comunista Alemán. Ella tuvo que emigrar por judía, él, por comunista. Ambos se lle-

varon sus pesadillas al exilio, y esas pesadillas los unieron.

Destrozado por una nueva oleada de detenciones de camaradas en Alemania, Blücher describió en una carta a Arendt un sueño recurrente, «porque he prometido contártelo todo».⁵ En el sueño veía verdugos, torturas, cuchillos largos, huidas sin aliento a través de lóbregos edificios, y revivía sus intentos por escapar de la Gestapo, por rescatar a un amigo encarcelado. El horror de Blücher, agudizado por la conciencia de haber abandonado a sus compañeros, llenaba también sus días. Arendt comprendía que al compartir con ella su tormento y su culpa le estaba diciendo que se hallaban unidos por una afinidad que iba más allá de la atracción o el cariño. Y ella le correspondió. En una carta encabezada con un «Mi querido amigo», Arendt escribió: «Me obligaste a confiar en ti, pero sólo en ti, y sólo entre nosotros».⁶

Hacia finales de agosto de 1936, después de salir juntos unos tres meses, Arendt estaba casi dispuesta a declararse: «Que te quiero lo supiste ya en París, como lo supe yo», le escribió desde Suiza. «Si no lo dije fue porque tuve miedo de las consecuencias. Y hoy sólo puedo decirte que, por nuestro amor, lo intentemos. No sé si podré ser tu esposa ni si lo seré.»⁷

En sus cartas Blücher era cálido sin ser sentimental, sabio pero no avasallador ni paternal, respetuoso del espíritu y de la independencia de

Arendt, preocupado pero no posesivo ni dominante. «Nunca he sabido qué significa pertenecer de un modo incondicional a otra persona», le escribió Arendt. Y dos días después: «Me siento tan segura en tu amor... Y te quiero profundamente, intensamente, tiernamente».⁸

Después de las cartas sofocantes, reservadas y a menudo pesadas de Heidegger, las de Blücher eran un soplo de aire fresco. Atento al bienestar anímico y físico de Arendt, sin miedo a intervenir en todos los ámbitos de su vida, Blücher se hizo cargo de ella de un modo natural y discreto. Y le dio la libertad de ser débil, insegura, y de tener miedo. Cuando Arendt fue a Suiza a ver a su madre, Blücher le escribió que todo lo referente a ella era importante para él: la relación con su madre (no exenta de tensiones, lo sabía), su trabajo, su alimentación, su descanso o simplemente un buen abrigo para el invierno. En sus cartas insistía una y otra vez en que Hannah se comprara un buen abrigo, hasta que la convenció.

Arendt probablemente se abstuvo de hacer comparación alguna entre Heidegger y Blücher o entre el amor que cada uno le dio. Pero varios años después, viviendo en el exilio, se veía a sí misma con otros ojos. «Cuando te conocí», le dijo a Blücher, «ya no tenía miedo, después del susto inicial que en realidad no era más que un susto de niña revivido por una persona adulta.»⁹ El temor que la había asaltado cuando era niña no lo suavizó Hei-

degger. En todo caso, se intensificó durante su relación con él.

Le llevó un tiempo hacerse a la idea de que podría preservar tanto el amor como su propia identidad, ya que durante años tuvo que debatirse entre una cosa y la otra y vivir en contradicción consigo misma. Blücher le demostró que esa componenda era incompatible con el amor y también con la amistad. «Por fin», dijo ella, «he llegado a saber qué es la felicidad.»¹⁰ Poco a poco aprendió que el amor en sí mismo, por apasionado que sea, puede ser destructivo si se mantiene al margen de las realidades de la vida y se basa sólo en la atracción sexual y en el ejercicio del poder. Y para ella sin duda había sido así.

De un modo sintomático, en su correspondencia con Blücher antes de la guerra nunca mencionó a Heidegger, pero a Blücher no le resultó difícil darse cuenta de que Hannah era una mujer temerosa de la intimidación y del rechazo emocional. Se burlaba con ternura de ella por añadir un restrictivo «creo» antes del «te quiero», revelando así menos su incertidumbre que el temor a expresar su entrega.¹¹ A Heidegger le había dicho «te quiero», sacrificando así su independencia. Ahora, Hannah esperaba. Y cuando le dijo a Blücher «si no puedo existir como yo, si el precio que pago por el amor es mi independencia, entonces no existo como yo», él sacó sus propias conclusiones acerca de las experiencias de Hannah.¹² Incluso después de que Arendt le contara

su romance de juventud (probablemente después de la guerra, cuando Heidegger fue acusado de nazi), Blücher, sensato y rebelándose contra el peculiar sentimentalismo alemán, no comprendió nunca —como queda claro en sus cartas de la posguerra— la profundidad del vínculo que unió a Hannah con el filósofo. Y se equivocó al creer que la relación con Heidegger había terminado.

Blücher entendía el amor como una fuerza espiritual y física galvanizante que requería que los amantes dejaran espacios abiertos para que cada uno de ellos pudiera desarrollarse, actuar y crear. «Serás la que eres», le escribió a Arendt en septiembre de 1937. «Y yo también.» La independencia y la dependencia, inseparables, eran una fuente de energía para ambos, igual que el placer erótico. «¿Así que te he transformado de niña en mujer? ¡Qué maravilla!»¹³

Ni siquiera la seguridad del amor que le brindaba Blücher restableció por completo la confianza de Hannah en sí misma. En 1937, cuando ya estaban viviendo juntos —Arendt no tenía prisa por casarse—, ella le escribió a París desde Ginebra: «Ya ves, Heinrich, al principio te escribía cada día porque no estaba totalmente segura de tu reacción y porque en estas cuestiones te sigo a ti, casi como una esclava. Porque, y éste es el eterno miedo de las mujeres, una mujer siempre tiene miedo de percibir su amor, o el exceso de amor, como una carga».¹⁴

Diez años después de que Heidegger le pidiera que no le escribiera sin su permiso, Hannah seguía semiparalizada. Aunque las mujeres estaban condicionadas a reaccionar más que a actuar, Heidegger reforzó en ella el rasgo de «esclava». Mujer independiente y anticonvencional, en su vida personal seguía viendo a los hombres en su papel tradicional.

Hannah Arendt rompió sus vínculos con Martin Heidegger al dejar Alemania. Karl Jaspers, el mentor de Arendt, mantuvo su amistad con Heidegger hasta que éste puso fin a ella. Tanto Arendt como Jaspers abrieron la vía de una reconciliación después de la guerra y, aunque sus respectivas razones para dar el primer paso eran tan diferentes como los lazos que los unían a Heidegger, el motivo subyacente era el mismo: el poder que Heidegger ejercía sobre ellos.

Jaspers consideraba a Heidegger su único par en el reino de la filosofía. Se habían conocido en 1920, en casa de Edmund Husserl. Una mutua comprensión instantánea se estableció entre el filósofo ya ampliamente reconocido [Jaspers] y el joven profesor, y ello dio lugar a una amistad basada en su común enfoque filosófico y en la insatisfacción que a ambos les producía la «filosofía académica». La relación continuó incluso después de que Heidegger abrazara la ideología nacionalsocialista en 1933, pero Heidegger la interrumpió en 1936. Cuando Jaspers volvió a tomar contacto epistolar

con él en 1949, sólo quedaba una sombra de la antigua amistad. Las cartas de Jaspers a Heidegger demuestran la constante batalla interior que aquél libraba no tanto porque éste lo hubiera abandonado, sino porque realmente quería que volviera a formar parte de su vida. Igual que Arendt evocaba su pasado común en las cartas escritas a Heidegger después de la guerra, Jaspers, que ya contaba setenta años, le escribió al filósofo en 1953: «Le veo ante mí como si fuera ahora», un recuerdo de las frecuentes visitas de Heidegger.¹

Su relación con Heidegger fue siempre conflictiva, igual que la de Hannah. Tanto Arendt como Jaspers se sentían atraídos por él, y ambos luchaban, por diferentes razones pero igualmente en vano, contra esa atracción. Heidegger era una fuerza que ellos no podían resistir. «Pobre Heidegger», le dijo Jaspers a Arendt en 1949, la primera vez que ella lo visitó acabada la guerra, «aquí estamos los dos, los mejores amigos que tiene, y para nosotros es transparente.»² Lo que se transparentaba era la duplicidad de Heidegger, su hipocresía, sus manipulaciones y, sin embargo, eso no los detenía en su intención de reanudar el vínculo interrumpido.

Arendt no le dijo a Jaspers que había pensado ver a Heidegger en ese mismo viaje. Procuró no herir los sentimientos de su amigo; ella misma no sabía con seguridad si podría verlo, algo que había deseado tantísimo tiempo. Sabía que Jaspers

se sentiría dolido si ella retomaba el contacto con Heidegger, aunque difícilmente pudo haber sabido que Jaspers estaba luchando contra su propio deseo de verlo. Al desconocer el drama íntimo de Jaspers, atribuyó el rencor de éste a la colaboración de Heidegger con los nazis. En marzo de 1951, un año después de que por fin se reencontrara con Heidegger, Arendt le aseguró a Jaspers que aquél «realmente no sabe y apenas está en condiciones de averiguar qué demonio lo poseyó entonces», explicación de la que Jaspers hizo caso omiso.³ Durante años le imploró Heidegger a Arendt que intercediera con vistas a su reconciliación con Jaspers. Parece, no obstante, que el restablecimiento de la relación entre Arendt y Heidegger hizo que Jaspers se sintiera más incómodo, y hasta celoso, y contribuyó más a apartarlo de aquél. En 1949 ambos intercambiaron catorce cartas, y en 1950, ocho; de 1952 a 1963, sólo cinco. Arendt intercedió muchas veces ante Jaspers en favor de Heidegger, pero fue inútil.* Según le contó a su marido, tres años antes de morir, Jaspers, ansioso de que Arendt entendiera que había más de un Heidegger, arrojó alguna luz respecto a sus sentimientos.

De 1928 a 1964 Jaspers fue tomando notas

* Hannah Arendt escribió a Blücher el 24 de mayo de 1952: «Este asunto con Jaspers ha sido un terrible golpe para él [Heidegger]. Sufre por ello, y yo misma me siento muy infeliz por no poder hacer nada... Veré a Jaspers la semana que viene, pero es totalmente inútil». LC

acerca de la obra, el carácter y la conducta de Heidegger y, significativamente, apuntó sus pensamientos sobre éste y su filosofía. Como cuenta su amigo y asistente Hans Saner, las notas se encontraron en su escritorio después de su muerte en 1969, y Saner las publicó en 1978.⁴ A mediados de los años cincuenta Jaspers escribió un capítulo sobre Heidegger y su amistad con él para su *Autobiografía filosófica*, pero tras una larga reflexión lo dejó inédito (apareció por primera vez en la edición de 1977), sabiendo que Heidegger quedaría «mortalmente herido» y no queriendo arriesgar una ruptura total.⁵ Desde el comienzo ambos concibieron su amistad como un foro desde el cual «hacer filosofía» juntos y formar, los dos, un grupo de combate (*Kampfgemeinschaft*) filosófico. Casi desde el principio la amistad fue tensa y forzada.

Veinte años más tarde Jaspers reconoció para sí mismo que muy pronto había percibido algunas «notas disonantes». En 1924 Heidegger había calificado el ensayo de Jaspers titulado *La idea de universidad* como «la más trivial de todas las trivialidades». Encarado por Jaspers, Heidegger negó haber hecho nunca esa afirmación. «Entonces», dijo Jaspers, para gran sorpresa de Heidegger, «le creo, para mí este asunto está zanjado».⁶ Jaspers, igual que Arendt, estaba dispuesto a aceptar cualquier mentira, por manifiesta que fuese, antes que perder a Heidegger. Incluso un toque de alarma no consiguió hacerle perder la confianza en él. En

1923 Heidegger le había escrito: «Seguramente sabrá que Husserl ha obtenido una cátedra en la Universidad de Berlín; se porta peor que un profesor particular... Husserl está totalmente fuera de quicio, si es que alguna vez estuvo “dentro”, lo que últimamente se me ha hecho cada vez más dudoso; se pasa el tiempo dando vueltas y diciendo tales trivialidades que a uno sólo puede darle lástima. Vive para su misión de “fundador de la fenomenología”, pero nadie sabe realmente qué es eso».⁷ Jaspers estaba tan ansioso por alimentar la naciente amistad con su colega más joven, y era tan poco crítico, que dejó pasar sin comentarios ese crudo acto de deslealtad. Diez años más tarde Heidegger prescindiría de él como lo hizo con Husserl. Sin embargo, en 1929, con ocasión del septuagésimo aniversario de Husserl, Heidegger elogió efusivamente a su profesor por haber creado una nueva filosofía y nuevos modos de pensamiento, y por cambiar por completo la perspectiva de la filosofía occidental. Cuatro años después Husserl recibiría una circular firmada por el rector Heidegger en la que se le prohibía entrar en el edificio de la universidad.

Heidegger fue «el único de mis amigos con el que no estuve de acuerdo en 1933, el único que me traicionó», escribió Jaspers en sus notas.⁸ Si bien no estuvo de acuerdo con Heidegger, Jaspers mantuvo ese punto en secreto, como lo indican la carta del 23 de agosto de 1933 en la que lo felicita

por su (infame) discurso, y las cartas siguientes. Durante su visita de junio de 1933 —que sería la última— Jaspers le confesó que su mujer, Gertrud, de religión judía, lloraba al leer las noticias de los periódicos. «A veces hace bien llorar», contestó Heidegger, y se marchó casi sin despedirse de la señora Jaspers, en cuya casa se había alojado durante largos periodos desde 1920.⁹ A la pregunta de Jaspers, «¿Cómo puede un hombre tan vulgar como Hitler gobernar Alemania?», Heidegger respondió con toda seriedad: «La cultura no tiene importancia. Basta con mirar sus hermosas manos». Cuando Jaspers le habló del «atroz sinsentido» de los *Protocolos de los sabios de Sión*, Heidegger le dijo: «Pero la alianza internacional de los judíos todavía existe».¹⁰ Todo esto no impidió que Jaspers lo invitara a su casa: «Si le fuera posible venir otra vez a Heidelberg en octubre [1933], me sentiría muy contento... Es un placer para mí conversar con usted». Además, Jaspers elogió el «extraordinario paso» dado por el gobierno para reformar radicalmente el sistema universitario, una medida que convertía al rector en el *Führer* de la universidad, investido de todos los poderes del antiguo claustro, órgano que ya no elegiría al rector, nombrado ahora directamente por el ministro. El claustro actuaría sólo como órgano consultivo, y correspondería al rector el nombramiento de los decanos. «Dado que sé por propia experiencia», prosigue Jaspers, «cómo funciona el actual sistema [universi-

tario]... no puedo calificar la reforma más que de apropiada.» Jaspers creyó que el total sometimiento de la universidad al gobierno nacionalsozialista era un paso en la dirección correcta, aunque se necesitaban otras reformas, que él mismo sugirió a Heidegger. «Espero que este principio aristocrático se imponga plenamente», escribió con no disimulada ilusión.¹¹ Jaspers no sólo aceptó el estado totalitario en miniatura impuesto en la universidad, sino que también lo acogió con entusiasmo. En 1933 Jaspers fue excluido de toda participación en la gestión académica por el hecho de estar casado con una judía, y en 1937 perdió la cátedra. Después de 1937 sus obras dejaron de publicarse en Alemania.* Todos estos hechos tuvieron lugar ante el completo silencio de Heidegger.

Jaspers, al igual que Arendt, no tardó en reconocer la superioridad de Heidegger. «Con toda probabilidad, en las universidades alemanas la filosofía estará en sus manos por mucho tiempo», le escribió a Heidegger en 1931. «Mientras viva», escribió «con profundo dolor», «seré capaz de trabajar sólo con papel y lápiz.» Heidegger consideró el homenaje de Jaspers —y su humilde reconocimiento de que él era el único colega «que sabe lo que yo no he realizado»— como un signo de debilidad más que de fortaleza y confianza.¹² Desde su

* En 1939 Jaspers rechazó la invitación de la Caisse Nationale de la Recherche Scientifique de París, hecha con la intención de permitirle abandonar Alemania.

posición de poder, Heidegger se lo recordaría más de una vez; sin embargo, confiaba tanto en él que en 1945 dio el nombre de Jaspers a la Comisión de Verificación de la Universidad de Friburgo para que actuara como testigo de la defensa. Jaspers lo hizo lo mejor que pudo, pero no fue todo lo afable que habría podido ser.

La correspondencia entre Jaspers y Heidegger después de la guerra muestra con cuánta desesperación quería aquél creer en la decencia y la honestidad de éste, pese a sus grandes diferencias políticas. El 7 de marzo de 1950 Heidegger le escribió: «Dejé de visitarlo desde 1933 no porque su esposa fuera judía, sino simplemente *porque tenía vergüenza*».¹³ «Le agradezco sinceramente su franca explicación», le contestó Jaspers, aunque después consideró que no era más que una «excusa». «Para mí es muy importante que haya dicho usted que tenía “vergüenza”».¹⁴ Heidegger le dijo en la misma carta: «A finales de los años treinta... pensé inmediatamente en su esposa. Recibí entonces del profesor Wilser (secretario en Friburgo en la época en que Heidegger fue rector) la total garantía de que a su señora no le ocurriría nada». Al parecer Heidegger no se enteró de que Gertrud Jaspers estuvo dos veces en peligro de muerte y tuvo que ocultarse para evitar la deportación. Sin embargo, Jaspers prefirió creer lo increíble, igual que Arendt, a quien Heidegger convenció en 1950 de que era víctima de perversas calumnias. «Agra-

dezcó el interés que se tomó en 1939 y sus gestiones ante el profesor Wilser. Veo que pensó en nosotros», escribió Jaspers con evidente alivio, olvidando que Heidegger no había dicho una palabra cuando le prohibieron publicar y ejercer la docencia. «Espero que me perdone si le digo que algunas veces he pensado que, en lo que respecta al nacionalsocialismo, parece usted haberse comportado como un muchacho soñador que no sabe lo que hace... y que de pronto se ve desamparado ante una pila de basura y se va hundiendo cada vez más en ella.»¹⁵

Un muchacho (*ein Knabe*), soñador, desamparado, inocente. Más bien cabe pensar que ese muchacho era Jaspers, no Heidegger.

En una carta a su marido, Hannah Arendt también describió a Heidegger como «indefenso» y «desamparado».¹⁶

Los dos mejores amigos de Martin Heidegger ocultaron al mundo el íntimo conocimiento que tenían del filósofo. Arendt y Jaspers se interesaban seriamente por cuestiones de ética y moral, pero sus teorías fallaron en lo que atañe a Heidegger.

Los casos de Eduard Baumgarten y de Max Müller, dos alumnos de Heidegger, y del profesor Hermann Staudinger son importantes para comprender al Heidegger hombre —no al filósofo, al miembro del Partido Nacionalsocialista o al profesor— y, por esa vía, su relación con Hannah Arendt. No fueron su filosofía ni su filiación política, sino sus principios y convicciones íntimas los que inspiraron sus acciones. Auténtico creyente en la misión espiritual de la superior raza aria germánica, se lanzó, como dijo Adolf Hitler en *Mein Kampf*, a «recuperar» lo que sus adversarios, con «su criminal estupidez» habían echado a perder.¹

El trato que dispensó a Baumgarten, su doctorando y ayudante, terminó por sacar a Jaspers de su relativa complacencia. En 1934 o 1935, Marianne Weber, la viuda del sociólogo y economista alemán Max Weber, entregó a Jaspers una copia del informe confidencial que Heidegger dirigió en 1933 a la atención de la Federación de Profesores Universitarios Nacionalsocialistas, con sede en Gotinga, con la intención de bloquear la carrera de

Baumgarten. Según Heidegger, «Baumgarten era, al menos aquí [la Universidad de Friburgo], cualquier cosa menos un nacionalsocialista. Por lazos familiares y disposición espiritual es heredero del círculo intelectual demócrata-liberal de Heidelberg liderado por Max Weber. Después de haber fracasado conmigo, se vinculó estrechamente al judío Fränkel, antes profesor en Gotinga y ahora despedido de la universidad».²

Hasta el semestre de verano de 1933, Eduard Fränkel fue profesor de filología clásica en la Universidad de Friburgo; en el exilio fue profesor en Oxford a partir de 1935. La profunda conmoción de Jaspers se pone de manifiesto en su testimonio, redactado en 1945 a petición de la Comisión de Verificación de la Universidad de Friburgo. Ignorante de que Jaspers estaba en posesión del comprometedor documento, y confiado en los viejos lazos de amistad, el mismo Heidegger escogió a Jaspers para que se hiciera cargo de la cuestión de su presunto antisemitismo.

«En los años veinte Heidegger no era antisemita», declaró Jaspers, que no conocía la carta de 1929 sobre la «judaización» y la abierta consternación de Heidegger ante el gran número de estudiantes de medicina judíos. «Esa referencia totalmente innecesaria al judío Fränkel demuestra que en 1933 Heidegger se había vuelto antisemita, al menos en ciertos casos.»³ Jaspers también escribió que Heidegger y otros profesores intentaron con-

vertirse en líderes espirituales del movimiento nacionalsocialista. Al colocar a Heidegger entre «otros profesores», ninguno de los cuales lo igualaba en importancia ni en su aspiración a convertirse en el principal ideólogo de Adolf Hitler, Jaspers parece haber querido minimizar la subordinación de Heidegger a la ideología nazi, así como su enorme ambición.

Max Müller, que desde 1946 ejerció como profesor de filosofía en la Universidad de Marburgo, fue, en sus propias palabras, uno de los «alumnos favoritos» de Heidegger.⁴ En 1937 fue denunciado a las autoridades a causa de su filiación con un grupo estudiantil católico. El vicerrector, Theodor Maunz, advirtió a Müller que Heidegger, cuando se le pidió que formulara su opinión sobre sus convicciones políticas, elogió sus cualidades intelectuales y pedagógicas, pero criticó la actitud negativa de Müller hacia la Alemania nazi. Maunz animó a Müller a pedirle a Heidegger que suprimiera esa frase que perjudicaba sus posibilidades de obtener un puesto en la universidad. Heidegger se negó y le dijo al desesperado joven que había escrito «la única respuesta que se corresponde con la verdad», aunque la había «empaquetado» con elegancia. Müller suplicó a su profesor que reconsiderara su postura y eliminara la frase incriminadora. Heidegger le respondió, no sin sarcasmo: «Como católico debería usted saber que hay que decir la verdad. Por lo tanto, no puedo suprimir

esa frase... No puedo hacer nada. No se lo tome a mal». «Lo último que dije», recordó después Müller, «fue: “La cuestión no es cómo me lo tome. La cuestión es que toda mi existencia depende de esto”.» Poco después le comunicaron que por «razones ideológicas y políticas» no podía ser aceptado en la Universidad de Berlín.⁵

Hermann Staudinger, premio Nobel de química en 1953, había sido profesor en Zurich durante la primera guerra mundial. Pacifista y antinacionalista, obtuvo la ciudadanía suiza en 1920, aunque mantuvo la nacionalidad alemana. Su expediente, que contenía documentos que lo acusaban de informar a los países enemigos sobre la producción de materiales esenciales para la fabricación de armas químicas, se conservaba en el consulado general alemán de Zurich. En julio de 1933, según Hugo Ott, Heidegger envió a Zurich a un profesor auxiliar de física, el doctor Alfons Bühl, en busca de información relativa a Staudinger, entonces profesor de química en Friburgo. El embajador alemán en Suiza, Ernst Freiherr von Weizsäcker, envió los documentos requeridos al Ministerio de Asuntos Exteriores en las Navidades de 1933. El Ministerio de Cultura y la Gestapo se dirigieron al rector Heidegger en febrero de 1934 para obtener información relativa a Staudinger. Heidegger se hallaba ya en posesión de los documentos, obtenidos por propia iniciativa, de modo que sólo tardó cuatro días en preparar su informe sobre Staudinger.

Es significativo que Heidegger haya redactado el informe *después* de decidir, el 1 de enero de 1934 —según consta en su declaración de 1945—, dimitir de su puesto de rector. En su informe reiteró la acusación de que Staudinger había colaborado con los enemigos de Alemania durante la guerra y señaló que «en enero de 1917, en un momento en que la patria se hallaba en grave peligro, St[audinger] solicitó la nacionalidad suiza». Lo más incriminatorio, en opinión de Heidegger, era el abierto reconocimiento de Staudinger de su «firme oposición a las corrientes nacionales en Alemania y sus reiteradas declaraciones de que nunca empuñaría armas para defender la patria». Heidegger recomendaba el «despido más que la jubilación». Irónicamente, el veredicto del Ministerio de Cultura, que desacreditaría a Staudinger como «educador de la juventud universitaria alemana», fue idéntico al dado en el caso Heidegger después de la segunda guerra mundial. Sin embargo, por temor a las repercusiones que pudiera tener a escala internacional, las autoridades no siguieron la recomendación de Heidegger y el famoso químico conservó su puesto.⁶

¿Qué llevó a Heidegger a iniciar su propia investigación del pasado de Staudinger? A la vista de las persistentes protestas de Heidegger en el sentido de que aceptó hacerse cargo del rectorado «en interés de la universidad», para protegerla de las interferencias del Partido, y de que se unió al Partido

(se le «ordenó» que se afiliara, según sus palabras) por la misma razón, la iniciativa que tomó parece inexplicable y plantea dudas acerca de su veracidad.⁷ Hermann Staudinger era uno de los científicos más renombrados e internacionalmente reconocidos de la Universidad de Friburgo. No era católico ni liberal ni socialdemócrata, ni tampoco judío, sino pacifista y antinacionalista. La aversión de Heidegger a un alemán con tales sentimientos lo llevó, como es evidente, a creer que Staudinger, además de merecer el más duro de los castigos, no debía tener contacto con los estudiantes, ni siquiera en un laboratorio. Hugo Ott sostiene que si el «caso Staudinger» se hubiera conocido mientras se tramitaba el «caso Heidegger» en 1945, «Heidegger no habría tenido la más mínima posibilidad de rehabilitación».⁸

Baumgarten no era fiable desde el punto de vista político por su antigua asociación con los intelectuales liberales y con el profesor Fränkel, un judío. Además, había enseñado en la Universidad de Wisconsin y escrito su memoria sobre John Dewey, lo que significaba que estaba contaminado por el pragmatismo y el materialismo norteamericanos. Müller era un católico practicante y, para Heidegger, un enemigo del régimen no apto para educar a los jóvenes alemanes. Staudinger había herido los sentimientos nacionalistas de Heidegger y su culto del guerrero alemán.

Temprana entusiasta del nacionalsocialismo, Elfride Heidegger apoyó plenamente los esfuerzos de su esposo para contribuir al afianzamiento del Partido en Alemania, sobre todo entre la juventud. Los Heidegger estaban unidos en la creencia de que sólo el «cambio radical» (*Umwälzung*, expresión preferida de Hitler, empleada con frecuencia por Martin Heidegger) podía «rejuvenecer» el país y restablecer su liderazgo político y espiritual en el mundo. Esa creencia compartida significaba un vínculo adicional entre ambos, un hecho que Hannah Arendt no supo apreciar. Aunque Arendt calificó ese matrimonio de «caso clásico de unión plebe-élite», Elfride fue quizá la esposa ideal para Heidegger.¹ Cuando se casaron, el joven profesor no tenía dinero ni trabajo estable, y nada permitía suponer la preeminencia que luego alcanzaría. Ella se mantuvo firme junto a él en los dos momentos más críticos de su vida: la ruptura con la Iglesia católica y la derrota de Alemania, que lo privó de empleo, posición y prestigio, al menos temporalmente. Los apólogos de Heidegger (incluida Han-

nah Arendt) se esforzaron por presentarlo como víctima de la siniestra obsesión de Elfride, y acusaron a ésta de ser la fuerza oscura que lo urgía a unirse a los nazis, la responsable de que arruinara su vida y la causa de todas sus desgracias. Fue una manera fácil de absolver a Heidegger de toda responsabilidad por sus decisiones, pero eso no se correspondía con la verdad. Fuera lo que fuese, Heidegger no fue nunca un instrumento en las manos de su esposa ni de nadie.

Heidegger estaba sumamente orgulloso del trabajo pedagógico de su esposa como educadora de mujeres. Una y otra vez informó a Elisabeth Blochmann, la amiga medio judía que enseñaba alemán en Oxford tras haber sido despedida de su trabajo, sobre las actividades y logros de su Elfride. «Elfride se encuentra muy bien», le escribió en 1937, «rodeada del delicioso grupo de alumnas con las que trabaja.»² La señora Heidegger luchaba por la igualdad de oportunidades en la educación a todos los niveles, en consonancia con las enseñanzas de Hitler y su concepto de la mujer como «camarada del pueblo», y subrayaba la importancia de preservar la pureza de la raza aria y defenderla contra la corrosiva influencia de judíos y comunistas. Tampoco dejó de participar activamente en la causa del Partido, como Heidegger afirmó haber hecho, después de que su marido dimitiera como rector, pero eso no provocó desavenencias entre ellos ni tampoco hizo que disminuyera el respeto

que Heidegger sentía por su trabajo. Ella continuó enseñando los derechos de la mujer hasta que sus trabajadoras fueron enviadas a cavar trincheras. Elfride Heidegger trataba brutalmente —«del peor modo posible»— a las trabajadoras que tenía a su cargo, y se negó a liberar de ese trabajo a «las enfermas y embarazadas» durante el crudo invierno de 1944.³

Elfride Heidegger a menudo acompañaba a su marido en viajes oficiales. En septiembre de 1933 fue con él a Berlín. «Es maravilloso que Elfride esté junto a ti estos días decisivos», escribió Elisabeth Blochmann.⁴ En 1936 viajaron juntos a Roma, donde Heidegger dio una conferencia en el Instituto Cultural Alemán. Allí se reunió en privado con su antiguo alumno Karl Löwith, quien recordó después que «la esposa de Heidegger me saludó con una mezcla de rigidez y amistosa reserva». Löwith se había ocupado en una época de los hijos del matrimonio, de modo que Elfride lo conocía bien, y su esposo la disuadió de inmediato «de hacer cualquier alusión a la situación en Alemania y a su actitud al respecto».⁵ Aunque llevaba una esvástica bien visible en la solapa, parece que Heidegger consideró más prudente no permitir que su esposa exhibiera su júbilo ante Löwith, ahora refugiado debido a su origen parcialmente judío (*Halbjude*).

Espíritu afín en el ámbito político, y en cierto modo una autoridad a causa de su ascendencia militar prusiana, Elfride desempeñó en la vida de su

marido un papel cada vez más importante. Con amigos, colegas y alumnos despedidos, exiliados, jubilados o degradados, Heidegger la necesitaba más que nunca. Y para ella también él siempre fue lo más importante. Cuando eran más jóvenes y escaseaba el dinero y el futuro se presentaba incierto, Elfride le hizo construir la cabaña en Todtnauberg a fin de que tuviera un espacio para pensar y estar más cerca de la naturaleza, una de sus necesidades elementales. Ahora, no siempre a gusto con la política del régimen, podía apoyarse en una mujer que no tenía dudas ni escrúpulos, sino una fe inquebrantable en Adolf Hitler, y que a su vez le convencía de que estaban en el lado correcto.

Elfride Heidegger fue una mujer de espíritu independiente, gran vitalidad y enormes recursos interiores. No idolatraba ni subestimaba a su marido, lo respetaba y a su vez le exigía respeto. En los primeros años de la posguerra, con los dos hijos prisioneros de guerra en la Unión Soviética y un marido totalmente desmoralizado, supo demostrar su resistencia. Luchó con todas sus fuerzas para recuperar la casa y la biblioteca confiscadas por las autoridades militares francesas (que declararon a Heidegger *nazi typique*), a fin de que su esposo pudiera continuar trabajando.⁶ Cabe pensar, dado el débil estado anímico de Heidegger, que Elfride fue coautora de la declaración sobre su pasado nazi que aquél presentó en noviembre de 1945 al rector de la Universidad de Friburgo, documento que re-

pite los argumentos que Elfride había empleado para recuperar la casa, a saber: que después de 1933 Heidegger había abandonado su filiación nazi y se había dedicado exclusivamente a la filosofía y la enseñanza; que pesaba una prohibición sobre la publicación de sus libros y sobre sus viajes al extranjero; que Heidegger era un intelectual apolítico, poco mundano e inofensivo que, llevado por el respetable objetivo de salvar la universidad, se convirtió en blanco de la persecución nazi.

Fue Elfride la que se negó a aceptar la ayuda de los amigos dispuestos a intervenir ante los franceses y el Vaticano con vistas a obtener información acerca de sus hijos.* Fue ella la que finalmente recuperó la casa y, con su habitual esmero, reparó el estudio de Heidegger y la cabaña de Todtnauberg. El era fuerte, ella lo sabía, y perseveraría, pero también sabía cuánto dependía él de su confianza en sus opiniones y creencias, dos cosas que el tiempo no logró cambiar. El revés temporal no socavó la fe fundamental de Heidegger en el pueblo alemán: Elfride y Martin no perdieron ninguno de sus valores primigenios, que serían su sostén no importa cuán larga fuera la noche.

Heidegger nunca subestimó a su esposa en su vida privada y pública; el único remordimiento de su romance con Hannah Arendt, le dijo a ésta en

* Hugo Ott tuvo la amabilidad de transmitirme esta información. Véase también: Ott, *Martin Heidegger, Unterwegs zu seiner Biographie*, pág. 158.

1950, fue el haberla engañado en lugar de contarle la verdad, que Elfride hubiera comprendido y aceptado a fin de preservar la felicidad de Martin. A Heidegger le impresionaba que su esposa comprendiera que él necesitaba soledad (o compañía, según la situación), así como su disposición a dejarlo solo mientras ella cargaba con las obligaciones cotidianas y criaba a los niños. Elfride no tenía ambiciones intelectuales ni pretendía tenerlas, pero era bastante inteligente para captar la diferencia entre la capacidad intelectual de su marido y la suya, algo que él también apreciaba. Heidegger aceptó resignado la negativa a acompañarlo a Messkirch a visitar familiares y amigos, sobre todo a su querido hermano Fritz, y probablemente la atribuyó al contraste entre la elevada condición social de Elfride y el humilde origen de los Heidegger.

Hasta 1950 Hannah Arendt no conoció a Elfride Heidegger. Tampoco sabía nada de la vida de la pareja ni de la actitud de Heidegger hacia su esposa. No eran éstos temas que Heidegger discutiera con ella. Puesto que lo amaba, Arendt pudo haber imaginado que él era infeliz en su matrimonio; era demasiado joven para entender las diferencias entre una esposa y una amante en la vida de un hombre. Cuando por fin conoció, si bien superficialmente, a la mujer de Heidegger, la opinión que tenía acerca de ella empeoró, aunque Heidegger le dejó claro que él quería y necesitaba a su esposa. Como es natural, las dos mujeres sentían celos una

de la otra. Heidegger, al menos en apariencia, quería que su esposa y su antigua amante se hicieran amigas íntimas, pero parece que en realidad disfrutó siendo el objeto de las atenciones de ambas. En cualquier caso, Arendt nunca dejó de creer que ella era *la* mujer en la vida de Heidegger.

El final de la guerra sorprendió a Heidegger en Messkirch. Había huido en bicicleta del bombardeo de Friburgo, adonde había regresado tras un periodo en el *Volkssturm*. Según afirmó en la declaración dirigida al rector de la Universidad de Friburgo, reclutarlo fue el último acto de persecución del Partido, aunque en realidad se movilizó a todos los hombres entre los dieciséis y los sesenta años (Heidegger tenía cincuenta y seis) en condiciones de empuñar las armas, en un último esfuerzo por salvar el Tercer Reich.

En junio de 1945, el príncipe Bernhard de Sajonia-Meiningen y su esposa, Margot, invitaron a un pequeño círculo de amigos a un concierto de piano y a una conferencia del profesor Martin Heidegger, en la que sería su penúltima aparición semioficial en público (dio varias conferencias en Bremen en 1949) antes de que en 1950 se levantara la prohibición que pendía sobre su actividad docente.⁷

Con la ayuda de su esposa, Heidegger se dedicó no tanto a defender o justificar sus doce años en la Alemania nazi sino a reinterpretar, reescribir y reinventar ese periodo de su vida. Juntos traba-

jaron para convertir las acusaciones que se le hacían en la verdad tal como él la entendía: a presentarse como oponente al régimen, un luchador contra el comunismo, salvador de la civilización occidental, líder de la resistencia espiritual. Convencer a la comunidad filosófica internacional de que era la víctima, primero de los vencidos y después de los vencedores, fue un trabajo enorme.

Heidegger quería no sólo transformar su pasado, también quería elogios, admiración y reconocimiento por el sufrimiento que, según afirmaba, los nazis le habían hecho padecer. La audiencia ante la Comisión de Verificación y su declaración tenían la intención de enderezar las cosas; sí, había apoyado al régimen nacionalsocialista en los primeros años, pero sólo porque el mundo occidental estaba amenazado por el comunismo; sí, había creído que Hitler defendía a *todo el pueblo* en aras de la renovación, y ése fue su error; sí, había aceptado los principios nacionalsocialistas —aunque no el nacionalsocialismo— porque, a su entender, lo social y lo nacional no estaban intrínsecamente vinculados a la teoría racista de raíz biológica; no, nunca había terminado de leer *Mein Kampf* porque «se oponía a su contenido»; cierto, no había asistido al funeral de Husserl, pero porque se encontraba enfermo.⁸

Su resistencia —«resistencia» y «resistencia espiritual» son términos recurrentes en la declaración— se castigó prohibiéndole la asistencia a con-

gresos o dar conferencias en el extranjero (estuvo en Roma en 1936 y en Zurich en 1935 y 1936; según Ott, las invitaciones que recibió en 1942 de España, Portugal e Italia obtuvieron la aprobación oficial, y Heidegger las aceptó, aunque no se concretaron debido a problemas de agenda); también se prohibieron sus publicaciones (*Ser y tiempo* se reeditó en 1936 y 1942) y fue «constantemente vigilado» por espías —lanzó el nombre de un estudiante, muerto durante la guerra, que, siempre según la declaración, le confesó ser un confidente.⁹ Hizo hincapié en su contribución a la educación de «hombres y (demasiadas) mujeres jóvenes», a quienes, entre 1934 y 1944, inculcó los valores espirituales de Occidente sin tener conciencia del peligro que corría al hacerlo. Al final de la declaración puede leerse: «Cuando Husserl murió me encontraba enfermo, en cama. Admito que tras mi recuperación no le escribí a la señora Husserl, lo que sin duda fue un error de mi parte; no lo hice porque sentía una dolorosa vergüenza... por lo que en aquellos años se había hecho a los judíos, algo frente a lo que *uno* se sentía impotente».¹⁰

La *apologia pro vita sua*, casi seis páginas a un solo espacio, es una obra maestra. Al presentarse a sí mismo como víctima, Heidegger se incluyó entre los millones de personas destruidas por el nazismo. Siempre supo estar a tono con el ánimo de su pueblo: cuando se unió a los nazis y cuando se presentó como víctima —de los nazis y de los alia-

dos—. En ambos casos salió airoso, impenitente, porfiado, sin remordimientos. No se desdijo, no se retractó, jamás condenó en público (ni en privado, ni siquiera a Arendt o Jaspers) las atrocidades del nazismo. No experimentó —pensaba Jaspers— ningún cambio, porque él —«mi enemigo espiritual»— era incapaz de comprender la profundidad de su fallo como ser humano.¹¹

La prolongada desnazificación le costó cara a Heidegger. En la primavera de 1946, tras sufrir una crisis física y mental, hubo de someterse a tratamiento en un sanatorio. Heidegger, evidentemente desesperado, se dirigió al arzobispo Conrad Gröber, quien se había hecho cargo del futuro teólogo cuando sólo tenía catorce años. Gröber escribió al consejero político alemán del papa Pío XII: «Fue un enorme consuelo para mí que, al comenzar sus desgracias, [Heidegger] viniera a verme y se comportara de una manera genuinamente edificante. Le dije toda la verdad y la aceptó, bañado en lágrimas. No romperé mis relaciones con él porque aún espero su transformación espiritual».¹² El deseo del arzobispo no se hizo realidad.

Hannah Arendt mencionó por primera vez por escrito el nombre de Heidegger en «What is Existenz Philosophy?», un artículo publicado en *Partisan Review* en 1946. En una nota a pie de página* señaló que Heidegger «prohibió a Husserl, su maestro y amigo, cuya cátedra había heredado, entrar en la facultad por ser judío». ¹ Karl Jaspers, con quien mantenía una correspondencia regular, objetó: «El comentario sobre Heidegger no es realmente exacto». ² Suponía, dijo, que Arendt se había referido a una circular que todos los rectores tuvieron que enviar a los profesores despedidos por orden del gobierno. Arendt le respondió que, en su opinión, Heidegger debería haber dimitido antes de firmar esa carta. «Y puesto que sé», le escribió, «que esa carta y esa firma casi le mataron [a Husserl], no puedo más que considerar a Heidegger como un asesino en potencia.» Arendt estaba bien informada de las entrevistas que Heidegger con-

* En la misma nota Arendt se refirió a Heidegger como «el último romántico (esperemos)». La cita, fuera de contexto, se ha distorsionado a menudo, queriendo ver en ella cierta nostalgia en lugar de sarcasmo.

cedió sobre su supuesta colaboración con los nazis y sus propuestas a los filósofos franceses: «No son más que patrañas, junto —me parece— con una pronunciada tendencia patológica. Pero», añadió, aludiendo claramente a su experiencia personal, «ésta es una vieja historia».³

En una carta a Jaspers de 1949, Arendt escribió:

«Heidegger... Lo que usted llama impureza yo diría que es falta de carácter, en el sentido de que no tiene absolutamente ninguno, y mucho menos un mal carácter... He leído la carta contra el humanismo [Martin Heidegger, *Über den Humanismus, Carta a Jean Beaufret*, Berna, 1947], también muy cuestionable y en muchos puntos ambigua, aunque es lo primero que escribe que vuelve a estar a su antiguo nivel. (He leído también lo que ha escrito sobre Hölderlin, y las horribles y farragosas conferencias sobre Nietzsche.) Esa vida que lleva en Todtnauberg, esa carga contra la civilización, escribir *Sein* con *y*, todo eso es en realidad una ratonera en la que se refugia creyendo, y con razón, que las únicas personas que tendrá que ver serán peregrinos llenos de admiración por él; no creo que nadie suba mil doscientos metros a pie sólo para hacerle una escena. E incluso si alguien lo hiciera, entonces [Heidegger] mentiría todo lo que pudiese y rogaría a Dios que nadie se atreviera a llamarle mentiroso a la cara. Seguramente ha creído que con esta estratagema puede comprar a

todo el mundo al menor precio posible, y quitarse de encima todo lo que le estorbe para después no hacer otra cosa que filosofar».⁴

En la siguiente carta a Jaspers sobre Heidegger, fechada en marzo de 1951, Arendt intentó justificar el comportamiento de éste durante la guerra, añadiendo, a modo de disculpa: «Ya lo ve, tengo mala conciencia».⁵ Un año antes, en febrero de 1950, Arendt se había encontrado con Heidegger en Friburgo.

La Comisión para la Reconstrucción Cultural Judía en Europa se creó con los auspicios de destacados intelectuales judíos estadounidenses a mediados de los años cuarenta con la finalidad de recuperar las obras hebraicas y judaicas en poder de los alemanes, quienes se referían eufemísticamente a la propiedad robada como «abandonada» o «sin dueño» (*herrenlos*) para salvar las apariencias ante el mundo. En nombre de la Comisión, Arendt, primero directora de investigación y después directora general, fue a Europa a finales de 1949, concretamente a Alemania, para examinar e inventariar los restos del patrimonio cultural judío, tarea que Gershom Scholem llevó a cabo en Checoslovaquia.

En diciembre Arendt tuvo una reunión largo tiempo esperada con Karl y Gertrud Jaspers en Basilea, Suiza. Jaspers «me enseñó su correspondencia con Heidegger», le escribió a su marido. Ella, a su

vez, le contó a Jaspers sobre su romance de juventud con Heidegger. «Ah, qué interesante», respondió Jaspers. «Inimitable», comentó Arendt, obviamente impresionada por la falta de prejuicios del conservador filósofo de sesenta y seis años.⁶

Heidegger, su filosofía y su vida desde 1933 habían ocupado gran parte de la atención de sus dos «mejores amigos», por lo cual durante las visitas de Hannah hablaron con frecuencia de él, aunque con circunspección. Los dos tenían sus reservas, y hasta sentimientos desagradables, sobre todo en lo tocante a la adhesión de Heidegger al nazismo, y ninguno de los dos había conseguido desprenderse de las sacudidas emocionales que Heidegger les había provocado. «Aún no sé si veré a Heidegger», escribió Arendt a Blücher el 3 de enero de 1950. «Lo dejaré al azar.» Y, como si pensara en voz alta, continuaba: las cartas de Heidegger «a Jaspers, que [éste] me dejó para que leyera, suenan exactamente igual que antes, la misma mezcolanza de autenticidad y continuas mentiras o, más bien, cobardía... Después de mi visita a Jaspers siento menos ganas de ver a Heidegger».⁷ Dos días más tarde le informó a Blücher que iría a Friburgo —«tengo que ir»— probablemente por trabajo, pero «no tengo ganas de ver al señor [*den Herrn*]».⁸ No obstante, se puso en contacto con el romanista Hugo Friedrich, su compañero de estudios y colega de Heidegger, para conseguir las señas de éste.

El día de su llegada a Friburgo, el 7 de febrero

de 1950, Arendt le envió a Heidegger una nota con el nombre del hotel en que se hospedaba y en la que le sugería que fuera a verla. A las seis y media de la tarde Heidegger fue a entregar personalmente su respuesta escrita pues no tenía teléfono en casa, y la oficina de Correos, desde donde hubiera podido llamar, ya estaba cerrada.

«Esa noche y la mañana siguiente son la confirmación de toda una vida; una confirmación, de hecho, nunca esperada», le escribió Hannah a Heidegger el 9 de febrero. «Cuando el camarero dijo tu nombre (en realidad no te esperaba porque aún no había recibido tu respuesta) fue como si de repente el tiempo se hubiera detenido. Después, en un segundo, tomé conciencia —nunca antes lo había admitido, ni a mí misma, ni a ti ni a nadie— de que la fuerza de mi impulso, después de que Friedrich me diera tu dirección, me había salvado de cometer la única deslealtad verdaderamente imperdonable y de destrozar mi vida. Pero debes saber una cosa (puesto que no nos hemos comunicado mucho ni muy a menudo), si lo hubiera hecho, habría sido sólo por orgullo, por pura y absurda estupidez. No por otra razón.»⁹ Esa «razón» era, probablemente, el pasado nazi de Heidegger.

La carta que Arendt aún no había recibido, dado que Heidegger la había dejado en recepción antes de pedirle al camarero que lo anunciara, era un breve saludo formal en la que se dirigía a ella, igual que en su primera carta en 1925, con un dis-

tante *usted*. Heidegger la invitaba a que fuera a su casa a las ocho de esa noche, donde su esposa estaría encantada de recibirla si no tuviera ya un compromiso; de pasada le señalaba que su esposa estaba al corriente del romance que ambos habían tenido.

Así, durante «esa noche» que pasó a solas con Heidegger en casa de éste, con la carta sin leer en el bolso, Arendt no sabía que él había confesado su infidelidad a su esposa; lo supo más tarde esa misma noche, cuando «medio dormida» leyó la nota en el taxi que la llevó de vuelta al hotel. El hecho de que no estuviera al corriente de esa confesión las únicas horas que pasaron juntos a solas le permitió comportarse con soltura en una atmósfera aún despejada de la embarazosa noticia —más adelante creyó, erróneamente, que Elfride Heidegger le había «arrancado» la confesión a su marido—, y del mismo modo dejó a Heidegger en libertad para jugar con sus emociones. Fue honesto y abierto como nunca antes, le contó Arendt a Blücher al día siguiente: «Me parece que por primera vez en la vida nos hablamos realmente el uno al otro».¹⁰

Sin embargo, sólo en la carta del 9 de febrero (escrita tras una breve visita por la mañana a petición de Heidegger) le dejó Arendt claro que en 1926 se había ido de Marburgo únicamente «por ti». Al parecer, el antiguo esquema seguía siendo válido: él hablaba, ella escuchaba. Necesitado de un amigo fiable y comprensivo —y esto valía tam-

bién para Jaspers, a quien, como Heidegger suponía correctamente, Arendt informaría con todo detalle—, él le dejó ver no al filósofo, sino a un hombre ya mayor destrozado por perversas calumnias y acusado de delitos que nunca había cometido y de los que ni siquiera estaba enterado; difamado y vilipendiado sólo porque (como Arendt le diría a Jaspers en 1951) algún «demonio» lo había poseído entonces. Arendt le aseguró a Jaspers que Heidegger «realmente no sabía» cómo y por qué eso había ocurrido.¹¹ Arendt escuchó a Heidegger abierta, atenta, compadecida, conmovida por su dolor.

Una vez restablecida la relación entre el maestro y su discípula, no hubo nada que Arendt no estuviera dispuesta a hacer por él. Así lo confirmó en la carta del 9 de febrero: «Vine [la mañana del 8 de febrero] sin saber lo que tu mujer esperaba de mí... Si lo hubiera sabido, no lo habría dudado un instante». Evidentemente Elfride Heidegger hizo algunos comentarios acerca de las mujeres alemanas y judías, pues Arendt escribió: «Nunca me sentí una mujer alemana, y hace tiempo que he dejado de sentirme judía. Me siento lo que realmente soy, una muchacha venida de lejos» («Ein Mädchen aus der Fremde» es el título de un poema de Schiller).¹²

A Blücher, a quien le dijo sólo que Heidegger se había presentado sin tardanza en el hotel a su llegada a Friburgo (las circunstancias exactas las

describió en una carta a su amiga íntima Hilde Frankel), le escribió el 8 de febrero: «Esta mañana una discusión con su esposa, quien, al parecer, los últimos veinticinco años, o desde que de algún modo se las ingenió para que le contara nuestra historia, le ha hecho la vida un infierno. Y él, que por supuesto miente con descaro siempre que puede, aparentemente no ha negado nunca en todos esos años, como ha demostrado esta extraña conversación que hemos tenido los tres, que yo fui la pasión de su vida. Me temo que su esposa está dispuesta a ahogar hasta el último juicio mientras yo viva. La pobre es una tonta de remate».¹³

Ese mismo día Heidegger le envió una nota a Arendt, que ya había dejado Friburgo, en la que se acusaba de abusar de la confianza de su mujer, especialmente porque sabía que ella no sólo comprendería la riqueza del amor de ambos [Arendt y él], sino que también bendeciría el regalo con que lo había obsequiado el destino. Había llegado el momento de reparar el daño hecho a la mujer a la que le debía todo, la que había dedicado toda su vida a hacerle productivo, a que se sintiera cómodo y realizado.

En caso de que Arendt aún albergara dudas respecto del precio que Heidegger esperaba que pagara por el privilegio de continuar la relación, las cartas de éste pronto la desengañaron. Para él, la conversación entre su mujer y su antigua amante no había sido una «discusión», como pensaba

Arendt, sino una reconciliación espontánea, una reconciliación que servía para crear confianza entre los tres en un clima de apertura y franqueza. La lealtad de su mujer y la confianza que tenía en su marido y en Hannah, y en el amor de Arendt y Heidegger, llevaba su amor por Elfride a nuevas alturas. Heidegger insistía en que Arendt se hiciera lo más íntima posible con su esposa, como él sentía que ésta ya lo había hecho con Hannah.

En su estilo inimitable Heidegger le escribió a Arendt que fue Elfride quien ayudó a que ellos dos restablecieran los viejos lazos de amistad y que era el amor de Elfride lo que sostenía el amor entre ambos. La imagen de las dos mujeres abrazándose al despedirse era lo que él quería seguir viendo en el futuro: emocionalmente unidas por el amor que ambas sentían por él. En adelante Elfride estuvo presente en casi todas sus cartas, enviando para Hannah besos, saludos, recuerdos. Los tres estaban en el umbral de una nueva experiencia, en la que Hannah Arendt pertenecía tanto a Martin como a Elfride Heidegger.

Que ocurrieron más cosas en su encuentro con la esposa de Heidegger que las que le contó a Heinrich Blücher (de momento, al menos) queda claro en la carta que Arendt envió a Heidegger el 9 de febrero y en otra que dirigió a su esposa.

A Heidegger le escribió: «Me emocionaron, y aún me siento conmovida, la honestidad y la fuerza del acercamiento de Elfride». En el trans-

curso de esa «extraña» conversación, Arendt se había sentido asaltada por un «repentino sentimiento de solidaridad» con Elfride y por «una súbita, poderosa y profunda compasión» por ella. Sin embargo, le dijo a Heidegger sin rodeos: «Podría añadir objetivamente que por supuesto no me mantuve callada sólo por discreción, sino también por orgullo. Y también por el amor que siento por ti, para no hacer las cosas más difíciles de lo que ya son. Me fui de Marburgo únicamente por ti».¹⁴

Esa última frase, algo que a Arendt le llevó veinticinco años admitir, arroja dudas sobre su percepción de que «realmente se habían hablado» el uno al otro dos días antes. Aunque Arendt no se atrevió a hablar de sí misma, Heidegger no vaciló en hacerle comprender que necesitaba una embajadora de buena voluntad y que ella encajaba en el papel. Al parecer Arendt aceptó el encargo. Lo que es más importante, Arendt era una judía conocida, y por lo tanto su apoyo podía contribuir a neutralizar las persistentes acusaciones de antisemitismo contra Heidegger.

Sin embargo, la carta de Arendt del 10 de febrero de 1950, encabezada «Querida señora Heidegger», sugiere que la entusiasta visión de Heidegger de la armoniosa y espontánea intimidad entre las dos mujeres no se concretó. Aunque a veces sorprendentemente franca, en la medida en que iba dirigida a una extraña, la carta de Arendt es formal, sincera y está escrita en un estilo casi co-

mercial. Arendt le escribió por propia «necesidad» a una mujer resentida a causa de la fuerte atracción que su marido sentía por una mujer que, además, era judía. La autoridad y elegancia de la carta, su estilo exquisito y los diversos niveles de contenido no podían más que sorprender al remitente en cuanto prueba de la delicada inteligencia y del espíritu de Hannah, otro golpe para Elfride Heidegger.

Arendt escribió en respuesta a la carta de Heidegger del 9 de febrero, que ella creyó que su mujer había leído. Arendt también supuso que Heidegger leería su carta a Elfride, de modo que, de hecho, les escribió a ambos. De esa manera hacía saber a Elfride Heidegger que esperaba que actuara como un censor, lo que no era necesariamente un cumplido, y que ella lo aceptaba de buen grado. «Me alegra haber venido y que todo haya ido bien», escribió, otro codazo inútil, pues ambos sabían que no todo había salido bien; sólo lo escribió en honor a Heidegger. «Hay una culpa que nace de la reserva, que poco tiene que ver con la falta de confianza. En este sentido me parece que Martin y yo hemos pecado uno contra otro tanto como contra usted», escribió Arendt. «Esto no es una disculpa. Usted no esperaba ninguna», afirmó, quizás en un tono perentorio, «y no pude darle disculpa alguna.»

«Usted rompió el hielo», admitió, «y se lo agradezco de todo corazón.» No hay duda de que la

señora Heidegger tenía algunas preguntas que hacer en relación con el pasado, y esperaba, además, algunas explicaciones. «Por eso no se me ocurrió que usted esperara algo de mí, porque —en relación con este romance— cometí después tantas ofensas peores que no pude hablar de aquellos sucesos lejanos. Mire usted, cuando me marché de Marburgo lo hice absolutamente dispuesta a no volver a amar a un hombre, y después me casé, no importa con quién, sin amarle.» Esta confesión de Arendt, que violaba su profundo sentido de la intimidad, parece dirigida, una vez más, con la sola intención de decirle a Heidegger que lo quería pese a haberse casado entonces con Günther Stern. Tal vez quería que él evocara la imagen de ella de pie, sola, en la estación el día en que él y Stern partieron juntos.

«Seguramente usted nunca ha mantenido en secreto sus sentimientos, y tampoco lo hace hoy, ni siquiera en lo que respecta a mí. Es obvio que ese sentimiento hace que una conversación entre nosotras sea casi imposible, porque cualquier cosa que digamos está de antemano caracterizada y, perdone usted, catalogada: judío, alemán, chino. Estoy dispuesta en cualquier momento, como ya le dije a Martin, a discutir con objetividad estos asuntos desde un punto de vista político —creo saber algo sobre eso— pero con la condición de que se excluyan los aspectos personales y humanos. Un argumento *ad hominem* perjudica cualquier posibi-

lidad de entendimiento porque implica algo que está fuera de la libertad humana.»

En el curso de la conversación, o discusión, Elfride Heidegger sugirió que se invitara a Karl Jaspers para que actuara de árbitro, no está claro si entre las dos mujeres o entre ella y Martin. «¿Cómo se le ocurrió la idea de invitar a Jaspers para que actúe de árbitro?», le preguntó Arendt. «¿Sólo porque casualmente sabe que soy su amiga? ¿O tiene quizá tanta confianza en él?», añadió con sarcasmo, consciente de que Elfride apenas conocía a Jaspers y no lo había visto desde principios de los años treinta. «Me quedé tan perpleja que no pude reaccionar; ahora la pregunta no se me va de la cabeza.» Una pregunta que, añadió con delicadeza, la señora Heidegger debía sentirse libre de no contestar. «Nos volveremos a ver pronto», finalizaba. «Hasta entonces le ruego que acepte mis saludos y mi agradecimiento.»¹⁵

Ese encuentro abrió en la relación entre Arendt y Heidegger un nuevo capítulo que iba a durar veinticinco años, puntuado por periodos de animada correspondencia y prolongados silencios, por visitas cuidadosamente organizadas y por lo general supervisadas por Elfride Heidegger, y unas escasas horas, muy apreciadas por Arendt, pasadas a solas con él. Los silencios impuestos por Heidegger (parecidos a aquellos de finales de los años veinte y principios de los treinta) fueron el resultado de sus cambiantes estados de ánimo, de sus caprichos,

de su obsesión por controlar y, sólo una vez, de la posición independiente de Hannah, que él percibía como una insolencia y castigaba con el mutismo.

Las diferentes versiones de Arendt y Heidegger del encuentro de 1950 reflejan sus distintas percepciones, no distorsiones deliberadas. Heidegger quería que entre su mujer y Arendt se estableciera un vínculo de solidaridad, pero Arendt sabía que una brecha insalvable la separaba de Elfride Heidegger. Arendt se dio cuenta de que no conocía al Heidegger del que se había enamorado veinticinco años antes. Aprendió a aceptarlo, sin embargo, rebelándose a menudo en su interior, y creyendo erróneamente que ahora lo conocía a fondo, como lo señala en sus cartas a Heinrich Blücher. Además, estaba convencida de que sólo ella podía comprender la profundidad de su alma, de que poseía la fuerza necesaria para darle ánimo, que era su musa y su redentora. Debido a su vínculo espiritual, él la necesitaba más que a nadie, como con frecuencia le escribió a su marido. De hecho, ella necesitaba que él la necesitara.

A mediados de febrero, siete días después de que Arendt se marchara, Heidegger le escribió para que regresara a comienzos de marzo. Y el 2 de marzo de 1950 Arendt le hizo otra visita. Heidegger se ofreció para hacerle la reserva de hotel, una señal de que prefería que la estancia de Hannah fuera prolongada. Esta vez sólo se quedó cuatro días. Es evidente que la señora Heidegger estuvo

de acuerdo con la invitación, porque, cuando en años posteriores puso objeciones, Heidegger respetó su deseo.

Al parecer, la segunda visita de Arendt fue, en lo personal, más satisfactoria para ambos que la primera. El drama del primer encuentro, después de lo que Heidegger llamó un cuarto de siglo, y la inevitable tensión ya no enturbiaron la atmósfera. Por primera y última vez Arendt le dijo a Heidegger cuánto había sufrido por su culpa. Al recordar esa visita en una carta del 4 de mayo de 1950, Heidegger escribió por fin abiertamente sobre el dolor que le había causado a Hannah y sobre sus propios defectos, que, le dijo, él mismo ya no se ocultaba. La llamó *Vertrauteste* (la amiga en que más confío) y le habló en un tono algo melodramático sobre la luz que inundaba sus vidas y sobre la comunión de sus almas.

Evidentemente también habían hablado del comportamiento de Heidegger respecto a Jaspers, pues el 7 de marzo Arendt le contó a Blücher: «La única razón por la que Heidegger dejó de repente de ver a Jaspers [en 1933] fue que se dio cuenta de lo que había hecho y sintió vergüenza. Se desconcertó totalmente ante la idea de que Jaspers pudiera haberlo interpretado de otra manera, es decir, como un boicot a su esposa por ser judía. De hecho, se veía mucho en esos años con otras personas en situación similar; la explicación más obvia no se le ocurrió nunca».¹⁶ No hay ninguna

prueba, sin embargo, de que Heidegger se juntara con alemanes que, como Jaspers, estaban casados con judías. Tampoco Heidegger le mencionó jamás un solo nombre a Arendt, porque por lo general ellos o sus mujeres se habían exiliado.

Después de las visitas de 1950, Arendt —que apenas un año antes se había opuesto con vehemencia a la publicación de la obra de Heidegger— se convirtió en su devota agente, *ad honorem*, en Estados Unidos, y se dedicó a buscar editores, negociar contratos y seleccionar los mejores traductores y, sobre todo, hizo cuanto pudo para encubrir su pasado nazi. Incluso Elfride Heidegger llegó a respetar los contactos que Arendt tenía en Estados Unidos y a valorar su utilidad. Para Heidegger fue natural considerar los esfuerzos de Hannah como un privilegio que él le concedía, pues hacerlo era una prueba de que confiaba en ella.

Heinrich Blücher, gran admirador de la filosofía de Heidegger, se sintió sin duda impresionado por el papel que su mujer desempeñaba en la vida y la obra de Heidegger, y vio sus esfuerzos como una contribución a la filosofía más que como una continuación de su compromiso emocional. Sería erróneo suponer que Arendt o Blücher vieran en Heidegger una amenaza a su matrimonio, algo que Elfride Heidegger sí sentía respecto de Hannah. Blücher —realista, honesto, ajeno a las ambiguas tentaciones que formaron parte de la primera experiencia amorosa de Arendt— consideró acabado

el romance de juventud como algo que pertenecía a la esfera de las añoranzas. Alentó a Arendt a mantenerse del lado de Heidegger por el bien de la filosofía. Si no hubiera contado con el apoyo y el amor de Blücher, Arendt no habría podido continuar su amistad con Heidegger. Los sentimientos que albergaba por él iban más allá de las definiciones sexuales y psicológicas. Blücher, sin embargo, era su otro yo. Podía vivir sin Heidegger, pero no sin Blücher. Desconfiaba de Heidegger tanto como confiaba en Blücher y, para ella, la confianza era la base de cualquier auténtica unión. Al margen de la inconfundible irracionalidad de sus sentimientos por Heidegger, no podía amar a un hombre al que no respetara, y lo absolvió de toda culpa no tanto por lealtad, compasión, respeto o sentido de justicia, sino por la propia necesidad de salvar su orgullo y dignidad.

Las cartas que Heidegger escribió tras las visitas de Arendt fueron cálidas, elegantes, románticas, hasta seductoras. Recordaba en ellas lo bien que le quedaba el vestido, le pedía fotos, le escribió algunos poemas, recordó una sinfonía de Beethoven que una vez disfrutaron juntos, le describió la magia de la naturaleza y volvió a un tiempo pasado y ya desaparecido. Después, en curioso contraste, le describió las hermosas flores que veía desde su estudio mientras le escribía, flores, añadió, cuidadas por su esposa.

Las dieciséis cartas que Heidegger le escribió a

Arendt en 1950 se distinguen de las otras cartas de la posguerra en cantidad y contenido. Le siguieron otras seis en 1951, tres en 1952, dos en 1953, y una en 1959; en su vejez necesitaba otra vez hablar con ella, y eso reavivó su correspondencia.

Varias de las cartas de Heidegger de 1950 se parecen a las que le había escrito durante su romance. Dejando a un lado las consideraciones de orden práctico, Heidegger se sintió emocionado y adulado por la persistencia de los sentimientos de Arendt, que habían resistido a su alianza con los nazis. Le decía también que la catástrofe que iba a abatirse sobre Alemania ya la había visto con claridad en 1937 y 1938. Pero, ¿fue así? Sus actividades y su comportamiento —en abril de 1938 no asistió al funeral de Husserl— hasta finalizada la guerra dicen lo contrario.

La reaparición de Arendt en su vida obligó a Heidegger a apaciguar tanto a ésta como a su esposa. Así, en una carta escribió que necesitaba el amor de su mujer y el amor de Hannah también; que el amor de ambos necesitaba del amor de Elfride, pues el amor genera amor. En otra carta le dijo que miraba largamente su rostro (en una foto) y que el dolor de sus ojos reflejaba la dureza con que el mundo la había tratado y la experiencia de una mujer madura. El misterio de la transformación está encarnado en una diosa griega, le escribió: en una muchacha se esconde una mujer, una mujer en una muchacha. Y se preguntaba qué era

más hermoso, si la carta de Hannah o su fotografía.

A principios de mayo, Heidegger pasó en Messkirch tres semanas. Entre el 3 y el 16 de mayo envió cuatro cartas a Arendt. Es evidente que no podía escribirle con esa frecuencia desde su casa, ni expresarse tan libremente. Aunque extrañaba a Hannah, escribió, desde que ella había vuelto cada día le traía alegría. En una prosa sembrada de florituras escribió que sólo Hannah estaba cerca de él cuando pensaba; que soñaba con ella viviendo cerca de él y con pasarle los dedos por el cabello; que el corazón de ella moraba en el suyo, como la esperanza y el deseo. En sus cartas de Messkirch Heidegger parecía un hombre cambiado, entusiasmado, vibrante. Ni una sola vez mencionó a su mujer. Era como si sólo existieran Hannah y él.

A su regreso a Friburgo volvieron las preocupaciones cotidianas: la pensión miserable, su nuera enferma, el maltrato que recibía del gobierno y de las autoridades eclesiásticas, el miedo a los rusos y a los agentes secretos, que, juraba, nunca lo atraparían con vida. La tranquilidad espiritual que había tenido en Messkirch se esfumó; sus cartas se hicieron con frecuencia inconexas y lastimeras, pero la chispa encendida por la presencia de Arendt se hacía sentir de tanto en tanto.

La correspondencia de mayo dejó una marca, aunque fuera brevemente. Heidegger le pidió a Arendt que no se preocupara si se producía una

«erupción» en su casa durante la visita prevista para febrero de 1951 (Hannah no fue). Y le pedía también que respondiera sus cartas de Messkirch con precaución. Los secretos y el misterio hicieron renacer el antiguo romance.

A petición de Heidegger, Arendt le envió una foto de su madre, a quien él había conocido a principios de los años veinte. Quería de algún modo «ponerse al día», recuperar los años que habían estado separados, aunque ambos sabían que era una ilusión. Las cartas de Arendt fueron censuradas, las visitas mal recibidas, sus regalos —discos, libros, las obras completas de Kafka, un pañuelo de seda para Elfride—, se hicieron sospechosos.

Las cartas que Heidegger le escribió a Arendt en 1950 reflejan su breve deseo de recuperar la gloria que otorgan el amor y el poder.

En marzo de 1952, Hannah Arendt regresó a Europa por encargo de la Comisión para la Reconstrucción Cultural Judía, con la intención también de investigar los elementos totalitarios del marxismo para un libro sobre Karl Marx. Su atención se centró entonces en los rasgos marxistas del totalitarismo soviético después de que los críticos señalaran que en *Los orígenes del totalitarismo* no había conseguido fundamentar su afirmación de que el nazismo y el bolchevismo eran ideologías equiparables. Publicado en 1951, el libro le valió a Arendt un reconocimiento internacional que ella sabía que para Heidegger sería muy difícil de digerir. La Universidad de Princeton la invitó a ser la primera mujer que impartiera los prestigiosos seminarios Christian Gaus —el acento puesto en «la primera mujer» molestó a Arendt—, otro motivo de irritación para Heidegger. Blücher le escribió con cierta sorna: «Heidegger tendrá un nuevo motivo para lamentar haber introducido a una mujer en la filosofía». «Sí, Jaspers se alegrará», respondió Arendt, «y a Heideg-

ger —lo veré mañana— no le gustará tanto, pero me importa un rábano.»¹

Como para distanciarse de Heidegger, en las siguientes cartas a Blücher sustituyó el nombre del filósofo por el de la ciudad de Friburgo. «Finalmente he escrito a Friburgo; primero le hice sufrir un rato sin darle mi dirección. Ahora he fijado mi visita para el 19 de mayo, ya veremos qué pasa después.» Por una vez Hannah jugaba con ventaja y la satisfacción que le producía esa pequeña victoria demuestra que era algo poco corriente. «Aliviado, me escribió que ahora por lo menos sabe dónde me encuentro. Las dificultades con Madame son evidentes. Quizás esté también furiosa por el hecho de que Jaspers haya tratado a su marido *en canaille*, y con toda seguridad me echa la culpa a mí. En resumen: un lío.»² Lo que era obvio para Arendt no se correspondía necesariamente con los hechos. Había planeado quedarse en Friburgo una semana y, preocupada por que la visita pudiera convertirse en un acontecimiento público, la disfrazó de viaje de trabajo. No está claro por qué motivo había que guardar tanto secreto, a menos que ella quisiera revivir el obligado misterio de las citas del pasado.

Aunque, pese a los pañuelos y los saludos, Arendt no esperaba un cálido recibimiento de Elfride Heidegger, quedó consternada por su comportamiento. «La mujer está casi loca de celos», le contó a Blücher en mayo desde Friburgo. «Des-

pués de pasarse años alimentando la esperanza de que acabaría olvidándome, sus celos no han hecho más que crecer. En ausencia de Heidegger me hizo una escena algo antisemita. De cualquier modo, las ideas políticas de la señora (te llevaré o te enviaré, cuando tenga tiempo, su periódico favorito, el pasquín más repulsivo que haya visto en Alemania), intactas pese a todo lo vivido, su estrechez de miras y su estupidez apestan a asqueroso resentimiento y permiten entender todo lo malo que le ocurre a él... Para resumir, con él me comporté con toda normalidad y a partir de ese momento la situación mejoró bastante.» A Arendt no se le ocurrió pensar que era el propio Heidegger el merecedor de «todo lo malo que le ocurre». Lo que hizo, dijo y escribió a lo largo de doce años —en particular durante su época como rector— no parecía importarle. En su afán por culpar de todo a Elfride Heidegger, Arendt se puso del lado de quienes la presentaban como una fuerza siniestra.

«Quizá todo esto no tenga el más mínimo interés, puesto que él se encuentra estupendamente», continúa Arendt. «Me ha leído largos pasajes de su conferencia, para la que se prepara de una manera realmente conmovedora (siempre escribe dos veces una conferencia, y muchas páginas hasta cuatro o cinco veces).»

Más de una vez Arendt alentó la idea de encontrarse con Heidegger lejos de su mujer y de su casa. Creía firmemente que podía ayudarlo si

los dos lograban verse a solas. Durante esa visita también hizo algunos planes: «No estoy segura de si veré a Martin otra vez, en algún sitio», escribió en agosto a Blücher. En ese caso habría tenido que aplazar el regreso, y su marido irse de vacaciones solo, y Arendt sabía que eso a él le resultaría «espantoso». «Pero, ¿qué debería hacer?», añadió retóricamente.

«Stups,* debo de haberme vuelto algo más lista, de lo contrario no habría podido soportar todo esto. Creo que lo puedo manejar, pero sólo Dios sabe que también siento que no va a ser fácil. Por otra parte, estoy segura de [que él tiene] un carácter básicamente bueno —que a mí consigue convencerme pero, de hecho, inconcebible para los demás—, veo en él una confianza que nunca deja de afectarme hondamente (a duras penas puedo definirla de otro modo), y la total ausencia, en cuanto nos quedamos a solas, de todas esas cosas que en otras circunstancias surgen con tanta facilidad; y también, su auténtico desamparo e indefensión. Mientras [él] pueda trabajar no hay peligro; lo único que me asusta son sus repetidas depresiones. Estoy tratando de fortalecerlo contra la depresión. Tal vez lo recuerde cuando yo ya no esté aquí.»³

Blücher se compadeció de la difícil situación en que se hallaba su esposa. «Sería irresponsable»,

* Apodo con que Arendt llamaba a su marido.

respondió, «a la vista del delicado momento que atraviesa Martin, no hacer todo lo posible para fortalecerlo de alguna manera. Así que quédate allí todo lo que puedas, mientras tenga algún sentido. Olvida a su mujer. Cuando la estupidez se vuelve terquedad acaba convirtiéndose en maldad o, en cualquier caso, no puede distinguirse de la maldad. Guarda silencio e ignórala. ¿Qué significa pensar? [título de una obra de Heidegger publicada en 1954] es una de las más maravillosas cuestiones filosóficas después de Dios. Así que ayúdalo a plantearla.»⁴ Y continúa tranquilizando a Hannah: «No hay duda de que has hecho todo lo correcto, pero se trata de una situación deprimente, una vida tan complicada, y todo por los estúpidos prejuicios y las presiones sociales. Una sociedad así no se merece otra cosa que pudrirse en el infierno, y me parece que ése será su fin. Si al menos pudieran salvarse sus manuscritos».⁵

Como es natural, Blücher sólo conocía la versión de Arendt: el detestable comportamiento de Elfride Heidegger para con ella, y su nefasta influencia, por decirlo de alguna manera, sobre la vida pública y privada de Heidegger. Blücher no sabía que Heidegger estaba íntimamente convencido, y así lo había expresado con frecuencia en sus cartas a Arendt, de la lealtad y el cuidado que le brindaba su esposa, del amor que sentía por ella, de la confianza que le inspiraba y de su apego a la vida que habían compartido durante tres décadas.

A través de Arendt, Blücher conoció la intimidad de Heidegger o, más bien, al Heidegger que existía en la imaginación de Hannah: un hombre que se había casado con una mujer que no le convenía y de ese modo había arruinado su vida, y que, si no se hubiera visto bloqueado por costumbres sociales obsoletas, la habría dejado, salvando así los restos de una vida destrozada para entregarse a la protección y la inspiración de su ex discípula. Aunque muchos hombres la cortejaron y la amaron, no era propio de Arendt jactarse de ello; al contrario, era algo que raras veces mencionaba y, de hacerlo, sólo a sus amigos íntimos, dejándolo caer suavemente y en tono de broma. Pero Heidegger era diferente de todos los demás. Lo que a ella realmente le importaba no era la atracción erótica, que puede o no haber existido —Arendt era una mujer sensual sin ser exageradamente sexual—, sino el papel especial que él había desempeñado en su vida, la afinidad espiritual que, creía, Heidegger no compartía con nadie más que con ella. Arendt se convenció a sí misma, haciendo caso omiso de lo que Heidegger le dijo repetidas veces, de que Elfride era la causa de todas las desgracias de Martin, que socavaba su prestigio y creaba una atmósfera de hostilidad a su alrededor. Si Günther Stern, su primer marido, no se lo hubiera dicho, Arendt tal vez no se habría enterado de la temprana filiación de Elfride al nacionalsocialismo, y difícilmente habría sabido que esa ideología era compartida con Hei-

degger y que sirvió para unir aún más a la pareja. Sencillamente Hannah no podía creer que el nazismo fuera la ideología de Heidegger. Del mismo modo que lo exoneró de su pasado nazi, atribuyó las «ideas políticas» de la señora al credo difundido por un pasquín de derechas, y de esa manera pretendió separar lo que estaba unido. Pues, ¿cómo podría Heidegger, dotado de «un carácter básicamente bueno», compartir las ideas reaccionarias de su esposa? Arendt se lo imaginaba desamparado e indefenso, sufriendo en manos de esa malvada mujer, de la que sólo si se conocían su resentimiento, sus prejuicios y su estupidez era posible entender su pernicioso influencia. Al culpar a su esposa del pasado de Heidegger, Arendt absolvió al filósofo, la personificación del *Geist*, de toda responsabilidad y, por lo tanto, pudo con buena conciencia volver a desempeñar el papel de musa y, lo que es más importante aún, ponerse de acuerdo consigo misma y con la fascinación que Heidegger ejercía sobre ella.

Al margen del comportamiento de la señora Heidegger, Arendt intentó, tras la visita de una semana realizada en mayo, ver a Heidegger una vez más antes de marcharse de Europa. «Probablemente veré a Martin, en el mayor de los secretos, en algún lugar cerca del lago de Constanza», le escribió a Blücher el 24 de mayo de 1952. El 30 de mayo le informó desde Basilea, donde se hallaba visitando a Jaspers, que tras algún otro viaje a Ale-

mania iría a Londres o París. «Después, no lo sé todavía. Depende también de Friburgo.» Con la carta sin terminar se dirigió a la estación de Basilea, donde, antes de subir al tren, añadió «a toda prisa»: «Me voy a Friburgo».⁶

La nota de Heidegger fechada el 5 de junio de 1952, en la que le pedía a Arendt que se abstuviera de escribirle y de ir a verlo, o no llegó a tiempo a su destinataria, o la incitó a visitarlo. El 6 de junio le escribió a Blücher desde Stuttgart:

«Friburgo terminó con nuevas escenitas de la señora. Sinceramente no sé qué hacer. La conferencia [de Heidegger] fue magnífica, como siempre, aunque no estaba en su mejor forma y leyó bastante mal... Su hijo, con quien fui a la conferencia, comentó después: "Sí, aquí sopla un viento muy abstracto...". Martin [me] habló con terrible objetividad. Es obvio que le espanta el momento en que sus hijos se marchen de casa [los hijos de Heidegger tenían entonces treinta y uno y treinta años] y su esposa pierda lo único que da sentido a su vida. El siempre estuvo en segundo lugar, por lo que gozaba de cierta tranquilidad. Sin embargo, eso cambiará ahora porque dentro de poco los hijos se marcharán. Toda la historia es realmente una tragedia. Mientras ella no sabe qué hacer con su alma y se comporta de una manera lisa y llanamente mezquina, en Messkirch hay cincuenta mil páginas sin mecanografiar, un trabajo que podía

haber hecho tranquilamente todos estos años. Y por supuesto ahora es demasiado tarde para recuperarlas. En realidad él sólo tiene un amigo: su hermano.*

»Sumamente reveladora es la biblioteca de ella, que he explorado con atención. Entre casi cien libros aparece una colección completa de Gertrud Bäumer** y un montón de basura. Además hay unos diez libros decentes, todos regalados por él, con su dedicatoria. Pero eso no ha ayudado mucho. Me pongo enferma cuando pienso que se verá obligado a regresar a este lugar cuando ya no pueda trabajar». ⁷

Arendt, para entonces en Londres, no podía dejar de pensar en «Friburgo». Interrumpida su visita —presumiblemente por el mismo Heidegger, dado que él le había pedido que la cancelara— y al ver inalcanzado su objetivo de «estabilizarlo», Arendt se sentía desgraciada. El hecho de que éste admitiera estar preocupado por sus hijos —Arendt quedó muy impresionada por esta confidencia— era para ella una prueba de que estaba alejado de su familia. De hecho, era una prueba de que él nunca antes había abordado un tema personal con

* Fritz, el hermano de Heidegger, mecanografiaba todos los manuscritos; Elfride no lo hizo nunca. (Cortesía de Hugo Ott.)

** Gertrud Bäumer era una de las principales figuras del movimiento feminista alemán, directora de una revista de orientación nazi para mujeres y autora de novelas populares.

ella. Sin embargo, diecisiete años antes había compartido preocupaciones semejantes con Elisabeth Blochmann, así que la idea que Arendt se hacía de su objetividad era totalmente subjetiva, igual que sus conclusiones.

Arendt afirmaba que era Elfride Heidegger quien tomaba todas las decisiones en nombre de su marido, incluidas las que afectaban a sus relaciones con colegas y estudiantes, y que debido a ella no había nada más que hostilidad entre él y «literalmente todo el mundo». Es posible. Aislándolo, creando una situación en la que él tenía sólo un amigo —su esposa—, Elfride podía controlarlo mejor que nunca. Sin embargo, no parece probable que Heidegger, un hombre resuelto, enérgico, pudiera dejarse manipular tanto por ella. Tal vez, exhausto por los cinco años de desnazificación, lo único que quería era paz para poder trabajar, y con tal de conseguirla estaba dispuesto a renunciar a sus amigos, incluso a Arendt. A sus cincuenta y nueve años, Elfride Heidegger estaba comprensiblemente amargada: el sueño nazi se había desvanecido; sus compatriotas, proscritos del mundo; su marido, otrora poderoso, defendiéndose de continuos ataques; sus hijos, lejos del hogar, y una judía testaruda ensombreciendo el horizonte. A los sesenta y tres años, su marido, creativo, popular, siempre activo deportista, estaba en plena forma, rodeado de discípulos y acólitos de ambos sexos. Era tan atractivo para las

mujeres y se sentía tan atraído por ellas como desde que lo conocía.

No era impropio de Heidegger hacer su merito ante Arendt, para remover así sus emociones, despertar su compasión y utilizarla. Heidegger «no sabe cómo comportarse», se desesperaba Arendt. «Da vueltas en círculos que le muestran ahora éste, ahora aquel aspecto de una cuestión. Actualmente está enfermo, más o menos, de exasperación, y yo no tengo intenciones de volver a Friburgo», le comunicó a Blücher, pasando por alto la petición de Heidegger de que no fuera. «No puedo hacer absolutamente nada. No sé siquiera si he conseguido estabilizarlo un poco por unos años. Lo intenté. En cualquier caso, lo que necesita es sosiego, y eso no se lo da ella [Elfride], al menos no cuando estoy yo... Esto no quiere decir que algo haya cambiado entre nosotros; eso ya no me parece posible.»⁸ Pero estaba equivocada.

«La historia de Heidegger es horrible, absolutamente horrible», respondió Blücher. «Pero no te preocupes, su creatividad nunca se agotará... Pues, a pesar de todo, él seguirá adelante. Lo único que necesita es una jovencita que le ordene los manuscritos, y creo que acabará apareciendo alguna, o una señora no muy mayor», le escribió, sólo medio en broma, creyendo tal vez, y con razón, que una compañía así no disgustaría al filósofo.⁹

A Arendt no le hizo gracia ni el tono de Blücher ni su sugerencia burlona. Una jovencita era el

último remedio que ella le recetaría a Heidegger. Estaba convencida de que en la vida del espíritu no había lugar alguno para las necesidades de la carne. «Jovencita» le sonaba a insulto. Irritada, replicó: «En realidad, por el momento al menos a Martin no le ocurre nada “horrible”, sólo está triste. Nada ha cambiado y nada va a cambiar». Podría haber estado repitiendo, para tranquilizarse, que nada cambiaría entre ella y Heidegger, sintiendo ya que su predicción era errónea.

«[“]Siempre tengo tanto miedo[”], me dijo Martin, totalmente abatido, antes de la conferencia, con el manuscrito en la mano.» Esta imagen de Heidegger era otra prueba de su ilimitada sinceridad, otra confirmación de su duradera confianza en Arendt, y ella estaba segura de que su marido sabría apreciarlo. Y quería también tranquilizar a Blücher —que estaba aterrado, preparando dos nuevos cursos para la New School— mostrándole que incluso los profesores con larga experiencia sufrían el miedo a hablar en público.

La reputación empañada de Heidegger era para Arendt un motivo de constante preocupación. «Cuando Alfred [Kazin] me dijo con toda ingenuidad que en algunos círculos, como los académicos, el nombre de Heidegger parecía haberse convertido en una especie de *cuss word** en Alemania, me sentí totalmente destruida», le escribió

* «Palabrota, taco» (en inglés en la carta original).

a Blücher desde Munich el 20 de junio. «No puedo cambiar nada. Por pura desesperación e incapaz de escribir una sola carta por sí mismo deja que su esposa se haga cargo de todo y ponga su firma en cualquier trozo de papel.»¹⁰ Por lo visto a Arendt no se le ocurría pensar que Heidegger actuaba de ese modo porque creía en el buen juicio de su esposa o porque le convenía delegar en ella algunos asuntos. Su desprecio por Elfride Heidegger no tenía medida y, además, es probable que la posición privilegiada de ésta le haya simplemente destrozado los nervios.

También es posible que Heidegger no haya querido nada más que despertar la compasión de Arendt, para descargarse de toda responsabilidad, como era su costumbre, o enfrentar a ambas mujeres manteniéndolas de su lado. En 1952, después de que Arendt publicara *Los orígenes del totalitarismo*, su fama creció y Heidegger, resentido por la preeminencia de su ex discípula, reconocía en la misma medida su creciente utilidad y de tanto en tanto le tiraba algunas migajas.

A diferencia de Arendt, Blücher no estaba del todo convencido de que Elfride Heidegger fuera la única culpable de enemistar a la gente que se acercaba a su marido. El profesor Karl Löwith, con quien los Heidegger se encontraron en Roma en 1936, hizo una visita a su antiguo profesor «de buena fe, y después se dijeron algunas palabras que volvieron a estropearlo todo», le contó Arendt a

Blücher, y añadió: «Por supuesto siempre es la señora Heidegger quien tiene la última palabra» y se las ingenia para envenenar los ánimos, como ocurrió con Löwith. Löwith criticó el concepto de historia defendido por Heidegger y con toda seguridad fue ésa, y no la interferencia de Elfride, la causa del disgusto. «Heidegger se sintió terriblemente ofendido por la apostasía de Löwith», escribió Arendt.¹¹ «No me malentiendas, seguramente estoy de acuerdo contigo en lo que respecta a Löwith», le contestó Blücher. «Si alguien no puede superar a su maestro y sigue siendo un alumno, no debería hacerse pasar por el intérprete del maestro ni apedrear al maestro con sus propias piedras. Pero este maestro cortó ese camino normal a sus alumnos, especialmente a los judíos, y por eso ahora todo está envenenado.»¹²

Desde Alemania Arendt viajó a Inglaterra. La situación de Heidegger continuaba preocupándola, pero tomó cierta distancia. Porque la culpa «no es de ninguna manera sólo de su mujer, sino también de sus hijos, y de él mismo», le escribió a Blücher desde Manchester a finales de junio. Reconocer que también Heidegger era responsable de sus problemas fue un paso importante desde su anterior opinión de que «todo» lo malo que le ocurría era exclusivamente por culpa de su esposa. «Esta vez [me] habló bastante y casi llegó a quejarse (algo que antes nunca había hecho); ve las cosas como realmente son pero es obvio que sólo

cuando me planto en el medio, como si tuviera que venir yo a animar el cotarro.»¹³ Arendt suponía que su presencia de algún modo aliviaba la situación familiar de Heidegger, pero no queda claro lo que con exactitud quiso decir.

Inglaterra, «*the most civilized country in the world*» pero también el más aburrido», consiguió calmarla después de su agotadora visita a Friburgo. «Cambridge es un sueño», le escribió a Blücher, «y muy, muy extraño, como todo en Inglaterra. Aquí se pueden tener conversaciones muy interesantes y sensatas. Me estoy divirtiendo.»¹⁴ Arendt dio conferencias, hizo turismo y fue de compras, y gastó montones de dinero en finos jerséis para ella y para Heinrich, pero lo que realmente quería era volver con su marido. «Pronto estaré a tu lado otra vez, en casa.»¹⁵

Y era con Blücher con quien ella se sentía en casa, no importa cuán preocupada estuviera por Heidegger —«Martin, la leyenda», lo llamaba Blücher—, no importa cuán comprometida con el trabajo y los asuntos del filósofo.¹⁶ El enredo de Hannah con los problemas de Heidegger, tanto personales como profesionales, la mirada vigilante de Elfride Heidegger y la atmósfera de catástrofe inminente la exasperaban y la agotaban. Blücher era su único puerto seguro, y cuanto más tiempo pasaba lejos de él y más sufría por las desgracias de

* «El país más *civilizado* del mundo» (en inglés en la carta original).

Heidegger, más extrañaba la seguridad que su esposo le transmitía. Heidegger la hacía sentir desdichada, le escribió Blücher desde la sofocante Nueva York (Hannah le rogaba que comprara un aparato de aire acondicionado, un tema recurrente en muchas cartas; Heinrich pensaba que era demasiado caro), pero él sabía que ella aún podría disfrutar, no a causa de su fuerza inagotable, sino por su naturaleza vivaz y enérgica.

De regreso en Alemania a mediados de julio, Arendt dio una conferencia sobre «Terror e ideología» en la Universidad de Marburgo, donde había conocido a Heidegger casi treinta años antes, y en la Universidad de Heidelberg, donde fue alumna de doctorado de Jaspers. «Marburgo está totalmente muerto desde el punto de vista intelectual», le escribió a Blücher. En particular lamentaba la suerte corrida por el legado de Heidegger y estaba preocupada —«es decir, preocupada por él», explicaba— por «la fragilidad de su reputación».¹⁷ El «pseudo-intelectualismo» de Heidelberg era sólo un poco mejor. El nivel de la enseñanza era vergonzosamente bajo, los profesores «imbéciles» convenían en que «la metafísica es totalmente superflua», y la atmósfera general era sectaria y exclusivista. «Es un terrible nido de víboras, y por suerte no me afecta.»¹⁸

Apenas regresó a Nueva York se dispuso a limpiar la imagen manchada de Heidegger, exactamente lo que él esperaba de ella. El 23 de agosto

de 1952 le escribió una carta al reverendo John M. Österreicher, un sacerdote católico de origen judío, «para rectificar lo que yo misma he dicho sobre Heidegger». Irónicamente, Arendt se retractó pero Heidegger no. «Esa afirmación y otros ataques similares se basaron en rumores que, debido a la obstinación con que se afianzaron a lo largo de muchos años, llegaron a parecer información fiable», escribió, y le explicó, como Jaspers a ella en 1948, que la «circular» que Heidegger firmó como rector iba dirigida a «todos los profesores judíos de la universidad... no... a Husserl en particular.» Asimismo admitió que «en algún momento durante la guerra» (en 1941) Heidegger aceptó que se quitara la dedicatoria a Husserl de la reimpresión de *Ser y tiempo*, «pero entonces se vivía ya una época de terror declarado, y creo que puedo probar que lo hizo bajo fuertes presiones.* Pero incluso entonces no aceptó suprimir las notas a pie de página en que se mencionaba la obra de Husserl». Arendt quería que Österreicher apreciara los hechos en su contexto: «La relación entre Husserl y Heidegger ya estaba muy deteriorada antes de 1933, así que resulta difícil decir que Heidegger rompió con Husserl a causa de los sucesos de 1933».¹⁹

Todo eso era cierto. Más o menos. Heidegger

* «A Edmund Husserl, como muestra de respeto y amistad. Todtnau-berg, Selva Negra, 8 de abril de 1926.»

sólo le falló a Husserl desde el punto de vista exclusivamente humano. No hubo desacuerdo sobre cuestiones filosóficas, eso fue antes de 1933, sino que Heidegger rompió el vínculo en un momento en que a Husserl se le perseguía por judío, brilló por su ausencia en su funeral y no le dio el pésame a Malvina Husserl. (Elfride Heidegger envió por escrito el pésame en nombre de ambos.) Es muy probable que Heidegger haya quitado la dedicatoria «bajo grandes presiones» de su editor, y no de una instancia más peligrosa. Es probable también que haya desistido de reeditar el libro sin correr el riesgo de ser víctima del «terror declarado».

Heidegger mencionaba con frecuencia a Husserl en sus cartas a Arendt de los años veinte, invariablemente con reverencia y gratitud. Arendt sabía entonces, igual que Jaspers, que Heidegger era un huésped habitual en casa de los Husserl, que los dos estaban unidos por algo más que su relación profesional y que fue Husserl quien sugirió el nombre de Heidegger para sucederle en la facultad, siendo su intervención crucial para asegurar el nombramiento. Las contradictorias emociones que Heidegger suscitaba en Arendt y en Jaspers a causa de su comportamiento con Husserl se evidencian en el cambio que experimentó la opinión de Arendt a partir de 1946, cuando llamó a Heidegger asesino en potencia de Husserl, hasta su carta de 1952 al reverendo Österreicher; y también en el hecho de que durante veinte años Jaspers mantu-

viera en secreto información sobre Heidegger, el hombre en el poder.

Karl Jaspers había sido una autoridad para Arendt desde el momento en que se convirtió en su alumna: «Cuando era joven fue usted la única persona que me educó».²⁰ Ya adulta lo consideraba un maestro, pero también un amigo sabio en el que podía confiar plenamente. Jaspers era uno de los pocos cuya opinión tenía una enorme influencia en Hannah. Si no hubiera estado en contradicción consigo mismo en lo tocante a Heidegger, Jaspers podría haberle dicho a Arendt lo que no se publicó hasta después de la muerte de ésta, a saber, que Heidegger era un amigo traicionero.* Pero prefirió guardar silencio, creyendo acaso que Heidegger se merecía al menos un amigo: Hannah Arendt. Y esa función Arendt la cumplió escribiendo la carta en que exoneraba a Heidegger.

Heidegger observó justamente que Arendt era la «y» entre «Jaspers y Heidegger».

* En sus notas sobre Heidegger, Jaspers escribió: «Fue el único de mis amigos con el que no estuve de acuerdo en 1933, el único que me traicionó». Hans Saner (ed.), *Karl Jaspers Notizen zu Martin Heidegger*, pág. 92. En su autobiografía Jaspers escribió: «Me parecía un amigo dispuesto a traicionarme en mi ausencia». Jaspers, *Philosophische Autobiographie*, pág. 97.

El tormentoso año de 1952 terminó con una breve nota de Heidegger escrita en diciembre, en la que agradecía a Arendt las fotografías que le había enviado. En la época de su romance varias veces le había pedido una fotografía. ¿Acaso le estaba diciendo ahora que el paso del tiempo no los había cambiado mucho? Sin embargo, habían cambiado. En 1953 Arendt recibió una carta de Heidegger pero no le escribió ninguna.* Pasaron años sin ningún tipo de comunicación personal entre ambos, salvo ocasionales felicitaciones de cumpleaños y buenos deseos para el nuevo año. Sólo el trabajo —las traducciones y publicaciones de Heidegger en Estados Unidos— dio lugar a una correspondencia más animada, pero en esos casos Heidegger se explayaba con detalle sobre su mujer, sobre las vacaciones que habían pasado juntos, el estado de salud de Elfride y los esfuerzos de ésta para hacerle la vida menos incómoda. Lamentaba también la

* Arendt conservó cuidadosamente las cartas de Heidegger. En los años veinte y treinta guardó sólo algunas copias de las cartas que ella le envió; en la posguerra guardó copia de la mayoría de sus cartas.

situación en Europa: en realidad, pensaba, Europa ya no existía. Estaba moribunda debido a la acción de las fuerzas del mal y del nihilismo, y la técnica, contra la que había luchado, había acabado imponiéndose. Alemania y el nacionalsocialismo, el único país y la única ideología capaces de detener la caída de Europa, habían fracasado.

Arendt, por su parte, estaba haciendo un buen trabajo de revisión de las traducciones y Heidegger la recompensó elogiándole, a veces con efusividad, su capacidad para los idiomas, para pensar y comprender, cualidades apropiadas para una alumna suya. Con unas breves fórmulas de cortesía le preguntaba por su trabajo antes de pasar a hacer una exhaustiva descripción del suyo. Incluso Elfride Heidegger estaba satisfecha con la devoción de Arendt por la obra de su marido, y a ésta se le concedió en cierto modo el estatuto de amiga de la familia. Una librería alemana le envió por correo seis obras de Heidegger, una en traducción francesa, y ella no tardó en contestar su «carta buena», dedicada por entero a él mismo y a su obra, salvo una frase en la que preguntaba por el trabajo de Arendt. «Difícilmente podrías haberme dado una alegría mayor», le escribió, a todas luces encantada por el hecho de que él interrumpiera un largo silencio. Aun consciente de que Heidegger le preguntaba por su trabajo sólo por cortesía y no por auténtico interés, le respondió debidamente que en los tres últimos años había estado trabajando en

tres temas: la relación entre acción y lenguaje como opuesta a la relación entre obra y trabajo, algo «que no podría hacer... si no lo hubiera aprendido de ti en mi juventud»; sobre filosofía y política, «en tu interpretación», y sobre la cuestión de la autoridad.¹ La carta de Heidegger le dio al menos la oportunidad de hacerle un cumplido (y ella sabía cuánto necesitaba él precisamente eso) y de hacer una alusión al pasado.

En el otoño de 1955, durante su viaje por Europa, Arendt visitó Alemania como era su costumbre. A comienzos de ese año había sospechado que Heidegger se estaba distanciando de ella. «De Heidegger ni una sola palabra», le escribió a Blücher desde Berkeley, donde había sido invitada a dar un curso sobre teoría política durante el semestre de primavera, «aunque hace unos meses le envié unas líneas. No tengo idea de lo que está pasando. No le dije que tengo previsto viajar a Europa porque en esa época aún no lo había decidido. No sé qué puede haberle ofendido ni qué puede haber suscitado de nuevo su desconfianza. *I can't help it* [en inglés en el original]. Quizá sólo sea a causa del trabajo.»² Más tarde se le ocurrió pensar que lo que a Heidegger le molestaba era la próxima aparición de la traducción alemana de *Los orígenes del totalitarismo*, que, a la vista de la amplia atención que ahora despertaba la obra de Arendt incluso antes de ser publicada, no podía pasar inadvertida para Heidegger.

Una vez en Alemania, Arendt se volvió a sentir

atormentada por la duda. «¿Heidegger? Sigo sin saber qué hacer, pero no creo que vaya a verle», escribió a su marido el 14 de noviembre. «La publicación de mi libro justo ahora... crea el peor clima posible. El no sabe que estoy en Alemania, pero en cualquier caso tengo la impresión de que no está especialmente interesado en verme en este momento. Motivo: lo que te he dicho antes... Tengo la sensación de que durante un tiempo tendré que dejar crecer la hierba... Como bien sabes, estoy totalmente dispuesta a comportarme con Heidegger como si yo nunca hubiera escrito una palabra ni fuera a escribir ninguna; ésta es la *conditio sine qua non* tácita de todo este asunto... Podría hacerlo [ver a Heidegger] sólo con grandes dificultades, y no tengo humor para eso.» Arendt se hallaba puliendo una conferencia que tenía que dar en Alemania y ansiaba con todas sus fuerzas anteponer, siquiera una vez, su propia obra a la de Heidegger. Por eso buscaba una forma de protegerse, igual que treinta años antes, cuando se marchó de Marburgo, se buscó un amante y se casó con Günther Stern. Ahora invocaba en su defensa el trabajo y las obligaciones profesionales, pero no funcionó como ella hubiera querido. «Para resumir: estoy a punto de hacer lo mismo que hice hace treinta años, y por alguna razón no puedo cambiarlo. Entiéndase: de acuerdo con la ley que lo ocasionó... [los puntos suspensivos son de Arendt]». ³

Esta confesión es la suma de la larga historia de

Arendt con Heidegger. Ella tenía entonces cuarenta y seis años, y Heidegger había dejado de ser el enigma que fuera a los ojos de la estudiante de dieciocho años. Sin embargo, Arendt no podía resistirse a su atracción. Sentirse tan indefensa la abastía y la inquietaba, pues contradecía sus instintos más sanos; esforzándose podía representar el papel de la estudiante embobada, pero se rebelaba porque sentía que su dignidad estaba en juego. En esa carta le pedía ayuda a su marido.

«No creo que tus sentimientos acerca del asunto Heidegger sean razonables», le respondió Blücher. «Marcharte de Alemania sin hacerle saber que has estado allí me parece muy duro, y no acabo de entenderlo del todo.»⁴ De hecho, Blücher no comprendía la profundidad del dilema de Hannah ni su temor a ser nuevamente manipulada y humillada, esta vez por Martin y Elfride Heidegger, y volver a encontrarse en la misma situación de inferioridad que treinta años antes. Era una desesperación que Blücher, pese a toda su sensibilidad, no podía comprender, tan ajeno a él era el sufrimiento romántico autoinfligido. Aunque desacreditado por el nazismo, Heidegger era un filósofo célebre y, por esa razón, Blücher solicitó a la New School of Social Research que lo invitara a Estados Unidos. Al atribuir a Heidegger la misma necesidad que él mismo tenía de Hannah —una compañera intelectual—, confundió la angustia de ésta con incapacidad para actuar.

Arendt vacilaba entre lo que le dictaba la razón y lo que intuitivamente sabía. Es cierto que quería liberarse del poder de Heidegger, poner fin a la esclavitud, no al vínculo; quería conservar su amistad, y quizá su amor. De pequeña había hecho esfuerzos extraordinarios para ganarse el cariño de su madre fingiendo que los efectos externos de la sífilis no alteraban sus sentimientos por su padre; ahora, para conservar el afecto de Heidegger, estaba dispuesta a fingir que no era una intelectual. La inseguridad y la necesidad de sentirse querida, lo mismo que una vez la habían llevado a regatear su independencia, eran tan reales para la mujer de cincuenta años como para la niña de cinco. Con tal de seguir siendo su confidente estaba dispuesta a ir en contra de su intelecto y de sus logros. Pero sabía que para Heidegger eso no sería suficiente. El quería que ella dependiera de él, igual que en el pasado. Desgarrada por sensaciones contradictorias, Hannah se sentía perdida. «Por alguna razón no puedo cambiarlo.»

Herida por los reproches y la interpretación errónea de Blücher, Arendt cedió y reveló algunos de los hechos más recientes: «En cuanto a Heidegger, querido, no es tan sencillo como lo he resumido. No ir [a verle] es para mí como un acuerdo tácito entre él y yo». Sin embargo, deja traslucir cierta amargura:

«De hecho, desde que fui a Berkeley no he

vuelto a saber nada de él. Como cada año lo felicité por su cumpleaños, desde Grecia, y le di mi dirección. Ni siquiera me escribió para mi cumpleaños. *Tu vois...* [los puntos suspensivos son de Arendt]. Podría dar por descontado que vendría a Alemania, ¿no te parece? Para mí el motivo está clarísimo: por un lado, mi libro y el profesorado (a lo que naturalmente se ha dado gran publicidad en Alemania); por el otro, la situación en Friburgo. No hace falta que vaya allí para que sepa lo que pienso al respecto. Este semestre está dando clases de una hora y probablemente piensa que mi visita sería un estorbo insoportable. Y es probable que así sea. Si está dando clases, queda descartado encontrarnos fuera de Friburgo, aunque ésa sería la única posibilidad. Yo podría superar todo eso y simplemente quedarme allí, ir a Friburgo y punto. Pero ahora mismo no puedo hacerlo porque estoy muy pendiente de mi trabajo y él lo notaría en cinco minutos».

Más que la preocupación por su trabajo, lo que logró contenerla fue la razonable sospecha de que Heidegger detectaría de inmediato la ausencia de total atención por su parte. Arendt terminó la carta pidiéndole a su marido: «De cualquier modo dime lo que piensas».⁵

Esta vez Blücher comprendió. El podía hacer frente a los hechos, no a temores profundamente ocultos que se remontaban a la juventud de su es-

posa. «Si Heidegger no te contestó, entonces tu evaluación de la situación es sin duda correcta y no se puede hacer nada. Qué angustia y qué torpeza.»⁶

Heidegger sabía, por supuesto, que Arendt estaba en Alemania, como cualquiera que leyera los periódicos, y sencillamente no quería encontrarse con ella. El libro de Arendt ocupaba un espacio importante en los escaparates de las librerías, sobre todo en las ciudades universitarias. Sus conferencias atraían a multitudes en todo el país y las entrevistas que concedía eran recogidas ampliamente por la prensa. Hannah Arendt se había convertido en una sensación en Alemania, y no como la hija pródiga, sino como la orgullosa judía (en sus conferencias, entrevistas y apariciones en público ponía mucho cuidado en subrayar que era judía), desafiando a sus compatriotas, al pueblo que la había expulsado de su propio país.

Sin embargo, el motivo de Heidegger para no ver a Arendt puede haber tenido una justificación más profunda y de mayor peso. El concepto principal de *Los orígenes del totalitarismo* era, con toda seguridad, sumamente ofensivo para Heidegger. Para empeorar las cosas, se trataba de la obra de una alumna suya y de una mujer que —al parecer así creía él— seguía dependiendo de él desde el punto de vista intelectual. En su libro Arendt igualaba el nacionalsocialismo, que él admiraba, con el comunismo, que él detestaba, y lo que era aún peor, socavaba el principal argumento defensivo de

Heidegger: al igualar el nacionalsocialismo con el comunismo, Arendt desbarataba la sublime misión de Heidegger, a saber, «salvar a la civilización occidental de los peligros del comunismo».⁷

En ese momento a Arendt debió de parecerle que Heidegger no la necesitaba tanto como ella creía para estabilizarse, para confiarle cosas, ni siquiera como inspiradora de su pensamiento. No hay prueba alguna de que haya aceptado verla en otro lugar que no fuera su casa. Arendt tuvo que reconocer que el firme convencimiento expresado en 1952 —nada «ha cambiado entre nosotros» y «ya no parece posible ningún cambio»— no había soportado la prueba del tiempo.

Elisabeth Blochmann, la vieja amiga de Heidegger, parece haber sido para él, al menos temporalmente, más apropiada que Arendt. Mientras que en su visita a Alemania ésta no perdía oportunidad de hacer hincapié en su condición de judía, Blochmann (medio judía) siempre se había identificado con los alemanes. En 1933, siendo profesora de pedagogía en la Academia de Pedagogía de Halle, había suplicado a Heidegger que utilizara sus influencias para ayudarle a quedarse en Alemania y participar en «el trabajo alemán en cualquiera de sus formas».⁸ En esos mismos días Arendt acosaba a Heidegger por su actitud con los judíos. Al no obtener de éste la respuesta esperada, Blochmann se exilió en Inglaterra; en 1952 regresó a Alemania, obtuvo un puesto de profesora de pe-

dagogía en la Universidad de Marburgo y reanudó su correspondencia con Heidegger. El le envió sus libros de regalo, ella, fotografías. «Elfride me trajo tu entrañable carta», le escribió Heidegger el 2 de noviembre de 1955, justo cuando Arendt esperaba ansiosamente una palabra suya. «Ha sido para mí una alegría muy especial recibir tus dos fotografías.»⁹ Un año antes había confiado a Blochmann sus opiniones sobre Karl Löwith. «Löwith no tiene ni idea de filosofía griega», escribió Heidegger acerca de su antiguo alumno. «Y ni idea [tampoco] de *¿Qué significa pensar?*; tal vez lo odia. Nunca he conocido a nadie que viva tan exclusivamente de resentimiento y de “antis”.» En esa carta Heidegger decía también que en Marburgo Löwith había sido el «marxista más rojo», que una vez había afirmado que *Ser y tiempo* era «teología disfrazada» y otra, «ateísmo puro». Löwith, le dijo Heidegger a Blochmann, era culpable de cosas que él ni siquiera quería mencionar «aunque le ayudé con recomendaciones en Italia y Japón [en los años treinta]».¹⁰

En Elisabeth Blochmann tenía Heidegger una oyente acrítica que no podía y no quería enzarzarse en una discusión, como podría haberlo hecho Arendt. En realidad, la única vez que Blochmann se atrevió a ser franca con él fue poco antes de morir en 1969: «Me siento un poco desorientada al enfrentarme a la cuestión del “pensar”. Por una vez debo decírtelo, querido Martin, aunque te decepcione... Mi manera de ver las cosas de la vida está... tan lejos

de tu punto de vista filosófico que, me temo, tenemos un lenguaje común sólo en un terreno muy limitado, aunque no por ello menos valioso». ¹¹

En 1955 Heidegger había recuperado su antigua autoridad aunque de vez en cuando su pasado político seguía siendo objeto de ataques. Cinco años antes había necesitado que Arendt lo escuchara, lo absolviera y lo ayudara a restaurar su reputación. Ahora parecía no querer que su presencia le recordara aquel encuentro de 1950 ni su penitencia; todo eso pertenecía al pasado, y él no veía razón alguna para revivirlo. Además, la amistad de Arendt con Jaspers seguía molestándole y, con toda seguridad, ya no valía la pena continuar preocupando a su mujer. El comportamiento de Heidegger apenó a Arendt, pero ella también estaba tomando distancias. Serena, le escribió a Blücher: «No pasa mucho [en Alemania] desde el punto de vista intelectual, excepto un renacimiento espectacular de todo lo clásico. Por lo demás, sólo queda Heidegger, aunque esto también es bastante desagradable, en la medida en que la gente considera [la filosofía de Heidegger] un absurdo total o lo imitan del modo más inconcebible. No sé hasta qué punto él mismo lo fomenta. Löwith me ha contado, sin malicia (tiene una fotografía de Heidegger en su estudio) que Heidegger organiza seminarios para profesores en una casa de campo en Todtnauberg, donde, por decirlo de alguna manera, les “machaca” su filosofía». ¹²

La decisión de Arendt de no ver a Heidegger en su viaje a Alemania en 1955 fue un punto decisivo en la relación entre ambos; en un principio ella sólo había querido «dejar crecer la hierba», pero la hierba se volvería maleza y la maleza bosque antes de verlo nuevamente, cuando Arendt tenía sesenta y un años, y Heidegger setenta y ocho.

Durante todos esos años él fue para Arendt una presencia constante en su pensamiento y su obra. Hannah no podía ver en Heidegger sólo al profesor y filósofo, el pasado común seguía vivo, y tuvo que resignarse a la idea de que Elfride Heidegger ocupaba el lugar predominante en la vida de su esposo, un lugar que empequeñecía el suyo y que, como Heidegger le dejó claro, era lo que él quería. Las turbulencias que producían sus visitas hicieron que él descartara todas las demás consideraciones. Heidegger ya no deseaba encontrarse con ella a causa de su mujer, de la fama de Arendt o de la amistad de ésta con Jaspers, o quizás a causa del pasado, tanto reciente como lejano. Ella tampoco

hacía ya ningún esfuerzo por verlo en sus frecuentes viajes a Alemania.

Sin embargo, en el interior de Arendt nada había cambiado. Heidegger podía hacerla sufrir, podía también alegrarla. Tenaz, Hannah se aferraba a la amistad que los unía, y no toleraba ninguna interferencia. Mientras visitaba a Karl Jaspers en octubre de 1956 mantuvo «finalmente una especie de conversación general con Jaspers», según le contó a Blücher, «en la cual me hizo un ultimátum en relación con Heidegger». En efecto, Jaspers le pidió que rompiera su vínculo con Heidegger. «Me puse furiosa y le dije que no iba a aceptar ningún ultimátum.»¹

Por su parte Jaspers había perdido toda esperanza de reconciliarse con Heidegger, y le fastidiaba que Arendt no tuviera en cuenta su relación con éste, prácticamente terminada. Jaspers afirmaba que él en realidad no había decidido no volver a ver a Heidegger después de 1945 —«simplemente ocurrió así»—,² pero en el fondo el asunto era más complicado. Él había iniciado la correspondencia en 1949 (dos cartas escritas en 1942 y 1948 quedaron sin enviar) y a comienzos de 1950 escribió: «Espero, igual que usted, que cuando se presente la ocasión podamos vernos y conversar otra vez».³ Heidegger estaba encantado con la visión de «muchacho soñador» que Jaspers había tenido de él en la época nazi. En su última carta larga a Jaspers —escrita el 8 de abril de 1950, dos meses

después de la primera visita de Arendt— hablaba de cómo había traicionado sus sueños, de todo lo que había padecido, del coraje que había mostrado desafiando al régimen desde su cátedra.* «*Nadie* se arriesgó tanto como yo.»⁴ En esa misma carta Heidegger destacó el papel fundamental de su esposa a la hora de distanciarse del régimen nazi, tal vez para defenderse de lo que Arendt pudiera decir sobre los ofensivos comentarios antisemitas de Elfride, pues Heidegger sospechaba que se los había mencionado a Jaspers. Tan ansioso estaba al menos de «estrecharle nuevamente la mano» a Jaspers que se ofreció para ir a esperarlo a la estación en caso de que viajara a Heidelberg.⁵

Jaspers tardó dos años en contestar esa carta, repleta de justificaciones hechas en interés propio, de medias verdades y de cosas «que no siempre se corresponden con mis recuerdos», escribió Jaspers en su respuesta. Sin embargo, fue el comentario de Heidegger sobre Stalin —«Stalin no tiene que volver a declarar una guerra. Ahora gana una batalla cada día, aunque nadie lo ve. No tenemos escapatoria»— lo que desató la ira de Jaspers. «Leer algo así me espanta», escribió. ¿Acaso no veía Heidegger que Alemania había allanado el camino a la victoria de Stalin? ¿No comprendía que una filo-

* En su carta del 4 de noviembre de 1945 al rector de la Universidad de Friburgo, escribió: «No veo ningún mérito especial en mi resistencia espiritual durante los últimos once años». Heidegger, «An das Akademische Rektorat...». Véase también: R. Wolin (ed.), *Heidegger Controversy*, pág. 66.

sofía que conducía a la «visión monstruosa» de aún más destrucción abonaba el terreno a otra victoria del totalitarismo, igual que «la filosofía... antes de 1933 abonó el terreno para la aceptación de Hitler?» En «el espléndido libro de Hannah» [*Los orígenes del totalitarismo*] se analizan estas cuestiones, añadía Jaspers, para poner de manifiesto la distancia que separaba el punto de vista de Heidegger y el de su alumna, y subrayar así la afinidad entre el suyo propio y el de Arendt.⁶

Sin embargo, cuando en 1953 Heidegger felicitó a Jaspers con ocasión de su septuagésimo cumpleaños y le pidió que «aceptara los saludos de un caminante», Jaspers volvió a serenarse⁷ y se compadeció de Heidegger, quien, como la carta dejaba ver, se sentía «completamente solo». Con no disimulada nostalgia escribió: «Le veo ante mí como si fuera ahora, cuando venía a menudo a verme, a vernos, desde 1920... Veo sus gestos, su mirada, oigo su voz». El tono de la carta de Heidegger despertó nuevamente una esperanza de «lo que aún podría ser posible entre nosotros».⁸

Pero la reconciliación no fue posible. Aunque el muchacho soñador (*der träumende Knabe*) aún ejercía atracción sobre Jaspers, aunque éste pidió personalmente que se levantara la prohibición que pesaba sobre la actividad docente de aquél y seguía escribiendo cartas que no le enviaba, sabía, como revelan sus notas, que Heidegger nunca se apartó de la ideología nazi y que no se podía confiar en

él. Las notas que para sí mismo escribió sobre Heidegger casi hasta el final de su vida (publicadas con el título *Notizen zu Martin Heidegger*, Hans Saner, ed., 1978) muestran a un hombre escindido entre el deseo de volver a estar junto a Heidegger y la abrumadora necesidad de permanecer fiel a sus principios. Según Saner, Jaspers esperó veinte años a que Heidegger renunciara públicamente al fascismo, y sólo después de que Hannah Arendt le dijera que Heidegger se declararía inocente hasta el día de su muerte abandonó Jaspers la idea de reconciliación.⁹ Para Heidegger, mostrar al mundo que un hombre de la integridad de Jaspers creía en la verdad de su «error» y que lo había absuelto de toda culpa era más bien una cuestión pragmática que redundaba en su beneficio; poder presentar a Jaspers como amigo habría sido su máxima victoria y habría eliminado, o al menos sensiblemente debilitado, los ataques contra su persona.

Las desavenencias con Heidegger serían permanentes. «Recuerdo haber mantenido muchas conversaciones con Jaspers [sobre Heidegger] hasta sus últimos meses de vida», recuerda su discípulo y amigo Hans Saner.¹⁰ Cuando en 1961 tuvo que leer las pruebas de imprenta del «importante y hermoso» libro de Heidegger sobre Nietzsche, publicado por su amigo, el editor norteamericano Kurt Wolff, Arendt no se lo mencionó a Jaspers por miedo a molestar al anciano y enfermo profesor.¹¹

En 1958 Jaspers cumplió setenta y cinco años.

Su libro *La bomba atómica y el futuro de la humanidad* le valió el Premio de la Paz concedido por la Asociación de Libreros Alemanes, que se entregó en una gran ceremonia celebrada en la iglesia de San Pablo en Frankfurt. Con gran sorpresa y alegría, aunque también con desconcierto, Arendt recibió la invitación a pronunciar el discurso la noche de entrega del premio, pero dudaba de la conveniencia de que un amigo, en este caso una mujer, judía y no alemana, pronunciara el discurso laudatorio y, como confesó a Blücher, estaba asustada. Sin embargo, su principal preocupación era Heidegger. «No puedo decírselo a Jaspers», le escribió a Blücher; sentía aprehensión a verse «forzada» a hacer una inequívoca declaración pública que probablemente se interpretaría como un acto de solidaridad con Jaspers y un repudio de Heidegger. No obstante, se consolaba pensando: «Puedo hablar y decir lo que me dé la gana».¹²

Cuando al año siguiente Heidegger cumplió setenta años, Arendt le envió felicitaciones desde Basilea, en su nombre y en el de Blücher. En un breve acuse de recibo remitido a Nueva York, Heidegger incluyó saludos de su esposa y señaló que no había querido enviar esa nota a Basilea. Sabía, por supuesto, que Arendt se encontraba visitando a Jaspers, y no perdía oportunidad de hacerle saber que él no apreciaba esa división de su lealtad. Arendt se colocaba entre dos hombres que se odiaban y se

admiraban mutuamente, cada uno de los cuales reclamaba un derecho sobre ella, ofendidos por el hecho de que sólo ella fuera capaz de mantener la continuidad de la amistad con Heidegger y con Jaspers.

La condición humana, publicada en Estados Unidos en 1958, es una obra que se desarrolló a partir de las ideas de Arendt sobre la actividad política del hombre: acción y lenguaje en oposición a obra y trabajo. En 1960 apareció la traducción alemana con el título *Vita activa*. En una breve carta del 28 de octubre de 1960, Arendt le comunicó a Heidegger que había pedido a su editor que le enviara un ejemplar. «Verás», le escribió, «que no lleva dedicatoria. Si las relaciones entre nosotros no se hubieran complicado —y digo *entre*, no tú o yo— te habría preguntado si podía dedicártelo; el libro es una consecuencia de los primeros días en Marburgo,* y te lo debe casi todo a ti, en todos los aspectos. Tal como están las cosas me pareció imposible, pero al menos quería decírtelo de alguna manera y no ocultarte nada.»

En una hoja suelta Arendt escribió unos versos que nunca le envió:

* En la carta original Arendt escribió «Friburgo», un lapsus muy revelador que la autora se ha permitido corregir.

RE VITA ACTIVA

*Die Widmung dieses Buches ist ausgespart.
Wie soll ich es Dir widmen,
dem Vertrauten,
dem ich Treue gehalten habe
und nicht gehalten habe,
Und beides in Liebe.*¹³*

Muy probablemente ésta fue (excepto algunas líneas de felicitaciones para su cumpleaños u otras ocasiones) la primera carta de Arendt después de seis años de silencio. Triste pero sincera, provocó la ira de Heidegger.

En el verano de 1961, después de asistir al juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén en calidad de corresponsal de *The New Yorker*, Arendt viajó a Suiza a visitar a los Jaspers, y de allí prosiguió viaje a Alemania. En Heidelberg discutió sobre el juicio con estudiantes y profesores de la universidad y más tarde se dirigió a Friburgo. Quizás esperaba que después de recibir la nota en que, en tono de confesión, le recordaba los días de Marburgo y rendía homenaje a su mentor, Heidegger, reconociendo el dolor que aún la destrozaba, se alegrara de verla, y tal vez incluso esperara ansioso el momento de recibir a la vieja y fiel amiga.

* Queda este libro sin dedicatoria. / Cómo debería dedicártelo, / amigo del alma, / al que he permanecido fiel / e infiel, / y siempre enamorada. (N. del T.)

«Le había dicho a Heidegger... dónde podía encontrarme», le escribió Arendt a Jaspers. «No se puso en contacto conmigo, lo que no me sorprendió en absoluto, puesto que yo ni siquiera sabía si estaba en la ciudad.» Fue entonces cuando un profesor de derecho de la Universidad de Friburgo, Joseph H. Kaiser, la invitó a su mansión «extravagante y lujosa», que, como Arendt pudo descubrir, Kaiser compartía con un amante masculino. A petición de Arendt invitó también a Eugen Fink, profesor de filosofía y colega de Husserl y Heidegger, a quien Arendt conocía desde sus años de estudiante universitaria. Fink «rechazó la invitación “con brusquedad”; no tiene ganas de verme; en realidad ha querido decirme que fue Heidegger quien le prohibió aceptarla. ¿Por qué? No tengo idea... Hace un año Heidegger me envió sus últimas publicaciones con una dedicatoria. En respuesta le envié *Vita activa. C'est tout*».¹⁴

Si de verdad eso era todo, Heidegger bien podría no haber evitado encontrarse con ella ni haber ordenado a Fink que rechazara la invitación. El hecho de que Arendt no le dedicara el libro, y la explicación que le dio, fueron para él un acto de arrogancia, casi una acusación o, peor aún, una decisión que Arendt tomó por su cuenta aunque los afectara a ambos. Nada así había ocurrido antes. Furioso, la castigó de modo terminante y público por atreverse a pensar y actuar como una persona independiente.

Tres meses más tarde, después de que Blücher se recuperara de una grave enfermedad provocada por un aneurisma congénito, Arendt le escribió a Jaspers: «Heidegger, sí, es una historia de lo más fastidiosa. No tiene nada que ver con el discurso [como Jaspers había sugerido entretanto], puesto que tuve contactos con él después de eso. Tampoco creo que su esposa tenga algo que ver... Sé que le resulta insoportable que mi nombre aparezca en público, que escriba libros, etcétera. Siempre le he estado virtualmente mintiendo sobre mí, fingiendo que los libros y el nombre no existían y de que yo no sabía, por así decirlo, ni contar hasta tres, salvo en lo que respecta a la interpretación de sus obras. En ese caso sí que le gusta que yo sepa contar hasta tres, y a veces hasta cuatro. Pero de repente yo me empiezo a aburrir del engaño y recibo un puñetazo en la nariz. Por un tiempo estuve totalmente furiosa, pero ya no lo estoy. Por el contrario, pienso que en cierta forma me lo merecía, tanto por haberle engañado como por haber interrumpido el juego de golpe».¹⁵ No le mencionó, naturalmente, la carta que había escrito a Heidegger en octubre, la auténtica razón de todo el lío, como ella bien sabía. Pero le explicó lo esencial: que había decidido contarle a Heidegger la verdad desnuda, que ya no estaba dispuesta a seguir jugando con las reglas que él establecía.

Jaspers se quedó atónito, y no sin motivo. Al no estar enterado de la existencia de la carta de

Arendt a Heidegger en relación con la dedicatoria, lo único que podía hacer era tantear en la oscuridad. Heidegger «debe de haber sabido de tus libros desde hace tiempo... Lo único nuevo es que éste [*Vita activa*] lo ha recibido directamente de ti. ¡Hay que ver cómo ha reaccionado!».¹⁶

Heidegger no sólo estaba al corriente de los libros, sino que los tenía en su biblioteca; no dejó de comunicar a Arendt que a su esposa le gustaban, aunque él no tenía suficientes conocimientos de inglés para leerlos. En sus cartas no hay indicio alguno de que leyera las versiones alemanas. En consecuencia, sabía que Arendt podía contar hasta tres e incluso hasta cuatro. El acto de independencia de Arendt fue una señal visible de que estaba escapando de su control, y de que su vida, plena y llena de realizaciones, privaba a Heidegger de una discípula que lo admiraba. Tal vez podía volver a controlarla si conseguía hacerle sentar cabeza. Heidegger nunca conoció a la Hannah que le había sido «fiel e infiel, y siempre enamorada».

Cinco años después de este incidente, en 1966, Jaspers le reveló a Arendt algunos hechos sobre Heidegger que le había ocultado veinte años antes. En febrero de 1966 *Der Spiegel* publicó un artículo crítico sobre el pasado nazi de Heidegger y su antisemitismo. Arendt le pidió a Jaspers su opinión. «No me gustó nada», le escribió ella. «Deberían dejarlo en paz.»¹⁷ Jaspers, que para entonces tenía ya ochenta y tres años, replicó:

«No creo que sea conveniente “dejarlo en paz”. Heidegger es una presencia poderosa, y todo el que busca una excusa para su pasado nazi necesita asirse a él... La afirmación de que Heidegger dejó de venir a vernos porque Gertrud es judía es un puro invento... Ese no fue el verdadero motivo. Ciertamente que en su última visita, en mayo de 1933, la trató de un modo excepcionalmente grosero. Se marchó sin apenas despedirse de ella, y eso porque Gertrud, como es su costumbre, había dicho abiertamente lo que pensaba, mientras que yo me había expresado con cautela, de un modo indirecto y con gran desconfianza. Nunca he olvidado lo poco cortés que se portó con Gertrud en aquella ocasión... Creo que las razones que alegó después de 1945, a saber, que tenía vergüenza [de venir a casa], son una excusa... Antes de que yo cumpliera sesenta años, nuestro amigo [Friedrich] Oehlkers, profesor de botánica en Friburgo, le dijo a Heidegger que se acercaba mi cumpleaños y le preguntó si deseaba felicitarme. Heidegger le habló de mí muy emocionado y dijo que sí, por supuesto. Pero no lo hizo. Como tampoco dijo nada cuando me quitaron el puesto en 1937... Es natural que yo tenga una visión diferente de lo que él objetivamente hizo. Cómo se comportó él, que nunca fue antisemita, con los judíos: algunas veces estupidamente, cuando quería proteger a alguien como a su ayudante, Werner Brock (lo mismo hicieron

casi todos los viejos nazis, por cierto), y a veces, como en su carta oficial a Gotinga en relación con el judío Fränkel, empleó exactamente el mismo lenguaje de los nazis... Su comportamiento con Husserl fue otro caso de obediencia a los nazis... Acabo de leer la respuesta de Heidegger en *Der Spiegel*. Me pareció irritante y mediocre». ¹⁸

Como muestra, una vez más, del indestructible vínculo que la unía a Heidegger, Arendt se negó a aceptar las acusaciones de Jaspers. Más bien alimentaron su indignación contra los críticos del filósofo y la impulsaron nuevamente a defenderlo. «Tú mismo has dicho que el antisemitismo [de Heidegger] no tuvo ninguna importancia. Pero los ataques contra él vienen directamente de ese lado y no de otro.» Sospechaba, añadió, «aunque no puedo demostrarlo», que los «maquinadores» eran miembros del círculo Adorno-Horkheimer de Frankfurt. Theodor W. Adorno, «medio judío y una de las personas más repugnantes que conozco»,* o Max Horkheimer o gente instigada por ellos, eran perfectamente capaces, afirmaba Arendt, de destruir a Heidegger. «Durante años en Alemania se ha acusado (o se ha amenazado con acusar) de antisemitismo a cualquiera que se les oponga.» ¹⁹

En lo que atañe a los secretos tanto tiempo do-

* Al referirse a Adorno, Arendt siempre empleaba su auténtico apellido, Wiesengrund, para resaltar el empeño de aquél por ocultar su ascendencia judía. Adorno era el apellido de soltera de su madre.

lorosamente guardados por Jaspers respecto al desagradable comportamiento de Heidegger con Gertrud Jaspers, sobre sus observaciones acerca del «judío Fränkel» y su actitud servil con los nazis, Arendt los hizo a un lado con una sola frase: «Nadie tiene la menor idea de las cosas que has dicho».²⁰ De esas palabras cabe inferir que, si Jaspers continuaba absteniéndose de hacer pública la verdad, la reputación de Heidegger dejaría de estar amenazada; al parecer Jaspers dejó de sostener las acusaciones. Algunas de las pruebas quedaron ocultas porque los dos mejores amigos de Heidegger cooperaron para mantenerlas en secreto. Sin embargo, como dijo Faulkner, el pasado nunca muere. Ni siquiera es pasado.

En 1966 Hannah Arendt cumplió sesenta años. Tras años de silencio Heidegger le escribió una larga carta —en la que, no obstante, pasó por alto el prestigioso Premio Lessing otorgado a Arendt en 1959—, una señal de que ya había olvidado el pasado. En esa carta le informaba de que él y Elfride habían hecho tres agradables viajes a Grecia, algo tardíos si se tiene en cuenta el papel que la antigua Grecia y sus filósofos desempeñaron en la obra de Heidegger. Pero a él no le gustaba viajar al extranjero; se sentía a sus anchas en la *Hütte* (cabaña) de Todtnauberg, donde durante años no hubo electricidad y el agua se sacaba de un pozo. Junto con la carta le envió a Arendt una fotografía del paisaje que veía desde su estudio de la cabaña, felicitaciones de cumpleaños y un poema de Hölderlin titulado «Otoño».

Sí, era otoño. Heidegger tenía setenta y siete años, Elfride, setenta y tres. Karl Jaspers, atormentado por diversas enfermedades y por la sordera, moriría al cabo de tres años a la edad de ochenta y seis, sin haberse reconciliado con Hei-

degger. El tiempo del *Sturm und Drang* había pasado.

La carta de Heidegger fue para Arendt «la alegría más grande» en muchos años, le respondió a los pocos días de recibirla.¹ En el dorso del borrador de su carta de agradecimiento, acompañada de una cita de Goethe —el mundo interior de ambos se resistía a cualquier cambio—, Arendt enumeraba las publicaciones de Heidegger que debían incluirse en sus obras completas, una empresa que ella había planificado durante muchos años, tratando de obtener el consentimiento del vacilante Heidegger. A él no le interesaba transitar ese camino tan trillado y ver las «Heideggeriana», como sarcásticamente llamaba a sus obras, publicadas en una colección completa. Además, la selección presentaba otro problema: él se negaba a retractarse abiertamente de su pasado, y tampoco quería que se publicaran los artículos, discursos y declaraciones que pudieran resultar comprometedores.

Un año más tarde, en 1967, Arendt hizo una visita a los Heidegger, la primera desde 1952, a la que siguieron varias cálidas y animadas cartas de Heidegger y la publicación, en 1960, de su libro *El origen de la obra de arte*, con una dedicatoria: «A Hannah, como recuerdo de nuestro reencuentro, Martin, Frg., 27 de julio de 1967».² Después de su encuentro en 1950 Heidegger le envió a Arendt cinco libros suyos, todos con una emotiva dedicatoria, y aunque después le envió también mu-

chos libros más (remitidos a veces directamente por el editor, sin dedicatoria), éste [*El origen de la obra de arte*] sirvió para quebrar un prolongado silencio. Para ella tuvo un significado especial: aunque algo tarde en la vida de ambos, Arendt había hecho todo lo posible para iniciar el proceso de curación, y no fue en vano. Probablemente no podía soportar la idea de que Heidegger muriera y entre ellos las cosas siguieran «complicadas». Arendt sabía que esa curación sería imposible si no hacía las paces con Elfride Heidegger y, en consecuencia, le tendió la mano, convinieron ambas en llamarse por su nombre de pila —un signo de auténtica intimidad— y así desapareció, en cierto modo, el primer obstáculo con que tropezó Arendt en su vida, a los dieciocho años. Fue un generoso acto de amistad con Heidegger, propio del profundo e inquebrantable significado que para Arendt tenía la palabra *amigo*, y también una manera de admitir que sus sentimientos por él permanecían intactos. Sabía que Heidegger estaba cada vez más decaído, y que eran esos los momentos en que la necesitaba. Los dos poemas que él le escribió hacia finales de ese año llevaban el significativo título «En la oscuridad» y «Canción crepuscular», respectivamente.

Un año después Arendt se ocupó de revisar la traducción inglesa de *¿Qué significa pensar?* Heidegger le escribió, reconociendo agradecido que su ayuda en la traducción era un acto de amistad, y añadió que nadie mejor que ella entendía su pen-

samiento. Es cierto que ella ya le había oído decirse de diferentes maneras, pero cada vez que él lo hacía, sentía que le confirmaba el íntimo vínculo que los unía. Aunque de prisa, Heidegger leyó el artículo de Arendt sobre Walter Benjamin, y mereció su elogio, al parecer el primero y el último.

El año siguiente Arendt volvió a visitar a los Heidegger, y en agosto de 1969 lo hizo acompañada de su marido. Heidegger quiso celebrar esta ocasión excepcional con un regalo especial, un librito escrito por Fritz Heidegger con el que Messkirch, su ciudad natal, conmemoraba el octogésimo aniversario del nacimiento de su hijo más célebre. Heidegger le puso esta dedicatoria: «Para Hannah y Heinrich, de Martin y Elfride».³ El círculo se había cerrado.

Las dos parejas planearon una nueva visita para el año siguiente, pero Blücher murió en octubre de 1970.

En abril de 1969 Elfride Heidegger le había escrito a Arendt pidiéndole ayuda. La mala salud de su marido los forzaba a vender la casa grande de Friburgo para poder construir una más pequeña, de una sola planta, y habían calculado el coste en unos ochenta mil o cien mil marcos. Puesto que no disponían de esa cantidad, decidieron vender el manuscrito de *Ser y tiempo*. Ninguno de los dos entendía nada de dinero, le decía Elfride en la carta, ni tampoco tenían idea del valor del manuscrito ni

de dónde venderlo.* Heidegger le pidió a su mujer que al final de la carta añadiera que, en caso necesario, podían vender también el manuscrito de las conferencias sobre Nietzsche. Elfride Heidegger hacía hincapié en que era indispensable tratar el asunto con la mayor discreción.

Arendt les respondió a los cinco días: ella no entendía nada de lo relativo a la compra o venta de manuscritos pero no tenía duda de que el manuscrito de *Ser y tiempo* era de gran valor y de que dicho valor aumentaría con el tiempo. Creía, por lo tanto, que lo conveniente era ofrecerlo a coleccionistas y no a instituciones oficiales, y les aconsejaba que para obtener información fiable se dirigieran a la respetable casa de subastas J.A. Stargardt de Marburgo. Lamentablemente en ese caso había que descartar la discreción, pues Stargardt enviaba catálogos a clientes de todo el mundo. Sin embargo, era posible encontrar un intermediario. Arendt se ofreció a hablar con algunas personas de su confianza, entre ellas el director de la sección de manuscritos de la Biblioteca del Congreso. No obstante, Arendt les aconsejaba que intentaran al máximo que el manuscrito no saliera de Alemania.

* La correspondencia entre Jaspers y Heidegger demuestra lo contrario; ni siquiera la conversión de moneda extranjera en marcos alemanes, asunto del que Heidegger tuvo que ocuparse cuando en 1924 recibió una oferta de empleo de Japón, presentaba dificultades para él. Véase: Biemel y Saner, *Heidegger/Jaspers Briefwechsel*, pág. 48.

A los tres días llegó la respuesta de Elfride. Una subasta no les parecía la vía más adecuada, le escribió; antes bien, preferían que el comprador fuera una fundación o una biblioteca como la del Congreso. ¿Podía Arendt, si no era demasiada molestia, hacerles el favor de preguntar al experto bibliotecario que ella había mencionado cuánto dinero se podía sacar por el manuscrito? Elfride pensaba que no era necesario que volvieran a escribirse a la vista de la próxima visita de los Blücher en agosto, cuando podrían conversar sobre el asunto en privado.

Pese a ello, Arendt le envió el 17 de agosto una exhaustiva carta de dos páginas a un solo espacio con un resumen de la información que había obtenido del bibliotecario, información que quería transmitirles cuanto antes, mientras aún la tenía fresca en la memoria. Según el experto, el lugar más idóneo para alojar el valioso manuscrito era el Schiller Literaturarchiv de Marbach am Neckar, que disponía de cuantiosos fondos; en segundo lugar sugería la Biblioteca Nacional de París, conocida por su extensa colección de manuscritos alemanes, y, en Estados Unidos, la Universidad de Yale (famosa por sus colecciones alemanas, incluida la de Rilke) o las universidades de Princeton o Harvard. El precio más alto lo pagaría probablemente la Universidad de Tejas, muy interesada en ampliar su biblioteca. Finalmente, señalaba el experto, la Biblioteca del Congreso compraba sólo

obras norteamericanas. Arendt a su vez les recordó la primera sugerencia, en el sentido de que se dirigieran a la casa de subastas Stargardt, que también actuaba como agente. Otra posibilidad, les decía, era el profesor Köster, merecedor de toda su confianza, de la Deutsche Bibliothek de Frankfurt y sucesor del profesor Eppelsheimer, quien le había prestado una gran ayuda cuando en 1949 viajó a Alemania con la misión de identificar el patrimonio cultural judío «abandonado» o «sin dueño» (*herrenlos*). Añadió también que no había obtenido ninguna respuesta segura en cuanto al posible valor del manuscrito: algunas cartas de Einstein de muy poco interés se habían vendido por cinco mil libras en Sotheby's, Londres; los escritos de Gerhard Hauptmann se habían vendido por más de dos millones y medio de marcos en Berlín. El bibliotecario consultado calculaba que el manuscrito de *Ser y tiempo* podía llegar a venderse por entre setenta mil y cien mil marcos como mínimo.⁴

La correspondencia relativa a la venta del manuscrito de Heidegger parece encerrar más cosas de las que se dejan ver a primera vista. ¿A quién se dirigen los Heidegger cuando tienen problemas de dinero? A una judía, a alguien que, por su ascendencia, suponen versada en cuestiones pecuniarias. Se podría atribuir a la mala salud de Heidegger su incapacidad para llevar sus cuentas en orden si no fuera por el hecho de que más tarde, hallándose aún en peor estado, consiguió una jugosa suma por

todos sus manuscritos, vendidos finalmente al Schiller Literaturarchiv de Marbach am Neckar.

Arendt supo desde el primer momento lo que había que hacer. ¿Por qué no vender el manuscrito en Alemania, ya que era la obra de un filósofo alemán? ¿Qué buen alemán privaría al país de un manuscrito de incalculable valor sólo por no pagar unos dólares más? Cuando Arendt les sugirió que lo ofrecieran al Schiller Literaturarchiv o al National Archiv de Frankfurt, Elfride Heidegger rechazó la idea, alegando que los alemanes no estarían dispuestos a pagar tanto como los norteamericanos.

Arendt estaba dispuesta a cualquier cosa que pudiera ayudar a Martin Heidegger, que ahora, al final de su vida, volvía a necesitarla por razones menos sublimes que la afinidad espiritual. Sin embargo, le irritó que él y su esposa le impusieran esa función, sospechando tal vez que Elfride era el cerebro oculto del plan. De compra y venta de manuscritos ella sabía tan poco como ellos, les había dicho, y por eso dio tanta importancia a los consejos de un profesional, limitándose a transmitirles los resultados. Heidegger —con su eterno desprecio por Estados Unidos y su ídolo, el dinero— era un socio algo extraño en ese negocio, y no reparaba en aceptar dólares ni al parecer le importaba dejar a su país sin un tesoro nacional.

Los contradictorios sentimientos de Arendt al verse comprometida en esa operación comercial se ponen de manifiesto también en su alusión al pri-

mer viaje que realizó a Alemania para recuperar las obras hebreas y judías robadas por los alemanes; para referirse al patrimonio judío empleó el término *herrenlos*, el mismo eufemismo inventado por los nazis para enmascarar el saqueo.⁵ ¿Acaso era una manera de recordarle a Elfride Heidegger que Hannah Arendt no había olvidado el pasado? Quizá...

Nueve días después de la muerte de Heinrich Blücher en 1970, Martin y Elfride Heidegger le expresaron a Arendt sus condolencias, en una carta acompañada de un poema escrito por Heidegger, titulado «Tiempo». En el verano de 1971 Arendt los visitó en Friburgo, lugar al que viajaría regularmente cada año el resto de su vida. Elfride Heidegger organizaba esas visitas, fijando el mes, el día y la hora. La salud de Heidegger seguía empeorando, pero la presencia de Arendt podía a veces suavizar sus depresiones. En 1973, Walter Biemel, un discípulo del anciano filósofo, le pidió a Arendt que escribiera a Heidegger, ya que éste temía que Hannah le guardara rencor, puesto que no le había enviado ninguna nota antes de marcharse de Alemania. Los días que Arendt tenía previsto visitarlo, Heidegger se encontraba en casa de su hermano en Messkirch y, según le hizo saber Biemel a Arendt, le sentó muy mal no poder verla. Heidegger no veía prácticamente a nadie, pues sus contactos con el mundo los regulaba la señora Heidegger, que en principio no permitía las visitas. Aunque es posi-

ble, como creía Biemel, que tal restricción fuese necesaria dada su mala salud, le hacía la soledad menos soportable.

Elfride Heidegger cumplió ochenta años en 1973, y no cabe duda de que no le era fácil atender a las necesidades de su marido. Heidegger se quejó a Arendt de que todas las visitas que recibía terminaban por agotarle; necesitaba decidir a quién deseaba ver y a quién no, y encontrar un equilibrio para no pasar de demasiadas visitas a ninguna, aunque es probable que fuera imposible establecer reglas de ninguna clase ya que su salud y su ánimo cambiaban de un día para otro. No obstante, estaba ansioso por ver a Arendt, e incluso quería que fuese a verlo dos veces al año, al comenzar y al finalizar su viaje por Europa.

Heidegger impartió su último seminario en otoño de 1973. La preparación, que le llevó todo agosto y los primeros días de septiembre, y las clases —de dos a dos horas y media tres veces por semana— fueron tan agotadoras que tuvo que cancelar la visita de Arendt, a quien le escribió seguro de que comprendería que se veía obligado a hacerlo aun en contra de su voluntad. Esperaba, le decía, que fuera a visitarlo a principios del año siguiente, momento en que tendría la oportunidad de compartir con ella algunas nuevas ideas sobre Parménides que no se le habían ocurrido hasta el momento de impartir el último seminario. Pensar seguía siendo para él una fuente de placer.

En sus últimos años las cartas de Heidegger a Arendt se volvieron cálidas y tiernas. Escritas en una prosa sencilla pero elegante, reflejaban el ánimo de un hombre sereno, aunque no aplacado, de un Heidegger que había dejado atrás sus batallas pero no sus armas, y pocas veces dejaban traslucir la antigua mezcla de perfidia y sentimentalismo, como cuando mencionaba un regalo de cumpleaños (las obras completas de Goethe) que su esposa le había hecho en 1917, mucho antes de conocer a Hannah Arendt. Aún tenía el poder de hierirla. Las cartas relativas a los derechos de autor —Heidegger controlaba con mano férrea sus finanzas—, a los contratos y a las obligaciones de su editor eran meticulosas, escritas en el tono propio del comercio, y planteaban nuevas demandas a Arendt. Sin embargo, por primera vez Heidegger comenzó a interesarse de verdad por la vida de Hannah, por su obra e incluso por sus logros. Aunque había pasado por alto la concesión del Premio Lessing, se arrepentía ahora de no haber leído los artículos sobre la ceremonia en la que en 1975 se entregó a Arendt en Copenhague el codiciado Premio Sonning concedido a quienes han hecho una importante contribución a la cultura europea. Y la invitaba, aunque tardíamente, a celebrarlo en su próxima visita con un vaso de buen vino. Heidegger estaba enterado en detalle de lo que ella enseñaba (había leído los programas que Arendt le había enviado), de lo que leía, de cómo avanzaba su

trabajo, de sus horarios. En los dos últimos años habían comenzado a compartir, como nunca antes, pensamientos sobre la vida y sobre sus propias vidas. Le aconsejaba —igual que Blücher— que hiciera un alto en Basilea para descansar antes de continuar viaje. Le gustaba que Arendt leyera a Goethe, y le irritaba que tan poca gente lo hiciera. ¿Era posible aún salvar el pensamiento de Goethe? Pero, ¿para quién?

Durante todo el año de 1971 Arendt le escribió extensas cartas; se hallaba trabajando en *La vida de la mente*, publicada tras su muerte, y en sus cartas le hacía preguntas sobre el pensamiento, la voluntad y el juicio. El año siguiente volvió a abordar la cuestión del mal. La traducción inglesa de las obras de Heidegger, los derechos de autor, los editores y la edición de las obras completas eran temas en los que pensaba continuamente. Sólo en 1974 accedió Heidegger a la publicación de sus obras completas, que debía hacerse de total acuerdo con sus instrucciones. Desde la casa de Mary McCarthy en Castine, Maine, donde fue a pasar las primeras vacaciones de verano tras la muerte de su esposo, Arendt insistió en que publicara una colección de sus ensayos con el título de *Reflexiones*, título que no fue del agrado de Heidegger. Arendt trató de convencerlo de que «al margen de todo lo personal, y haciendo caso omiso del curso que tomó más tarde, tu larga amistad con Jaspers pertenece a la historia de la filosofía alemana de nuestro siglo».¹

Para entonces ya estaba terminada la pequeña casa construida con el dinero obtenido con la venta del manuscrito al Schiller Literaturarchiv y, para alivio de Arendt, los Heidegger finalmente se mudaron. Para celebrar la ocasión les envió un ramo de flores. Arendt y Heidegger trataban de darse mutuamente algunas alegrías: Arendt le envió *Hope Against Hope*, de Nadezhda Mandelstam, y *Billy Budd*, de Melville. Heidegger le aconsejaba que leyera algunos libros, le regalaba poemas y flores, y con generosidad le aconsejaba también sobre su trabajo. Ahora, las cartas eran para los dos una fuente de consuelo. Heidegger estaba preocupado por la fatiga y la tristeza de Hannah, dos estados que él conocía muy bien. Sin embargo, no podía hacer mucho para animarla. La correspondencia de ese año está impregnada de un tono de resignación.

«Nadie da las clases como tú, ni nadie lo ha hecho antes», le escribió Arendt en 1974, recordando las clases a las que había asistido medio siglo antes, los días en que como alumna se había sentado en su aula.² Al año siguiente Arendt pasó varios meses en el archivo de Marbach consultando el legado de Jaspers, y a Heidegger le decepcionó profundamente que una vez más se marchara de Alemania sin volver a verle.

En su última carta a Heidegger, escrita el 27 de julio de 1975 en Tegna, Suiza, donde estaba pasando sus vacaciones, Hannah Arendt le prometió

ir a Friburgo en agosto. En su última carta a Arendt, escrita el 30 de julio, Heidegger le expresó la alegría que para él significaba volver a verla pronto. La visita de Hannah estaba prevista para el 12 o el 15 de agosto y, como era habitual, se iba a quedar a cenar. Arendt lo visitó puntualmente a mediados de ese mes.

Hannah murió el 14 de diciembre de 1975. Martin Heidegger le sobrevivió cinco meses; murió el 28 de mayo de 1976.

En las notas se han empleado las siguientes abreviaturas:

- A Hannah Arendt
- B Heinrich Blücher
- H Martin Heidegger
- LC Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.
- ALT Hannah Arendt Literary Trust

La correspondencia entre Hannah Arendt y Heinrich Blücher se ha utilizado con permiso del Hannah Arendt Literary Trust; se halla depositada en la Biblioteca del Congreso. Las cartas de Hannah Arendt a Martin y Elfride Heidegger se han utilizado con permiso del Hannah Arendt Literary Trust. Las cartas de Martin Heidegger a Hannah Arendt se han consultado con permiso del Hannah Arendt Literary Trust.

Introducción

1. A a H, 28 de octubre de 1960, no enviada, ALT.
2. A a B, agosto de 1945, LC.
3. Kohler, Lotte y Saner, Hans (eds.), *Hannah Arendt/Karl Jaspers. Briefwechsel 1926-1969*, Munich, Piper, 1985, págs. 233-237.
4. A a H, 8 de mayo de 1954, ALT.
5. A a H, 26 de julio de 1974, ALT.
6. A a B, 8 de febrero de 1950, LC.

Uno

1. Entrevista a Hugo Ott, Friburgo, Alemania, 1 de agosto de 1991.
2. *New York Review of Books*, 21 de octubre de 1971. Publicado por primera vez en la revista alemana *Merkur* (1969), cuando Heidegger cumplió ochenta años.
3. Löwith, Karl, *Mein Leben in Deutschland vor und nach 1933*, Stuttgart, Metzler, 1986, págs. 42-43. [Traducción española: *Mi vida en Alemania antes y después de 1933*, Madrid, Visor, 1993.]
4. Heidegger, Fritz, «Martin Heidegger zum 80 Geburtstag von seiner Heimatsstadt Messkirch», Frankfurt, Klosterman, 1969, pág. 60.
5. Biemel, Walter y Saner, Hans (eds.), *Martin Heidegger/Karl Jaspers Briefwechsel 1920-1963* (Frankfurt, Klosterman, Munich, Piper, 1990), página 46.

Dos

1. Entrevista a Käte Fürst, Ramat Hasharon, Israel, 13 de enero de 1990.
2. A a H, 9 de febrero de 1950, ALT.
3. A a H, 28 de octubre de 1960, ALT.
4. Ott, Hugo, *Martin Heidegger, Unterwegs zu seiner Biographie*, Frankfurt/Nueva York, Campus Verlag, 1988, pág. 183. [Traducción española: *Martin Heidegger*, Madrid, Alianza, 1992.]

Tres

1. Carta de Melvyn Hill a la autora, 3 de marzo de 1993.
2. A a B, 18 de septiembre de 1937, LC.
3. Entrevista a Käte Fürst, Ramat Hasharon, Israel, 13 de enero de 1990.
4. A a B, 8 de febrero de 1950, LC.
5. Hannah Arendt, *Denktagebuch*, 1953, ALT.
6. Storck, Joachim W. (ed.), *Martin Heidegger/ Elisabeth Blochmann Briefwechsel 1918-1969*, Marbach am Neckar, Deutsche Schillergesellschaft, 1989, págs. 22-23.
7. A a H, 22 de abril de 1928, ALT.

Cuatro

1. Elke Schubert (ed.), *Günther Anders antwortet*, Berlín, Tiamat, 1927, pág. 24.
2. Idem, págs. 24-25.
3. A a H, sin fecha, probablemente primavera de 1929, ALT.
4. A a H, sin fecha, probablemente septiembre de 1929, ALT.
5. Sieg, Ulrich, «Die Verjudung des deutschen Geistes. Ein unbekannter Brief Heideggers» (2 de octubre de 1929), *Die Zeit*, 29 de diciembre de 1989.

Cinco

1. A a B, 11 de agosto de 1936, LC.
2. B a A, 12 de agosto de 1936, LC.
3. A a B, 19 de agosto de 1936, LC.
4. B a A, 12 de agosto de 1936, LC; A a B, 19 de agosto de 1936, LC.
5. B a A, agosto de 1936.
6. A a B, 12 de agosto de 1936, LC.
7. A a B, 24 de agosto de 1936, LC.
8. A a B, 24 de noviembre de 1936 y 26 de noviembre de 1936, LC.
9. A a B, 18 de septiembre de 1937, LC.
10. Idem.
11. B a A, 21 de agosto de 1936, LC.
12. A a B, 19 de agosto de 1936, LC.
13. B a A, 19 de septiembre de 1937, LC.

14. A a B, 20 de febrero de 1937, LC.

Seis

1. Biemel y Saner, *op. cit.*, pág. 213.
2. A a B, 26 de diciembre de 1949, LC.
3. Kohler y Saner, *op. cit.*, pág. 204.
4. Saner, Hans (ed.), *Karl Jaspers Notizen zu Martin Heidegger*, Munich, Piper, 1977, pág. 7. [Traducción española: *Notas sobre Martin Heidegger*, Barcelona, Mondadori, 1990.]
5. Idem, pág. 141.
6. Jaspers, Karl, *Philosophische Autobiographie*, Munich, Piper, 1977, pág. 97.
7. Biemel y Saner, *op. cit.*, pág. 42.
8. Saner, *op. cit.*, pág. 101.
9. Idem, pág. 87.
10. Jaspers, *op. cit.*, pág. 101.
11. Biemel y Saner, *op. cit.*, pág. 156.
12. Idem, págs. 146-147.
13. Idem, pág. 196.
14. Idem, pág. 197.
15. Idem, págs. 196-198.
16. A a B, 24 de mayo de 1952, LC.

Siete

1. Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Munich, Zentralverlag der NSDAP, 1940, pág. 414. [Traducción española: *Mi lucha*, Barcelona, Editors S.A., 1984.]

2. Ott, *op. cit.*, pág. 183.
3. Idem, pág. 316.
4. Günther Neske y Emil Kettering (eds.), *Antwort, Martin Heidegger im Gespräch*, Pfullingen, Günther Neske, 1948, pág. 206.
5. Idem, págs. 206-207.
6. Ott, *op. cit.*, págs. 201-213.
7. Martin Heidegger, «An das Akademische Rektorat der Albert-Ludwigs Universität», 4 de noviembre de 1945, ALT; también en: Wolin, Richard (ed.), *The Heidegger Controversy*, Nueva York, Columbia University Press, 1991, págs. 61-66.
8. Ott, *op. cit.*, pág. 211.

Ocho

1. A a B, 13 de junio de 1952, LC.
2. Storck, *op. cit.*, pág. 90.
3. Friedrich Oehlkers a Karl Jaspers, 15 de diciembre de 1945, cortesía de Hugo Ott; también en Ott, *op. cit.*, pág. 135.
4. Storck, *op. cit.*, pág. 71.
5. Löwith, *Mein Leben*, pág. 57.
6. Ott, *op. cit.*, pág. 295.
7. Idem, págs. 280-287.
8. Martin Heidegger, «An das Akademische Rektorat...», ALT.
9. Ott, *op. cit.*, pág. 250.
10. Martin Heidegger, «An das Akademische Rektorat...», ALT.

11. Jaspers, *op. cit.*, pág. 102.
12. Ott, *op. cit.*, págs. 322-323.

Nueve

1. Arendt, Hannah, «What is Existenz Philosophy?», *Partisan Review* n.º 1 (1946), pág. 46.
2. Kohler y Saner, *op. cit.*, pág. 79.
3. Idem, pág. 84.
4. Idem, pág. 178.
5. Idem, pág. 204.
6. A a B, 18 de diciembre de 1949, LC.
7. A a B, 3 de enero de 1950, LC.
8. A a B, 5 de febrero de 1950, LC.
9. A a H, 9 de febrero de 1950, ALT.
10. A a B, 8 de febrero de 1950, LC.
11. Kohler y Saner, *op. cit.*, pág. 204.
12. A a H, 9 de febrero de 1950, ALT.
13. A a B, 8 de febrero de 1950, LC.
14. A a H, 9 de febrero de 1950, ALT.
15. A a Elfride Heidegger, 10 de febrero de 1950, ALT.
16. A a B, 7 de marzo de 1950, LC.

Diez

1. B a A, 10 de mayo de 1952, LC; A a B, 18 de mayo de 1952, LC.
2. A a B, 24 de abril de 1952, LC.
3. A a B, 24 de mayo de 1952, LC.

4. B a A, 29 de mayo de 1952, LC.
5. B a A, 5 de julio de 1952, LC.
6. A a B, 30 de mayo de 1952, LC.
7. A a B, 6 de junio de 1952, LC.
8. A a B, 13 de junio de 1952, LC.
9. B a A, 14 de junio de 1952, LC.
10. A a B, 13 de junio de 1952, LC.
11. A a B, 20 de junio de 1952, LC.
12. B a A, 21 de junio de 1952, LC.
13. A a B, 26 de junio de 1952, LC.
14. A a B, 1 de julio de 1952, LC.
15. A a B, 26 de junio de 1952, LC.
16. B a A, 28 de junio de 1952, LC.
17. A a B, 25 de julio de 1952, LC.
18. A a B, 18 de julio de 1952, LC.
19. A al Reverendo John M. Österreicher, 23 de agosto de 1952, ALT.
20. Kohler y Saner, *op. cit.*, pág. 368.

Once

1. A a H, 8 de mayo de 1954, ALT.
2. A a B, 25 de mayo de 1955, LC.
3. A a B, 14 de noviembre de 1955, LC.
4. B a A, fines de noviembre de 1955, LC.
5. A a B, 28 de noviembre de 1955, LC.
6. B a A, comienzos de diciembre de 1955, LC.
7. Ott, *op. cit.*, pág. 305.
8. Storck, *op. cit.*, pág. 72.
9. Idem, pág. 104.

10. Idem, págs. 102-103.
11. Idem, pág. 120.
12. A a B, 28 de noviembre de 1955, LC.

Doce

1. A a B, 31 de octubre de 1956, LC.
2. Kohler y Saner, *op. cit.*, pág. 666.
3. Biemel y Saner, *op. cit.*, pág. 198.
4. Idem, pág. 202.
5. Idem, pág. 203.
6. Idem, págs. 207-211.
7. Idem, pág. 212.
8. Idem, pág. 213.
9. Saner, *op. cit.*, pág. 7.
10. Idem, pág. 7.
11. A a B, 28 de mayo de 1961, LC.
12. A a B, 25 de mayo de 1958, LC.
13. A a H, 28 de octubre de 1960.
14. Kohler y Saner, *op. cit.*, pág. 484.
15. Idem, pág. 494.
16. Idem, pág. 496.
17. Idem, pág. 663.
18. Idem, págs. 665-666.
19. Idem, pág. 669-670.
20. Idem.

Trece

1. A a H, 16 de octubre de 1966, ALT.
2. Dedicatoria de Heidegger, Martin Heidegger Archiv, Deutsches Literaturarchiv, Marbach am Neckar.
3. Idem.
4. A a Elfride Heidegger, 17 de mayo de 1969, ALT.
5. Idem.

Catorce

1. A a H, 28 de julio de 1971, ALT.
2. A a H, 26 de julio de 1974, ALT.



Biografías, autobiografías y memorias en colección andanzas

199. Gertrude y Alice
Biografía
Diana Souhami
202. Federico Sánchez se despide de ustedes
Memorias
Jorge Semprún
207. Siglo de caudillos
Biografía política de México (1810 -1910)
VI Premio Comillas
Enrique Krauze
210. Memorias
Infancia, adolescencia y cómo se hace un escritor
Adolfo Bioy Casares
216. La Rive Gauche.
La elite intelectual y política en Francia (1935-1950)
Herbert Lottman
223. Derrotas y esperanzas
La República, la Guerra Civil y la Resistencia
Memorias
VII Premio Comillas
Manuel Azcárate

225. Yo soy mi propia mujer
Una vida
Memorias
Charlotte von Mahlsdorf
232. Rafael Alberti en Ibiza
Seis semanas del verano de 1936
Crónica biográfica
Antonio Colinas
237. La escritura o la vida
Memorias
Jorge Semprún
256. Charlotte Brontë
Una vida apasionada
Biografía
Lyndall Gordon
261. Borges
Esplendor y derrota
Biografía
VIII Premio Comillas
María Esther Vázquez
266. Gala
Biografía
Dominique Bona
272. Los Rothschild
Historia de una dinastía
Biografía
Herbert Lottman
281. Hannah Arendt y Martin Heidegger
Biografía
Elżbieta Ettinger

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 850

ELŻBIETA ETTINGER



Elżbieta Ettinger es profesora de humanidades en el Massachusetts Institute of Technology, Cambridge (Massachusetts), Estados Unidos. Es autora y editora de varios libros, entre los cuales destacan una novela, *Kindergarten*, y una biografía, *Rosa Luxemburg, a Life*. La profesora **Elżbieta Ettinger** ha sido hasta ahora la única persona en tener acceso a la correspondencia privada de **Heidegger**, que, por voluntad del filósofo, sólo podrá ver la luz bien avanzado el siglo XXI. Aun sin poder reproducirla directamente, la profesora **Ettinger** sí ha podido comprobar personalmente hasta qué punto **Arendt** y **Heidegger** estuvieron, pese a las diferencias y los distanciamientos, tan poderosamente unidos.

Publicado en otoño de 1995 en Estados Unidos, este **documento biográfico** acerca de la **relación amorosa de dos grandes filósofos** de nuestro siglo, **ella judía y él adscrito al nacionalsocialismo**, no sólo revela la verdadera naturaleza de esta **dramática historia de amor** entre dos gigantes del pensamiento universal, sino que fascina a cualquiera que se interese por la complejidad del alma humana.

Hannah Arendt y Martin Heidegger



Ilustración de la cubierta: fotografías de Hannah Arendt (1927), colección Lotte Köhler, y de Martin Heidegger (1914) en Friburgo. Derechos reservados.

Hannah Arendt se encuentra por primera vez con **Martin Heidegger** en la Universidad de Marburgo en 1924, cuando esta joven judía alemana de dieciocho años pasa a ser su alumna y él, a sus treinta y cinco años, está casado, tiene dos hijos y está escribiendo una de sus obras cumbres, *Ser y Tiempo*. Al poco tiempo ya son amantes. **Martin** se siente atraído por la vitalidad y la inteligencia de **Hannah** y halagado por la admiración que empieza a profesarle su alumna. Sus encuentros amorosos clandestinos duran cuatro años; luego se separan y se distancian durante veinte. En ese largo periodo **Heidegger** se adhiere al nazismo y **Arendt** emigra a Estados Unidos, donde escribirá libros hoy tan esenciales como *Los orígenes del totalitarismo*. Reanudan su relación en 1950 y, pese a sus divergencias, continúan siendo amigos íntimos hasta la muerte de **Hannah** en 1975, a la que siguió, unos meses después, la de **Martin**. En este libro **Ettinger** aporta **detalles inéditos** sobre esta extraña y atormentada **historia de amor**.

ISBN 84-7223-797-4



9 788472 237971